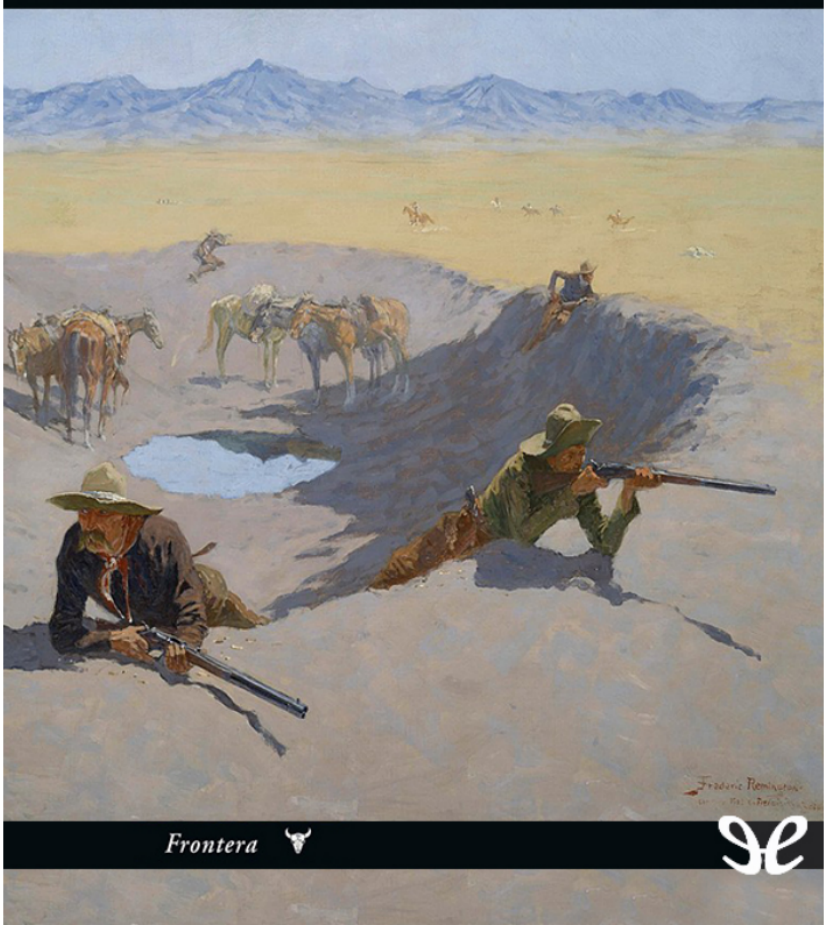
Los cazarrecompensas

Elmore Leonard



Frontera

Capturar a un escurridizo jefe indio, fugado a una tierra salvaje y sin ley, es casi una misión suicida que recuerda a la mítica película *La venganza de Ulzana*.

«Cuando comencé a escribir westerns también trabajaba como redactor publicitario, haciendo anuncios para Chevrolet. Tenía una familia que alimentar así que me levantaba a las 5 de la mañana y trabajaba dos horas antes de ir al trabajo. Hice cinco libros y treinta cuentos de esa manera». Así refiere Elmore Leonard (1925-2013), nacido en Detroit y considerado por muchos críticos el más grande autor de novela policiaca, sus comienzos como escritor.

En la colección Frontera han aparecido hasta el momento tres volúmenes con obras de Elmore Leonard: las novelas *Hombre* y *Que viene Valdez* en uno, y los relatos western completos en otros dos, *El tren de las 3:10 a Yuma y otros relatos del Oeste* y *Los cautivos y otros relatos del Oeste*.

Los cazarrecompensas (1953), primera novela de Leonard, comienza cuando un joven e inexperto oficial de caballería, R.D. Bowers, y un explorador curtido en la contienda contra los apaches, Dave Flynn, son enviados a una misión casi suicida más allá de la frontera con México, atrapar al caudillo apache Soldado Viejo y traerlo a territorio estadounidense. Rastrear a un indio rebelde y escurridizo a través del infierno sofocante de una tierra salvaje y sin ley, guarida de apaches y cazadores de cabelleras blancos, es un reto de alto riesgo en el que un cazador puede acabar convertido en presa. Al poco de iniciada la búsqueda, los perseguidores se topan con una escena dantesca: tres carros quemados y los cadáveres de sus ocupantes con la cabellera arrancada… pero los demás rastros no apuntan al modus operandi de los indios.

Elmore Leonard

Los cazarrecompensas

Frontera - 26

ePub r1.1
Titivillus 06.03.2023

Título original: *The Bounty Hunters*
Elmore Leonard, 1953
Traducción: Marta Lila Murillo
Ilustración de cubierta: Frederic Remington, “Fight for the Waterhole”

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRESENTACIÓN

Aunque a Elmore Leonard se le conocía como «el Dickens de Detroit» —y Detroit está muy al norte—, siempre fue notoria en este gran maestro de la literatura norteamericana su simpatía por las gentes del sur del país. De hecho, casi todas las narraciones de su primera etapa como escritor, aquella en la que se dedicó al western, estuvieron protagonizadas por gentes de ascendencia hispana, mexicanos, apaches y anglos emigrados a Arizona, Nuevo México, Texas y los territorios limítrofes con México. Y no precisamente para hacer gala en sus argumentos de la superioridad anglosajona sobre los nativos del lugar. Y cómo no, si de western sureño hablamos, también Leonard demostró ser un excelente narrador de historias «de» o «sobre» apaches. En los dos volúmenes de la colección Frontera que recogen la totalidad de sus cuentos western: *El tren de las 3:10 a Yuma* (Frontera 13) y *Los cautivos* (Frontera 16), y en las consideradas sus dos mejores novelas del Oeste: *Hombre* y *Que viene Valdez*, publicadas en un tomo unitario (Frontera 9), pueden comprobarse las altas cotas de calidad literaria alcanzadas por un Elmore Leonard que aún escribía lejos de la fama. Esa carrera literaria iniciada en la revista Argosy con *El rastro de los apaches* (Apache Agent) en 1951 y continuada con *Medicina apache* (Apache Medicine, 1952), *Nunca ves a los apaches* (You Never See Apaches, 1952) y alrededor de una decena de relatos más, fragua en 1953 en *Los cazarrecompensas* (The Bounty Hunters), una primera novela en la que se daban cita guardias rurales mexicanos, apaches, casacas azules y bandoleros de variada procedencia, todos ellos, cómo no, jugando a la fortuna, la venganza y la muerte en el norte de México, bastante al sur del Río Grande.

Pioneros, Guerra de Secesión, sheriffs y outlaws, ranchos y

cowboys… el ferrocarril, las guerras indias… Cada apartado temático de los múltiples que constituyen el western tiene sus propias peculiaridades. Y en el de las guerras indias las historias de apaches casi constituyen un género por sí mismas. Son peculiares, se tejen con hilos de terror, crueldad, argucia bélica, nervios de acero, capacidad de subsistir en un escenario hostil y una naturaleza grandiosa y desolada. La realidad de cómo fue la contienda que enfrentó a los apaches con el hombre blanco se parecerá en más o en menos a como la ficción literaria y cinematográfica nos la ha reflejado, pero *Hondo* (Louis L'Amour, 1953), *La venganza de Ulzana* (Robet Aldrich, 1972), *Shalako* (Louis LAmour, 1962), *La última galopada* (Thomas Eidson, 1994), *La Luna del cazador* (T.V. Olsen, 1965) y varias decenas de títulos más han configurado ya un escenario peculiar y para algunos de nosotros casi adictivo. Es Hondo Lane, explorador experto en guerra india al servicio de la caballería, desplazándose con la eterna precaución de no recortar su silueta sobre el horizonte, inspeccionando una zona a atravesar pacientemente, minuto tras minuto, en perfecta inmovilidad, sabiendo que, especialmente en parajes desolados, el ojo humano detecta fácilmente el movimiento y va la vida en conseguir desplazarse pasando desapercibido. Es el joven teniente DeBuin interrogando al guía apache Ke-Ni-Tay sobre la razón de la ferocidad y crueldad de su raza, algo que no logra comprender, y es también el soldado que mata a la mujer que escolta, y luego se suicida, antes de caer vivos ambos en manos de los apaches… y las argucias de Ulzana y las contramedidas del experimentado McIntosh, tejiendo y destejiendo emboscadas, avances y retrocesos. Y es también, por supuesto, la magia negra, la crueldad y los secuestros de mujeres blancas de El Cojo y su banda de apaches renegados, y Yak-it-tee, «Salvaje» por nombre hispano, el extraño campeón de guerra apache que vive solo, alejado de su tribu y acecha el rancho donde Vetch y Sara están sitiados, creando un clímax de pesadilla, propio de una película de psicópatas… Esto y muchas estampas literarias, cinematográficas o pictóricas más, han configurado este escenario donde, con frecuencia, se dan la mano el western, el misterio, la aventura y el terror. Es cierto que no toda la ficción apache camina por estos senderos. Nada más alejado de estas oscuridades que las novelas del alemán Karl May,

protagonizadas por el íntegro y bondadoso jefe apache Winnetou. Nada más bienintencionado que la amistad entre razas propiciada por la confianza mutua surgida entre el exsoldado Tom Jeffords y el jefe apache Cochise, que son el asunto fundamental de *Flecha rota*, película dirigida por Delmer Daves en 1950, sobre novela de Elliott Arnold. Pero, por explicarlo de una manera incorrecta e inexacta, aunque quizá clarificadora, la primera tanda de películas y libros, la «intranquilizadora», constituiría el género «de apaches», y los dos últimos ejemplos, las historias de Winnetou y *Flecha Rota*, por muy apaches que sus protagonistas sean, serían películas o novelas «de indios».

Hay que confesar ahora que una de las películas traídas a cuento renglones atrás, *La venganza de Ulzana* en concreto, despierta especiales simpatías —se podría hablar incluso de entusiasmo— entre algunos responsables de la editorial Valdemar, y de la colección Frontera en particular. El excelente guión de la película que firma Alan Sharp no parece estar basado en ninguna fuente literaria que conozcamos. Y aunque existió un caudillo apache llamado Ulzana que realizó la increíble correría que se conoce como «Ulzanas Raid», tampoco parece ser este episodio histórico una base fiel de la película. El acierto con que Alan Sharp cuadró elementos de la realidad y la ficción en esta persecución tremenda durante las guerras apaches, sumado, por supuesto, a la brillantez de la dirección y el reparto, convierten a *La venganza de Ulzana* en un gran western. Con todo, no es que la persecución de una partida de guerra apache por parte de caballería y exploradores indios sea una novedad argumental de Alan Sharp. *Mayor Dundee* (Sam Peckinpah, 1965), *Una trompeta lejana* (Raoul Walsh, 1964) —sobre novela de Paul Horgan— y otros films reflejaban ya esa peculiaridad de la contienda contra esta nación india, que hacía de la localización del enemigo, tanto o más que del combate directo, la fase decisiva de las actividades bélicas. Y realidad histórica es que buena parte de las acciones de guerra que tuvieron lugar entre apaches y caballería siguió este esquema. Las etapas finales de este enfrentamiento, ya en el último cuarto del siglo XIX, fueron casi siempre así: grupos de combate constituidos en buena parte por exploradores apaches mandados por oficiales de caballería norteamericanos que perseguían y conseguían acabar o rendir

partidas de guerra de apaches mimbreños, chiricahuas o coyoteros.

Tras haber editado en Valdemar los cuentos de western completos de Leonard y sus dos más celebradas novelas del mismo género, «Frontera» se había familiarizado ya con su obra y la tentación de editar *Los cazarrecompensas*, su primera novela, siempre estuvo ahí. Es más, la descripción de su argumento —un joven oficial de caballería, R.D. Bowers, aún inexperto, y un explorador curtido en la contienda contra los apaches, Dave Flynn, enviados a una misión casi suicida, atrapar al caudillo apache Soldado Viejo, más allá de la frontera con México, y traerlo a territorio estadounidense— recordaba tanto de inicio a *La venganza de Ulzana*… y además Leonard se manejaba tan acertadamente en estos ambientes y temas… Y, una vez leída, desde luego que valía la pena. A pesar de ser una primera novela, *Los cazarrecompensas* atesora virtudes más que sobradas para definirla como un gran western. Presenta además peculiaridades que la diferencian de las otras dos novelas western, *Hombre* y *Que viene Valdez*, que marcan la cumbre de Leonard como autor de este género. De entrada, esa fijación en un único asunto, esa economía de medios y la concreción casi espartana con la que narra Leonard las dos novelas citadas es casi lo opuesto al método de construcción de esta primera novela. Situaciones y personajes surgen a borbotones en *Los cazarrecompensas*, la caballería yanqui, los apaches, los rurales mexicanos, bandoleros, rivalidad entre oficiales, asuntos amorosos, pistoleros, clases sociales oprimidas, el hombre bueno que se enfrenta con dignidad y valor a la injusticia, cazadores de cabelleras, corrupción política… En el futuro uno cualquiera de estos elementos servirá para que Leonard fragüe una excelente, concisa, escueta y reconcentrada novela. Ahora, en esta primera entrega, parece como si quisiera dar rienda suelta en formato extenso a todos esos argumentos y gentes que ha manejado previamente en su excelente cosecha de cuentos. Como primera novela, aunque muestra ya la habilidad del autor para construir diálogos y crear tipos humanos, y se atisban ya muchas de las preocupaciones sociales de las que hará bandera, aparece también alguna que otra situación tópica, una concesión a los arquetipos del género, algo que en la futura narrativa de Leonard será muy infrecuente: una escena de salón, alguna frase un tanto manida…

Pero, frente a esos aspectos menores que habrá de pulir, encontramos inmensas virtudes en los diálogos, hábiles variaciones en el ritmo de la narración, personajes peculiares y fascinantes. En resumen, un excelente Leonard… y además… los *scalphunters*, los «cazadores de cabelleras».

Lo de los *bounty hunters, scalphunters* o «cazadores de cabelleras», merece comentario aparte. En 1985 Random House publica la novela *Blood Meridian*, en español *Meridiano de sangre*, del escritor norteamericano Cormac McCarthy. Un western/novela histórica que narra las peripecias de un joven que allá por 1849 entra a formar parte de lo que se conoció como «la banda de Glanton» (Glanton's Gang). Un grupo de mercenarios norteamericanos comandados por John Joel Glanton, ex texas ranger, ex combatiente en la Guerra Estados Unidos-México, que firmaba contratos con las autoridades mexicanas para cazar apaches, a tantos pesos por cabellera de varón adulto, tantos por cabellera de mujer y menos por cabellera de niño. *Meridiano de sangre*, escrita en un estilo tremendista, barroco, atroz y desgarrado, ha sido aclamada como una gran novela de la literatura americana, fiel reflejo de la conciencia culpable de los anglosajones xenófobos y genocidas contra la población amerindia, trasunto de las empresas militares del ejército norteamericano en el extranjero y de su comportamiento con las poblaciones indígenas, como en el caso de *Soldado azul*, y finalmente, también como una de las mejores novelas western de todos los tiempos. *Meridiano de sangre* parecía revelar al público un episodio vergonzante de un oscuro pasado ignorado por los norteamericanos del último cuarto del siglo XX, por olvido intencionado, y, aun más desconocido para los posibles lectores del resto del mundo.

Sin embargo, el tema había recibido ya un tratamiento narrativo con anterioridad, con mucha anterioridad. Para los aficionados a la literatura decimonónica de aventuras es bien conocida la figura de Thomas Mayne Reid, nacido en Irlanda en 1818, y personaje asiduo en las colecciones de novelas de aventuras de mediados del XIX y principios del XX de autores como Frederick Marryat, Rider Haggard, Rudyard Kipling o Robert Louis Stevenson. Por cierto, que fue ampliamente difundido y traducido en España, donde aparecieron incluso sus obras completas en cinco inmensos

volúmenes llenos de grabados y texto a doble columna, publicados por la editorial Seix de Barcelona. Lo que ya es menos conocido sobre Mayne Reid, el Capitán Mayne Reid, es que en 1840, con 22 años de edad, se traslada a los Estados Unidos, donde se hace trampero en territorio indio, actor ambulante, periodista, segundo teniente en el ejército americano y participa en varias acciones de guerra en la contienda de Estados Unidos contra México entre 1845 y 1848. Es decir, está en la zona y en el periodo histórico en que tuvieron lugar las actuaciones de esos «cazadores de cabelleras», como James Kirker, la banda de John Glanton y otros. De hecho, en 1851 Mayne Reid publica *The Scalp Hunters: A Romance of the Plains*, novela que protagoniza un cazador de cabelleras, Seguín, de cuya bella hija (cómo no) Zoe se enamora el joven Enrique Haller (en la traducción española). El propio escritor y aventurero Reid debió tener noticia casi directa de las andanzas de estos cazadores de cabelleras, porque la fuente literaria principal para el conocimiento de estos asuntos se encuentra generalmente en las memorias de Samuel Chamberlain publicadas en 1861, diez años más tarde de que la novela de Reid viera la luz. Samuel Chamberlain fue uno de los participantes en las tropelías de la banda de Glanton, pero tuvo la fortuna o la vista de abandonar estas compañías y actividades años antes de que sus miembros murieran a manos de los indios yuma. Chamberlain, escritor, y además un buen dibujante, daba cuenta en sus memorias, *My Confession*, de sus múltiples aventuras y barrabasadas, previas y posteriores a sus andanzas con Glanton, a las que dedicaba también su buen número de páginas. Esta es la fuente de la que beben la mayoría de los que dedican su atención a este asunto, y en ellas parece haberse inspirado McCarthy, aparte de algunas otras fuentes, para *Meridiano de sangre*. La referencia a los «cazadores de cabelleras» no ha sido habitual en la narrativa western, quizá este «olvido» tenga las motivaciones que apunta John Harley Gow en su tesis *Fact in Fiction?: Looking at the 1850 Texas Scalphunting Frontier with Cormac McCarthys Blood Meridian as Guide*, que apunta a una especie de amnesia general norteamericana sobre el asunto. No hay problema moral en matar a un enemigo en el fragor de la batalla, pero convertir su muerte en una empresa capitalista… es otra cuestión. En todo caso cabe reseñar que si *Meridiano de*

sangre aborda la cuestión en 1985, *Los cazarrecompensas*, de Elmore Leonard, con otro talante descriptivo pero con enorme crudeza, desde luego, lo hace ya en 1953.

¿Cuál fue la realidad histórica de estos cazadores de cabelleras? Pues siguiendo en lo básico la concienzuda tesis de John Harley, llena de cifras y datos, podemos concluir que durante la primera mitad del siglo XIX, debido en parte a la disminución de las grandes manadas de búfalos, las tribus indias de la región sur de los Estados Unidos, fundamentalmente los apaches, comanches y kiowas, desplazan parte de su actividad económica básica de la caza del búfalo al saqueo de los colonizadores blancos, el robo de ganado y la captura de esclavos para revenderlos en rescate. La destrucción que estas *razzias* generan en el sur de los Estados Unidos y norte de México es de tal magnitud que territorios inmensos de Sonora, Chihuahua, Durango, Nuevo México y otras regiones del país azteca quedan despoblados y llenos de ranchos calcinados. La mortandad y el desastre son inmensos. Ecos de estas *razzias* se encuentran por ejemplo en las novelas de Alan Le May *Centauros del desierto* o *Los que no perdonan*, que se desarrollan en los territorios norteamericanos que sufren tal devastación. En 1823 se crean en Estados Unidos los Rangers de Texas para la defensa del territorio, y en México, ya tardíamente, se crean los Rurales mexicanos hacia 1860. Los gobernadores mexicanos, hartos y desesperados ante la destrucción del territorio, y sin tropas para proteger a sus pobladores, firman contratos con aventureros de todo tipo a los que pagan por cada indio muerto. Contratos donde se especifican cantidades como 100 pesos por cabellera de hombre, 50 pesos por la de mujer y 25 pesos por la de un niño. En México se llegaron a crear asociaciones como La Sociedad de Guerra contra los Bárbaros, que llegó a reunir 100.000 pesos para contratar hombres de armas que exterminasen indios. Y al reclamo del negocio se presentaron hombres como John Dusenberry, Michael James Fox, Michael H. Chevallié, James Kirker o John Glanton y su grupo, que se dedicaron a tan repugnante negocio. La banda de Glanton, por ejemplo, reunía elementos de lo más variado: franco-canadienses, indios de Sonora, cherokees, delawares, irlandeses, texanos, un negro y un comanche. Pero para referirse al negocio de la compra de cueros cabelludos no era de buen gusto utilizar en estos acuerdos

términos tan descarnados como «cabellera», y preferían utilizar expresiones como «scalps», «bounty» «scalping» o «indian». La parte mexicana solía referirse a «piezas» como eufemismo para referirse a esos cueros cabelludos. Lo que parece cierto es que en ocasiones estas pandillas no hacían excesivas distinciones entre exterminar indios y escalparlos o hacerlo también ocasionalmente con población campesina mexicana. Una cabellera era una cabellera y difícilmente podían distinguirse una vez arrancadas si cumplían determinadas características básicas. El gobierno mexicano acabó descubriendo este fraude y llegó a poner precio a la cabeza de James Kirker —10.000 pesos— por asesinar a población mexicana para vender sus cabelleras como indias. Por cierto, que Kirker no tenía ningún escrúpulo en llamar cabelleras a las cabelleras. Eso sí, cuando tuvo que abandonar precipitadamente México, y dado que poseía la nacionalidad mexicana, y también la norteamericana y la inglesa, intentó que el consulado británico le ayudase a cobrar los importes que el gobierno mexicano le debía por cabelleras no cobradas y se refería a ellas, consciente de que era muy difícil que su reclamación progresase en el caso de hablar claro, como «pieles de nutria». En honor a la verdad hay que decir que no toda la opinión pública mexicana estuvo de acuerdo con tales iniciativas, y no fueron infrecuentes los artículos periodísticos en diarios mexicanos tildando de despiadado y criminal este tipo de contratos.

Pero volviendo ya, para finalizar, al campo de la ficción y al de esta novela de Leonard en concreto, viene a cuento decir que aunque *Los cazarrecompensas* refleja con bastante fidelidad una práctica criminal que sucedió realmente, y aunque es obvio que tales hechos constituyen una parte fundamental de la novela —no en valde la titula su autor *Los cazarrecompensas* (*The Bounty Hunters*), por cuanto son cazadores retribuidos por cabelleras indias conseguidas—, no parece que Leonard haya pretendido escribir una novela histórica sobre este asunto. El autor de Detroit inicia su narración en 1872, una época ya tardía para el comercio de cabelleras. Para entonces James Kirker llevaba veinte años muerto y John Glanton hacía ya veintidós que había sido escalpado él mismo y buena parte de su banda a manos de los indios quechans. Por tanto, cuando Flynn y Bowers, los protagonistas de *Los cazarrecompensas*, comienzan a cabalgar hacia México, los años

que vieron el auge de este negocio han quedado un tanto atrás. Incluso es posible, aunque es cuestión que ignoro, que en 1872 los gobiernos mexicanos ya no recompensaran el exterminio de indios «a tanto la pieza». Parece lícito suponer que si Leonard hubiera pretendido que su novela fuera una fiel evocación histórica en forma narrativa de este triste episodio de la caza de cabelleras la acción se hubiera ambientado en una etapa más temprana. Por otra parte, como ya se apuntaba párrafos atrás, otros núcleos argumentales, nada menores —y menos en el western— acompañan al asunto del comercio de cabelleras indias: la guerra contra los apaches, el abuso de los poderes políticos sobre la gente humilde, las enemistades personales entre gente perteneciente al ámbito militar, etc. Algunos de ellos, los de tinte más social, acompañarían a Leonard el resto de su carrera de éxito como gran maestro de la literatura americana.

Nacido en Nueva Orleans en 1925 y fallecido en Detroit en 2013, ha sido alabado sin reservas tanto por sus colegas de profesión como por el público en general. En 1992 se le otorgó, por parte de la asociación de escritores de literatura policíaca, el título de «Gran Maestro» (Grand Master Award from Mystery Writers of America). Y en 2006 el «Diamond Dagger Award», que es el máximo galardón posible, dentro de este género, que se concede en el Reino Unido. Un premio que significa el reconocimiento a toda la trayectoria profesional de un autor del género policíaco. Decenas de películas y episodios de series de televisión se basan, y sin duda lo seguirán haciendo en el futuro, en su extensa producción de cuentos y novelas. Hace ya tiempo que alcanzó ese «título de gloria» que no concede oficialmente la crítica literaria «seria», sino que se adquiere de forma implícita de ser llamado gran escritor o maestro, sin necesidad de llevar aparejado tras el término de honor el adjetivo del género o géneros que cultiva: «policiaco», «ciencia ficción», «intriga», «humor», etc. Ciertamente el prestigio y la fama le llegaron de la mano de sus novelas de género negro, pero muchos opinamos, después de conocer su etapa inicial de escritor de western, que sus obras dentro de este campo no desmerecen en nada de aquellas que le granjearon, posteriormente, el reconocimiento de la crítica y el público. *Los cazarrecompensas* de Elmore Leonard inicia, y con muy buen pie, una carrera como

novelista que duraría sesenta años.

ALFREDO LARA LÓPEZ

LOS CAZARRECOMPENSAS

CAPÍTULO 1

Dave Flynn colocó las botas sobre el reposapiés y se apoltronó en la silla de barbero. Hacía calor bajo el babero a rayas, pero el largo trayecto a caballo desde Fort Thomas lo había dejado agotado y agradeció la comodidad del sillón de cuero a pesar del calor. En Contention siempre hacía calor, aunque fuera casi finales de octubre.

Giró la cabeza, sintió al barbero detrás de él y entornó los ojos deslumbrado por el resplandor enmarcado en el escaparate. John Willet, el barbero, se movió a un lado y Flynn vio la oreja derecha brillante de este, roja y casi transparente al filtrar el resplandor. Bajo las lentes verdes, el rostro hundido de Willet permaneció impasible. Era un rostro alargado con un palillo inmóvil sobresaliendo de la comisura de la boca ligeramente abierta, el palillo parecía anormalmente pequeño.

John Willet colocó la mano por debajo de la barbilla del joven y le levantó la cabeza con firmeza.

—Veamos cómo está la cosa —dijo, luego dio un paso atrás con la cabeza ladeada y examinó con atención la línea capilar. Apoyó las tijeras en el peine y después las movió con un gesto rápido y automático cerca de la oreja de Flynn.

—¿Qué tal te va todo?

—Bien —contestó Flynn adormilado. El calor le estaba amodorrando y no le apetecía moverse.

—¿Todavía trabajas de guía para los soldados?

—De vez en cuando.

—Se me ocurren mejores maneras de ganarse la vida.

—Quizás me quede a la sombra y aprenda el oficio de barbero.

—Podría irte peor. —Willet dio un paso atrás y examinó la línea capilar de nuevo—. He oído que estabas buscando oro… allá abajo, en las Madres.

—Durante un año y medio más o menos.

—¿Y ahora vuelves a trabajar de guía? —y, cuando Flynn asintió, Willet dijo—: Entonces no hace falta que te pregunte si encontraste algo.

Durante unos cuantos minutos movió con destreza las tijeras sobre el cabello castaño sin decir nada, hasta que terminó de recortar las puntas. A continuación, colocó los instrumentos en la repisa y examinó una hilera de frascos que tenía allí.

—¿Lo humedezco?

—Supongo.

—Te vendrá bien —dijo Willet mientras vertía unas gotas verdes en las manos—. Ese sol hace que las flores crezcan… pero tus pelos no son flores.

—¿Y los apaches? —preguntó Flynn.

—¿Qué pasa con los apaches?

—No llevan sombreros. Y tienen mejor pelo que nadie.

—El sol no afecta a un hombre que ha nacido en el infierno —dijo Willet, y comenzó a frotar el tónico en el cuero cabelludo de Flynn.

Flynn cerró los ojos otra vez. Quizás fuera cierto, pensó. Recordó el primer apache que había visto. Eso ocurrió hacía ya diez años.

D. A. Flynn, con veinte años el primer teniente más joven del puesto fronterizo, condujo a su patrulla desde Fort Lowell hacia el este en dirección a las Catalinas; era la madrugada de un bochornoso día de julio. Antes de las diez atisbaron el humo. Antes de las doce encontraron el carromato quemado y a los dos hombres muertos, y al tercero atado en tierra y mirando al sol… No podía cerrar los ojos porque le habían cercenado los párpados. Ni podía hablar porque le habían cortado la lengua. Intentó comunicarse escribiendo en la arena, pero las marcas no tenían ningún sentido porque no veía lo que estaba escribiendo y murió antes de poder dibujar algo más nítido. Pero de un matorral de mezquite a tan solo doce yardas del carromato, sus hombres sacaron a rastras a un apache al que le habían disparado en ambas piernas, y esa fue toda la explicación necesaria. No sabía hablar inglés y ninguno de los soldados sabía hablar en apache chiricahua, así que el sargento lo arrastró de nuevo junto al mezquite. Se escuchó la fuerte detonación de un revólver y el sargento reapareció sonriendo.

Al demonio con él, pensó Flynn.

Sintió los dedos del barbero frotándole con fuerza el cuero cabelludo. Seguía con los ojos cerrados, pero ya no podía ver al hombre sin párpados. Entonces escuchó la voz del barbero.

—Estás empezando a perder pelo por delante.

Willet le peinó el cabello, que estaba más liso de lo habitual por el tónico, y se lo cepilló dejándolo casi aplastado por la frente; luego se puso a recortar el poblado bigote que Flynn llevaba al estilo de la caballería. El cabello ralo y el bigote de dragón le hacían parecer más viejo, aunque se entreveía cierta suavidad en su semblante curtido por el sol. Tenía rasgos delicados y la estructura ósea era pequeña. Había pasado un mes desde que Dave Flynn cumplió treinta y un años, pero a una distancia de cinco yardas parecía tener cuarenta. Eso es lo que pueden llegar a hacer años de patrullas por territorio apache.

—Espera —dijo John Willet al tiempo que giraba la silla—. Veo un par de pelos rebeldes.

Cogió un peine de púas finas del estante y, tras volverse hacia Flynn, levantó la mirada y vio que un hombrecillo de traje negro entraba en la barbería.

—Señor Madora.

Flynn abrió los ojos.

Allí de pie, en el umbral y con los pulgares colgando de los bolsillos del chaleco, Joe Madora podría haber pasado por un vendedor ambulante de productos de colmado. Era pesado y de talla más baja que la media, el traje negro se pegaba ajustado a su cuerpo grueso y el bombín encasquetado recto sobre las cejas tal vez era una talla más pequeño de lo que debiera. Su bigote y barba canosa revelaban que debía rondar los cincuenta, y era probablemente demasiado viejo para ser bueno con la pistola que llevaba enfundada en alto sobre la cadera derecha.

Pero Joe Madora ya había sido subestimado muchas veces, tanto por los apaches como por los blancos. La mayoría de ellos ahora estaban muertos… mientras que Joe seguía siendo el jefe de exploradores en Fort Bowie.

Se quedó de pie quieto, mirando a Dave Flynn, hasta que finalmente Flynn dijo:

—¿Qué te pasa?

El rostro curtido de Madora permaneció impasible.

—Estoy intentando adivinar si bajo ese trapo de barbero llevas todos esos elegantes aparejos charros.

—Hace falta más de un año y medio para convertirse en mexicano —Flynn señaló con la cabeza los cuernos junto a la puerta —. Mi abrigo está ahí mismo.

Madora echó un vistazo al abrigo de piel descolorida.

—Ya te va haciendo falta uno nuevo.

—No soy tan elegante como tú.

—Puedes apostarte lo que quieras a que no.

Flynn esbozó una sonrisa, observando al hombre que le había enseñado todo lo que sabía sobre los apaches. El hombrecillo de aspecto cómico casi podía leer las señales en el aire, y más de la mitad de las veces ganaba al apache en su propio terreno. Él había sido un buen alumno de Joe Madora y, cuando se despidió de su puesto, fue Joe quien lo recomendó y se aseguró de que consiguiera trabajo como guía contratado.

—He oído que has vuelto a por más —dijo Madora.

—¿Conoces una forma más sencilla de ganar dinero?

—Solo dos. Encontrar oro o a una mujer rica.

—Bueno, pues yo me he rendido ya de buscar oro.

—Y ninguna mujer querría tener a su lado a un cabrón perezoso como tú, así que tampoco tienes posibilidades con eso.

—Joe —dijo John Willet—, deja que te recorte la barba. Acabaré con esto en un minuto.

Madora asintió y se sentó en la otra silla de barbero.

—¿Dónde está Irv?

—Irv se ha marchado a Willcox para comprarle algo a la mujer… Llegará en tren.

—Eso está bien —gruñó Madora—. Es peor barbero que tú. —A continuación, miró a Flynn—. He oído lo de tu nuevo trabajo. Vas a llevar a ese chico a las Madres… —Se calló al ver que Flynn miraba de reojo al barbero—. John, ponte tapones en los oídos.

—Jamás he prestado atención a lo que dices —respondió Willet.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Flynn a Madora.

—He estado trabajando de guía para Deneen. Le oí hablar de ese chico, Bowers. ¿Ya te ha hablado del asunto?

—Esta mañana, durante un minuto. Me dijo en varias ocasiones

que no tenía por qué aceptar el encargo, me dijo: «Puedes echarte atrás», con esas palabras. Después me dijo: «Piénsatelo y regresaré más tarde».

Madora sonrió para sus adentros.

—¿Y Bowers? ¿Lo has visto?

Flynn negó con la cabeza. Luego dijo:

—En la guerra, teníamos un comandante de división con ese apellido.

—Tal vez sea un familiar.

—¿Qué tal es?

—Si logras que no moje los pantalones, tal vez sirva.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiuno… veintidós.

—¿West Point?

—Todos vienen de ahí… pero eso no significa nada. Lleva ya un año en el terreno, en Whipple Barracks. Parece empeñado en conseguir medallas. Desea ascender con tantas fuerzas que casi puede saborearlo… y teme embarcarse en esta misión por si se pierde en el bosque.

—Podría conseguir una promoción.

—También podría conseguir que lo maten. Pero cree que es más un trabajo para un oficial de permiso que para un soldado de caballería. A Deneen le dijo: «Señor, ¿traer a un viejo indio no es más una tarea para un agente de la reserva?».

—¿Has informado a Bowers de qué va todo esto?

—No me lo preguntó.

—No tiene sentido —dijo Flynn negando con la cabeza.

—Deberías estar acostumbrado a estas alturas; ya has trabajado antes para Deneen —dijo Madora—. Que haya asignado a Bowers no tiene ningún sentido… aunque puede que tenga algún motivo. Pero está claro por qué te envía a ti.

—¿Por qué?

—Lo sabes tan bien como yo. Quiere que vuelvas a dejarlo. Ya lo has hecho en dos ocasiones. Tal vez piensa que una vez más acabará contigo para siempre.

—¿Qué piensas tú? —preguntó Flynn.

—No te culpo por nada de lo que hiciste antes. Deneen es el asistente del Estado Mayor… con más peso que tú. Cuando te dice

que bailes, bailas, y si no quieres será mejor que te vayas con la música a otra parte. No te culparía demasiado si te echaras atrás en este caso. Pero creo que se puede hacer. Creo que puedes arrastrar a Soldado Viejo (el indio viejo, como lo llama el chico) de regreso a San Carlos.

—¿Nosotros dos?

—Dos hacen menos ruido.

—Dame una razón mejor.

—Porque te he enseñado lo que sabes. Y te daré otra razón —añadió Madora—. Porque tal vez estés lo suficientemente loco para lograr esto y así poder echárselo en cara a Deneen cuando regreses.

Flynn sonrió.

—Hablas como si desearas ir tú.

—Tal vez, debería.

—Tal vez, te has presentado como voluntario (dijo Flynn todavía sonriendo), pero te han dicho que no era trabajo para un viejo que parece estar hundido en un agujero.

Madora sacudió la cabeza.

—Me equivoqué. No aguantarás allá abajo ni un día y medio.

—Hasta ahora, he aguantado diez años… más los tres años de guerra durante los que no te vi por aquí.

—Yo estaba vigilando la frontera para vosotros, cabrones espadachines de la costa este.

—A unas tres mil millas de Lee.

Madora se calmó.

—David —dijo en voz baja—. Durante toda esa guerra vuestra, nosotros tuvimos a un mimbreño llamado Soldado Viejo… el mismo al que se supone que debes traer de vuelta. Y te diré algo más. El mismísimo Bobby Lee, en la flor de su vida, no hubiera podido escoltar a Soldado ni aunque lo único que atacara el viejo mimbreño fueran los prostíbulos.

John Willet miró de uno al otro intentando encontrar algún sentido en aquella conversación. Entonces dejó el peine y las tijeras y ofreció un espejo de mano a Flynn.

—Mira a ver cómo te queda —dijo.

Entonces dirigió la mirada con despreocupación al escaparate y observó que un hombre salía del Republic House y echaba a andar en diagonal hacia la barbería. Por encima del letrero verde en el

que se leía WILLET'S desde la calle, observó al hombre que se acercaba; largas zancadas, pero un tanto inestable, empuñando un rifle en la mano derecha y unas alforjas sobre el hombro izquierdo. Entonces lo reconoció.

—Dios mío, espero que no haya estado bebiendo.

Ni Flynn ni Madora lo habían visto todavía.

Willet habló rápido al ver que el hombre llegaba a la pasarela de madera.

—Ese es Frank Rellis… a veces actúa de forma extraña cuando bebe, pero no le prestéis atención.

Flynn, que aún sujetaba el espejo, levantó la mirada.

—¿Qué?

Pero Willet estaba mirando hacia la puerta.

—Hola, Frank… estaré contigo en un minuto.

Frank Rellis permaneció de pie en la entrada balanceándose ligeramente, luego entró y dejó caer las alforjas sobre el asiento de una silla Douglas junto a la puerta. Echó un vistazo con mirada huraña a las sillas de barbero ocupadas; era un hombre de edad similar a la de Flynn y llevaba ropas de campo: un sombrero manchado de sudor, con el ala levantada justo encima de los ojos, pantalones de cuero desgastados y brillantes, y una camisa de algodón lo suficientemente abierta para revelar una espesa mata de pelo negro cubriéndole el pecho. Llevaba la funda de la pistola baja sobre el muslo y todavía sostenía el rifle, un Winchester, apuntando hacia el suelo.

Miró a Willet.

—¿Dónde está Irv?

—Irv ha tenido que ir a Willcox —dijo John Willet jovialmente —. Estaré contigo en un minuto… toma asiento.

—No tengo un minuto.

Willet sonrió.

—Frank, ser jefe de la manada se te ha subido a la cabeza, ¿no crees?

Rellis miró impasible al barbero. Los ojos hundidos entrecerrados por el alcohol y posiblemente también por no haber dormido y una barba de dos días hacían que su rostro huesudo pareciera amenazador.

—Ya he dicho que no tengo un minuto.

Willet sonrió, pero ahora era una sonrisa forzada.

—Estoy acabando, luego tengo que recortar la barba de este caballero —señaló con la cabeza a Joe Madora—. Y luego te atenderé.

—Puedes hacer algo mejor.

—Frank, no veo que haya otra manera…

—Yo sí… vas a ocuparte de mí ahora.

—Frank…

—Puedes acabar con ellos después.

Flynn miró primero a Rellis y luego a Madora. El jefe de exploradores miraba a Rellis atentamente.

—¿Es que tiene prisa? —preguntó entonces Madora.

Rellis le ignoró y se movió hacia la primera silla. Se detuvo ante el reposapiés, delante de las botas de Flynn. Este seguía sujetando el espejo, pero estaba mirando el reflejo de Rellis.

—Se te ve más guapo que un pimpollo francés —dijo Rellis—. Ahora, levanta de esa silla.

Flynn sintió el repentino estallido de ira inundándole el rostro, pero se tomó su tiempo. Dejó de mirar a Rellis mientras levantaba el espejo y examinaba su propio rostro reflejado, y se sorprendió al ver que su reflejo no delataba esa ira. Quizás su semblante moreno tenía un leve rubor, pero eso era todo. Luego dijo en voz baja:

—John, aquí por la derecha se te ha quedado un poco desnivelado —hizo un gesto con la mano, indicándole—. Veamos cómo queda un poco más alto.

—Me parece que está bien —dijo Willet, nervioso—. Esa es la forma en la que siempre lo llevas.

—Quiero probar todo tipo de estilos —dijo Flynn con calma— antes de envejecer y encasillarme en uno solo y tener que vivir con él el resto de mi vida —miró a Rellis, que había apretado los labios —. Tengo toda la tarde. Puedes probar con la raya al otro lado, luego en medio, y luego, si se te acaban las ideas, saca tu libro y busca uno nuevo.

Se hizo el silencio, y de repente una tensión chirriante parecía a punto de estallar. La mandíbula de Rellis se tensó y un rojo más intenso ruborizó el mentón por debajo de la barba crecida. Tenía el cuerpo rígido como preparado para hacer algún movimiento.

Y entonces Joe Madora se rio. Fue una risotada suave, pero

rompió el silencio.

Rellis se volvió hacia él.

—¡Te estás riendo de mí! —Ahora tenía el rostro rojo remolacha.

La sonrisa de Madora se enderezó y de repente su oscuro rostro se mostró frío y serio.

—Si no eres un hombre —le dijo a Rellis—, entonces no deberías beber ese meado de lagarto que hacen pasar por whisky allí en el Republic.

Rellis no se movió. Flynn sintió la tensión y se sentó más erecto en la silla. Vio a Rellis de pie a punto de perder los nervios sujetando el Winchester con fuerza, ahora debajo del brazo. Rellis tenía los ojos muy abiertos, con expresión incrédula, miraba al hombrecillo con barba… una cabeza más bajo que él, más viejo y con la funda de la pistola alta y en una posición incómoda. Pero Madora le miró con calma y algo hizo que Rellis se contuviera en el punto álgido de su ira.

—Señor —dijo entonces Flynn, y esperó a que Rellis le mirara—. No necesita un afeitado tanto como cree. Quizás será mejor que se vaya mientras la suerte todavía le sonríe.

La sorpresa invadía el semblante de Rellis, pero estaba al límite de su paciencia y su rostro revelaba ira.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Flynn.

—¿Nos hemos visto antes?

—Lo dudo.

—¿Vas a levantarte de esa silla o te saco de ahí con esto? —levantó ligeramente su Winchester.

—Como levantes ese cañón una pulgada más —dijo Flynn tranquilamente—, te mataré.

Rellis se detuvo. Miró el largo trapo de barbero que cubría a Flynn hasta las rodillas, una tela suave de algodón a rayas que no revelaba nada.

—Es un farol.

—Solo hay una manera de averiguarlo.

Rellis miró rápidamente las cornamentas junto a la puerta. Había un abrigo de piel marrón colgado allí; tal vez hubiera una funda de pistola debajo de este, pero también podría estar en la

mano de Flynn bajo la tela a rayas.

El rostro de John Willet palideció bajo las galas de sol.

—Por favor, caballeros —dijo con voz temblorosa.

Pero eso fue todo.

Rellis se movió de repente hacia la silla, pero Flynn le golpeó con la bota al mismo tiempo y le propinó una patada en la boca del estómago. Rellis cayó hacia atrás con un jirón en la parte delantera de la camisa, donde le había golpeado la espuela de Flynn, y mientras se tambaleaba hacia atrás, Flynn se levantó de la silla y con el espejo golpeó con fuerza la sien de Rellis mientras con la mano derecha le arrebataba el Winchester.

El cañón del rifle giró hacia Rellis, a pesar de que aún lo sujetaba por la culata, y cayó sobre su cráneo. No se derrumbó, pero se tambaleó hacia atrás mientras Flynn le empujaba hacia la puerta abierta. Al llegar a la entrada, Flynn se detuvo sosteniendo el rifle al tiempo que Rellis seguía tambaleándose hasta que se tropezó y cayó en el polvo boca arriba y rodó. Mientras se ponía de pie, sus alforjas salieron volando de la barbería e impactaron de lleno en su cara haciéndolo caer de nuevo.

Flynn entró en la barbería y apoyó el rifle en la pared bajo las cornamentas.

—Devuélvele el rifle cuando recupere algo de sentido común —dijo a John Willet.

Joe Madora se levantó de la silla.

—En otro momento, John. Ahora pareces un poco nervioso para manejar esas tijeras —señaló con la cabeza el cristal roto del espejo de mano—. David, acabas de ganarte siete años de mala suerte.

Flynn pagó a Willet, quien aceptó el dinero en silencio, y luego se dirigió a las cornamentas. Descolgó su abrigo, luego descolgó el arnés de su pistola y se lo pasó por el brazo de manera que la funda colgaba bastante por debajo de la axila izquierda; la pistola de calibre 44 de cañón largo colgaba por debajo del cinturón. Se puso el desvaído abrigo casi blanco. Su Stetson claro estaba manchado de sudor alrededor de la cinta y llevaba el ala rígida recta, cerca de los ojos. Tras ponérselo, dijo:

—Nos vemos en otro momento, John.

—Ese hombre no va a olvidarlo —dijo John entonces—. Dave, no conoces a ese hombre.

—Pero ahora él ya conoce a Dave —respondió Madora.

CAPÍTULO 2

Partieron a caballo de Contention en dirección al puesto de caballería que se hallaba a dos millas al norte, junto a San Pedro. Era un puesto de una sola tropa y Flynn se preguntaba por qué había sido elegido punto de encuentro. Había estado trabajando fuera de Fort Thomas desde su regreso y Bowers era de Whipple Barracks. Pero era algo típico de Deneen. Solía elegir los sitios para que uno anduviera preguntándose. Deneen, el asistente del Estado Mayor, a quien conocía desde hacía mucho tiempo. Demasiado tiempo. Desde Chancellorsville. Y había un día en Chancellorsville que jamás olvidaría. Madora dijo en una ocasión que uno tenía que mirar con buenos ojos a Deneen porque era uno de los pocos cabrones honestos y genuinos que quedaban.

Cabalgaban relajados, paseando a las yeguas, Flynn montado en un bayo y Madora en un castaño. Eran casi las cuatro en punto y el sol bajaba ya por la izquierda, un rayo largo y carmesí sobre la sierra incolora de las Catalinas.

—¿Recuerdas a Anastacio Esteban? —dijo Madora.

Flynn levantó la mirada, sorprendido.

—Muy bien.

—Pasó por aquí ayer con casi toda la tribu. Cuatro o cinco carromatos de pequeños y grandes de los Esteban colgando de cada carro allá donde miraras.

—¿Por aquí? Viven en Sonora. Soyopa.

—Lo sé —dijo Madora—. Cruzaron la frontera para asistir a alguna fiesta. Ya sabes que Anastacio hizo muchos amigos cuando cargaba mulas para el ejército. No hace falta mucho para animarlo a que se apunte a una celebración.

—Yo vine por Soyopa —dijo Flynn—. Estuve buscando oro justo al sureste de allí y al regresar paré para visitarlo. Anastacio me hizo pasar la noche en su choza.

—Mencionó que te había visto.

—Su hermano Hilario es el alcalde ahora. Al menos lo era hace seis meses cuando pasé por allí.

Madora asintió.

—El callado.

—A diferencia de su hermano —dijo Flynn—. No vino con ellos, ¿verdad?

—No, pero su hija sí. ¿La conociste?

—Eso creo.

—No se puede pensar eso sobre ella. O la conociste o no la conociste.

—¿Anita?

—Nita —dijo Madora—. No le irían mal unas cuantas libras más de peso, pero se ha convertido en toda una mujer.

—¿Vino ella?

—Sí, en nombre de su padre. Pasaron por aquí ayer. Tal vez los alcances… dependiendo de cuándo te marches.

—Tal vez —dijo Flynn.

Había conocido al jovial Anastacio cuando todavía estaba en el ejército, durante la temporada en la que Anastacio transportaba suministros para ellos; Anastacio, el mulero, el «arriero», que hablaba con sus animales como si fueran sus hijos y bebía mescal como si fuera agua. Pero no conoció a los otros hasta que pasó por el pueblo de Soyopa. Ellos no viajaron a Arizona para trabajar como había hecho Anastacio. Hilario, el callado. Y Nita, a quien recordaba bien. Quizás los volvería a ver.

—Deneen ya está aquí —comentó Madora mientras entraban al trote en el patio de Camp Contention; unos bosquecillos de álamos asomaban por detrás de una hilera de chozas de adobe parduzcas y erosionadas por el viento, un mástil y luego unos largos y bajos establos frente a las chozas de adobe.

»Su bayo es ese que el soldado está cepillando en el último establo —dijo Madora—. Cuando Deneen está de pie junto a él, uno tiene que parpadear y fijarse bien para saber cuál de los dos es el trasero del caballo, e incluso entonces es difícil saberlo con certeza.

Al final de los establos, una docena o más de personas estaban sentadas alrededor de un fuego humeante. El sol caía a sus espaldas y Flynn no pudo distinguir quiénes eran hasta que ahuecó la mano

encima de los ojos para evitar el destello del sol.

—Mis chicos —dijo Madora.

Flynn los reconoció entonces: apaches coyoteros que trabajaban de rastreadores para el ejército. Los apaches los miraron y entonces uno se levantó y saludó. Llevaba una camisa del ejército desteñida, pero había perdido el rango junto al resto de su atuendo. Una banda roja de algodón en la cabeza, un taparrabos gris y mocasines altos que le llegaban hasta los muslos.

—¿Te acuerdas de él? —preguntó Madora.

—Tres Centavos —dijo Flynn—. Trabajó conmigo una temporada.

—Ese piel roja es mejor que cualquier perro de presa —dijo Madora.

Una señal indicaba la ubicación del cuartel general de adobe. Letras negras sobre un tablón encalado y colgado a la derecha de la puerta: TROPA E—SEXTO CABALLERÍA E.E. U.U.

Un soldado que había estado en posición de descanso a un lado de la puerta tomó las riendas y entraron.

Junto a la puerta izquierda, un oficial que sostenía un kepi en la mano se levantó rápidamente del banco donde estaba sentado y Flynn supuso que aquel hombre era Bowers. Echó una mirada al sargento sentado detrás del escritorio y asintió, luego volvió a mirar al oficial. Un hombre joven… no, más bien un chico… de mediana estatura, pelo rojo rapado y un semblante rosado y de rasgos delicados con expresión seria. Sus ojos de color marrón oscuro esperaban la pregunta, aunque era obvio que estaba intentando no parecer curioso.

—¿Bowers?

El joven asintió.

—Dave Flynn. Y ya conoce a Joe Madora.

El oficial volvió a asentir y estrechó la mano que le ofrecía. Su mano era firme y devolvió la mirada atenta a Flynn cuando estrecharon las manos.

—Teníamos un comandante de división llamado Bowers.

—Era mi padre.

—Un buen soldado.

—Gracias.

Entonces Flynn señaló la puerta que conducía a la oficina del

comandante del puesto.

—¿Está Deneen ahí dentro?

Bowers asintió.

—Con el teniente Woodside.

—¿Lo ha visto ya?

—Solo unos minutos.

—Entonces no le ha explicado nada.

—No veo necesaria ninguna explicación —afirmó Bowers—. Ya he recibido las órdenes.

—¿Podría verlas?

Bowers vaciló.

—Escuche, estoy de su lado.

Sacó un papel doblado del interior de la chaqueta.

—Se le menciona aquí —dijo Bowers en voz baja—. Pero supuse que esto sería debatido de una manera un poco más privada.

—No se lo contaré a nadie —dijo Flynn. Miró el rostro serio de Bowers y le entraron ganas de sonreír, pero no lo hizo.

Madora se acercó para mirar por encima del hombro.

—Bonita caligrafía —dijo.

Flynn se lo arrimó a la nariz.

—No huelo ningún perfume en los papeles.

—Bueno, no te la pongas tan cerca o terminarás oliendo otra cosa —dijo Madora. Leyeron las órdenes en silencio.

> DE: coronel A. R. L. Deneen.
> Asistente del Estado Mayor de Arizona
> En Camp Contention, territorio de Arizona.
>
> PARA: Regis Duane Bowers, subteniente.
> 6º Regimiento de Caballería.
> Whipple Barracks, Prescott, territorio de Arizona.
>
> ASUNTO: Traslado y reasignación.
>
> 17 de octubre, 1876
>
> A partir de la presente fecha, R. D. Bowers es formalmente asignado a la oficina del Asistente del Estado Mayor de Arizona, y por la presente se le ordena que se presente en Camp Contention, en territorio de

Arizona, para recibir instrucciones detalladas sobre las siguientes órdenes aquí expuestas en líneas generales:

En una semana o antes del 25 de octubre, R. D. Bowers habrá realizado todos los preparativos para una patrulla de larga duración.

R. D. Bowers contactará con D. Flynn, un guía civil contratado. Sin embargo, dicho empleado está en su derecho de declinar el encargo. El sustituto, si es necesario, será elegido por la oficina del Asistente del Estado Mayor.

R. D. Bowers y el guía civil partirán hacia aquella zona de Sonora (México) indicada en una fecha futura.

Los arriba mencionados deberán entrar en contacto sin el uso de armas con Soldado Viejo, un apache mimbreño hostil, y regresarán con dicho hostil a la agencia apache de San Carlos, en territorio de Arizona.

Se advierte a R. D. Bowers que, si es arrestado por las autoridades mexicanas y debido a la naturaleza de la misión, no será reconocido por los Estados Unidos como agente legal.

Los asuntos aquí tratados son estrictamente confidenciales.

La oficina del ayudante de campo les transmite su más sincero deseo del éxito de su empresa.

R. L. DENEEN
Asistente de Campo

—Esa última línea es típica de él.

Flynn devolvió la hoja a Bowers y se sentó en el banco; apoyó un tacón en el borde, se lio un cigarrillo y se tomó su tiempo para encenderlo, luego exhaló el humo pausadamente, examinando al joven oficial que intentaba parecer tranquilo, intentaba parecer de West Point. Y estaba claro que las órdenes significaban muy poco para él.

Este era el hombre al que llevaría a la otra orilla de Río Grande (el cual, por aquel entonces, llamaban los Bravos) para encontrar a Soldado, un mimbreño broncho que llevaba más tiempo luchando

que lo que Bowers o él mismo habían vivido. Cuatro dólares al día por guiar al nuevo teniente con tan solo un año de experiencia a sus espaldas en un puesto fronterizo. Por llevarlo a través de un territorio baldío abrasado por el sol y entre cañones empinados, rocosos, laberínticos e interminables, en busca de algo que probablemente ni tan siquiera estuviera allí. Pero siempre con los ojos bien abiertos, porque el apache sabe lo que se hace. Lo sabe mejor que ningún otro. Cómo matar. ¿Así de simple? Sí, así de simple, pensó. A eso se reduce. Así son las cosas. Cuatro dólares al día. Más de lo que gana un teniente. Su uniforme compensa el bajo salario… aunque no sería de extrañar que muriera desnudo.

—¿Qué tiene en su contra? —oyó preguntar a Madora.

—¿Disculpe? —preguntó Bowers, sorprendido.

—Debió pillarle con su esposa.

Bowers le miró fijamente, pero no dijo nada.

Flynn se quitó el sombrero, se tumbó hacia atrás y sintió el frío adobe en la nuca.

—Señor —le dijo a Bowers—, ¿qué piensa usted?

—¿Sobre qué?

Dios mío, es de los calmados. Está abusando de esa calma.

—Sobre sus órdenes.

—Casi ha respondido a su propia pregunta. Son órdenes. En estas circunstancias dudo que mi opinión pueda cambiarlas en un sentido u otro.

Madora sonrió.

—Cuidado, Dave. Te ha tocado un tipo serio.

—No creo que esto sea asunto suyo en absoluto —dijo Bowers con frialdad.

Se hizo el silencio. Flynn vio que el teniente apretaba las manos por detrás de la espalda y se asomaba a la única ventana.

—¿Sabe realmente de lo que está hablando? —dijo Flynn dirigiéndose a él.

Bowers se giró y dijo secamente:

—Señor Flynn, le aseguro que soy capaz de interpretar una orden militar. Es una descripción precisa, sin adornos y bastante literal de una misión específica, la cual he sido entrenado para obedecer sin cuestionarla y sin vacilar. Ya que mi opinión no tiene ningún valor, le veo poco sentido a debatir sobre ello…

especialmente con una persona que no está relacionada de ninguna manera con la orden en cuestión. ¿Es eso lo bastante claro?

—Muy claro, señor Bowers. —El coronel Deneen había aparecido por la puerta de la oficina del comandante del puesto. Se podía ver al teniente Woodside detrás de él—. Y debería decir que es injustamente modesto. Su opinión vale… algo.

Vaciló y paseó la mirada por el grupo fuera de la oficina. Era un hombre de mediana estatura, de cuarenta y pocos años, pulcramente vestido, desde la franja blanca que asomaba por el cuello hasta las botas negras relucientes y las espuelas de plata que tintineaban levemente cuando entró en la habitación. Y aunque tan solo dio unos pasos, se podía advertir una ligera cojera, cierta tendencia a cargar la pierna derecha al pisar. Con una mano picoteaba despreocupadamente la pechera de su camisa, como si estuviera quitándose hilillos invisibles, y miró a los tres hombres con atención, individualmente, como si reclamara la atención de cada uno de ellos.

—Descanse, señor Bowers.

Hizo un gesto con la cabeza a Madora, que seguía relajado con los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco, luego dirigió la mirada a Flynn y se detuvo allí. Flynn no se había movido de su posición. Estaba apoyado en la pared con media bota todavía sobre el borde del banco y un brazo apoyado en la rodilla en alto, con la mano extendida y sujetando la colilla de un cigarrillo. Dio una calada cuando Deneen le miró.

—No se levante, Flynn.

Dave Flynn le devolvió la mirada y la fijó en los suaves rasgos, el cabello bien peinado y brillante. Entonces dejó caer el cigarrillo, pero no lo apagó con el pie. Miró a Woodside, el comandante del puesto.

—Don, me alegro de verte —y luego, dirigiéndose a Deneen—: ¿Qué tal el pie, coronel?

Durante unos segundos el rostro del coronel se tensó y sus ojos negros no pestañearon clavados directamente en Flynn, como si esperara que fuera a decir algo más, pero Flynn permaneció en silencio. Entonces, su rostro se relajó y Deneen dijo:

—Muy bien, gracias.

Había una sonrisa asomándose juguetonamente en las comisuras

del bigote de Flynn.

—Eso está bien. A veces las viejas heridas comienzan a doler, especialmente cuando llega el tiempo húmedo.

—Por suerte, el tiempo está siendo sorprendentemente seco.

—Por suerte.

—No puedo decir que esperara verle aquí.

—Ya imaginaba que no lo haría.

—Ya sabe por qué ha sido elegido, por supuesto.

—Tan bien como usted.

—Por su conocimiento del territorio. Me han dicho que ha estado ocupado en las minas allá abajo durante cerca de un año y medio. Supongo que no tuvo mucha suerte, o no habría vuelto a trabajar de explorador. ¿Vio alguna señal de Soldado Viejo?

—Siempre hay señales.

—Si puede ser menos críptico, ¿qué significa eso?

—Los muertos.

—Supongo que el gobierno mexicano no ha hecho mucho.

—De regreso hablé con un hombre en Soyopa que me informó de que Porfirio Díaz iba a enviar policía para ayudarlos. Los esperaban en cualquier momento.

—¿Rurales?

Flynn asintió.

—Su policía recién formada. Bandidos para luchar contra bandidos.

—Quizás esa sea la mejor manera —dijo Flynn.

—¿Y qué tal va la recompensa por cabellera?

—El gobierno aún las paga si uno es lo bastante hombre para hacerse con una cabellera apache.

—Me informaron de que hay un forajido americano allá abajo que está teniendo bastante éxito con la caza de cabelleras. Lazair. ¿Ha oído algo de él?

—Me lo señalaron en una ocasión.

—¿Dónde?

—En Guazapares, hace un año. Por aquel tiempo las cabelleras debían ser presentadas en Guazapares para cobrar la recompensa. Lazair llegó a caballo con algunos de sus hombres y lo vi a lo lejos. Vi su cara antes de que apareciera en esos carteles de «Se busca» que hay por aquí.

—¿Qué tal se lleva con las autoridades?

—No lo sé —dijo Flynn encogiéndose de hombros—. Todos parecen temerle.

—Me han dicho que ahora está intentando por todos los medios hacerse con la cabellera de Soldado.

—Debería, vale quinientos pesos —dijo Flynn—. ¿Está sugiriendo que vayamos en su ayuda?

Deneen sonrió.

—Si usted se ganara la vida vendiendo cabelleras apaches, ¿cree que vería con buenos ojos a alguien que aparentemente viene a llevárselas?

—Iba a recordarle eso mismo.

—Yo me ocupo de recordar lo que piense oportuno.

Flynn se encogió de hombros y no dijo nada.

—Vuelvo a mencionar —dijo Deneen amablemente— que no está obligado de ninguna manera a aceptar esta misión.

—¿Y qué pasa con Bowers?

—Eso no es asunto suyo.

—No se lo tome a mal, pero hay otros oficiales con bastante más experiencia que podría haber elegido.

Echó una mirada a Bowers mientras lo decía y vio que el joven oficial estaba tenso, como si estuviera ansioso por responder.

—¿Quiere decir que no irá si el teniente Bowers va? —preguntó Deneen.

—Por supuesto que no. Simplemente, no entiendo por qué envía a un hombre sin experiencia para realizar un trabajo como este.

—¿Y cómo adquiere uno esta experiencia si jamás pisa el terreno?

—Rastrear a Soldado en su propio elemento no es exactamente solo pisar el terreno.

—No vamos a discutir sobre ello. O bien va, o no va.

—Me gustaría hablar con usted a solas.

—No tengo tiempo. ¿Va a ir?

Flynn dudó y, a continuación, asintió con la cabeza.

—Partirán por la mañana. El sargento mayor les proporcionará la munición si usan una Springfield; si no es así, ustedes se encargarán de proporcionarla.

—Soy consciente de todo eso.

—Entonces, no hay razón para retenerlo más aquí —dijo Deneen, y se giró abruptamente hacia Bowers con expresión adusta —. Teniente, entre en mi oficina.

El sol había desaparecido por el horizonte de las Catalinas y regresaron a Contention envueltos en la silenciosa oscuridad. Flynn reflexionaba y se recordaba a sí mismo que ahora estaba involucrado y que no podía dar marcha atrás.

—Se portó medio decentemente durante un minuto —dijo Madora—. Aunque luego su noventa y nueve por ciento de cabrón comenzó a asomar.

—Al menos hay que reconocerle eso —dijo Flynn—. Es coherente. —Flynn se quedó en silencio, cabalgando y balanceándose al ritmo de su montura, y entonces dijo—: Joe, ¿de dónde saca su autoridad para esto?

—Nunca me he parado a pensarlo.

—Las órdenes decían que el ejército no nos reconocería. Si hubiera un acuerdo con México, habría una expedición.

—Demasiado ruido —añadió Madora—. Y nunca encontrarías a Soldado.

—Ese no es el meollo de la cuestión. ¿Qué dice el general sobre esto? No creo que sea algo que puedan ocultarle.

—Deneen es un charlatán —dijo Madora—. Quizás él sea capaz de explicarlo de forma que suene legal.

—Quizás —Flynn se lo quitó de la cabeza y dijo—: ¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a liderar la grandiosa expedición de Deneen de inspecciones del puesto. Con Tres Centavos y sus coyoteros para darle un toque de color.

—Podría irte peor.

—¿Peor que esto?

Ya era de noche cuando doblaron la esquina de Commercial Street en dirección a Stockman y pasaron a caballo frente al Republic House en la esquina. Ambos iban a alojarse allí y llevaron los caballos al establo situado detrás del hotel, en Stockman. Desmontaron delante de la amplia entrada que enmarcaba la oscuridad del interior.

—Me pregunto dónde estará el mozo —dijo Madora. Se detuvo dentro, parpadeando.

—Me parece haber visto un farol colgado de un clavo en los tablones allí.

—¿Aquí? —Madora se movía en la oscuridad.

—A este lado del primer establo.

Madora se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó una cerilla. La rasgó en el tablón divisorio y justo frente a él Flynn vio un resplandor amarillo y el rostro de Madora cerca de los tablones.

Y el estallido pesado, resonante y sólido del disparo del rifle se escuchó al tiempo que se encendía la cerilla. Flynn se agachó instintivamente. La cerilla se apagó y escuchó a Madora jadear como si le hubieran golpeado con fuerza en el estómago, y luego el sonido de su peso cayendo contra la divisoria.

—¡Joe!

Flynn se estaba levantando. Entonces sonaron tres disparos en rápida sucesión en la cerrada quietud y se tiró al suelo mientras escuchaba a los caballos relinchar sabiendo que les habían disparado. Frente a él, la yegua de Madora cayó pesadamente al suelo y no se movió, pero su caballo se escapó y giró hacia Stockman Street. Tenía la pistola en la mano, pero no había nada, solo la oscuridad y los caballos estabulados que se agitaban nerviosos, golpeando los tablones y relinchando.

De repente, la puerta abatible trasera, a no más de cincuenta pies, se abrió de par en par con el sonido de cascos de caballo pisando tablones y tierra prensada, y en ese momento el caballo y el jinete se recortaron enmarcados en la puerta cuando se entreabrió. Flynn disparó levantando el pesado revólver y a continuación el caballo y el jinete desaparecieron, y pudo oír las pisadas fuera, en la calle al otro lado del establo.

Madora respiraba con la boca abierta, su pecho subía y bajaba y emitía un silbido. Flynn alargó la mano hacia él con cautela hasta que sintió en sus dedos la mancha húmeda de sangre justo por encima de la cintura, en un costado.

—Joe, te pondrás bien. Probablemente te ha atravesado limpiamente.

Madora intentó contestar, pero no pudo. Respiraba con más violencia y jadeaba.

Entonces se escucharon unos pasos a su espalda.

—¿Qué ha ocurrido?

Sonaron más pasos sobre la tierra prensada y una voz familiar. Era la voz del barbero, John Willet.

—En cuanto lo he visto lo supe… arrasando por Commercial de esa manera. No había oído aún los disparos y ya lo sabía.

—¿Quién? —dijo alguien.

—¡Quién crees que puede ser! —la voz de Willet estaba embargada por el nerviosismo—. Frank Rellis. Dios mío, y ahora lo ha hecho…

CAPÍTULO 3

A última hora de la tarde el cielo se tornó gris pálido y el aire trajo lluvia, la atmósfera se hizo sofocante y cerrada y el silencio envolvía pesadamente la llanura lisa e incolora. Las cimas distantes al este, las Dragoon, se alzaban como gigantes hacia el cielo gris y parecían más cercanas de lo que realmente estaban. Las altas crestas irregulares se perdían en el brumoso y apagado azul del cielo.

La amenaza repentina de lluvia fue un alivio tras el implacable destello del sol de la mañana. Habían avanzado sin decir mucho y con los ojos entornados para evitar el deslumbramiento. La mirada atenta de Flynn solía trazar un ancho arco, que escudriñaba cada arbusto y elevación para luego elevarse hasta las rocas achinando los ojos en busca de algún hilo de humo casi transparente a la luz del sol, o los destellos reflejados que ningún hombre blanco era capaz de leer, con la esperanza de encontrar algo allí… porque uno nunca sabía. Las reservas existían, pero, aun así, uno nunca podía estar seguro.

Flynn seguía el balanceo de su montura relajadamente, una yegua parda que había comprado la noche anterior, mientras escuchaba el crujido del cuero de la silla de montar. Llevaba el sombrero recto sobre las cejas y parecía cansado, apático; sin embargo, no cesaba de pasear la mirada por el valle. Con frecuencia, sacaba las botas de los estribos y dejaba las piernas colgando sueltas. Todo se torna rutina. Relájate y estate alerta al mismo tiempo. Si solo te relajas, en territorio apache estás muerto.

Pensó en Joe Madora y todavía podía oír el silbido de su respiración. La multitud que se formó casi de la nada. Primero estaban solos, luego había voces, docenas de voces, y reconoció una de ellas. La voz de John Willet. Escuchó a John Willet pronunciar muy claramente el nombre de Frank Rellis. Le había hablado a Bowers sobre ello antes de partir esa mañana. Bowers dijo que lo

sentía, y eso fue todo.

Bowers llevaba ahora ropa civil; un traje de paño gris que había llevado durante su permiso un año o dos antes y que ahora le quedaba pequeño.

El médico había estado curando a Joe durante un largo rato, media noche, y permaneció allí el resto de la noche en la habitación del hotel donde habían llevado al herido. Había logrado parar la hemorragia, luego la herida volvió a sangrar y la curó aplicando compresas. Madora estaba inconsciente entonces y con los ojos cerrados, como si estuviera a punto de abrirlos de repente. Flynn había estado observando aquel rostro más que las manos del doctor, ocupado en la zona media del cuerpo de Madora, porque temía que el rostro palideciera y los ojos se abrieran. Estaba seguro de que iban a abrirse, porque casi todos los hombres muertos que recordaba yacían con los ojos abiertos. En esos casos había colocado unos guijarros sobre los párpados, si tenía tiempo. Era algo extraño. No, por eso es por lo que los recuerdas. Hubo otros con los ojos cerrados que no dejaron huella.

Pero el rostro de Madora permaneció calmado y, aunque la piel bajo la barba se veía pálida, no perdió todo su color.

Flynn durmió durante una hora antes de que amaneciera y, cuando se despertó, se puso las botas y se ató la pistolera; el doctor le informó de que el anciano tenía posibilidades de sobrevivir, pero que no recomendaba hacer ninguna reserva en el hotel a su nombre.

Acamparon pronto porque amenazaba con llover y colgaron los ponchos formando un cobertizo. Pero la lluvia no llegó. Y más tarde, cuando salió la luna, su contorno era brumoso y se veían pocas estrellas en la profunda negritud.

Flynn se echó con la cabeza apoyada en la silla y se encendió un puro fino mexicano. En tres días y medio estaremos allí. Soyopa. Y entonces investigaremos y llegaremos a conocer a ese apache y veremos si existe algún patrón en su forma de vida. ¿Cuáles son sus limitaciones? ¿Dónde está su punto débil?

Interrumpió sus pensamientos de repente, exhaló lentamente el humo y se rio para sus adentros. ¿Y qué prisa hay? A pesar de lo viejo que es, probablemente siga estando allí años después de que te hayas muerto. La suerte no dura para siempre, ya sabes. Puede estirarse hasta cierto límite, y cuando te despistas se rompe y todo

se te pone en contra y no sabes por dónde te vienen. Volvió a sonreír. Y eso si tienes suerte. Así es como se acaba la suerte si uno es afortunado.

Volvió a prender el puro, un suave resplandor en la comisura de la boca. Tumbado boca arriba y mirando hacia la oscuridad, movía ociosamente con la mano el puro de una comisura a otra, mordiendo levemente y apenas saboreando el fuerte tabaco entre los labios. Podía ver el rostro de la chica con claridad. Nita Esteban. Había pensado en ella porque pensaba en Soyopa. Sus rasgos eran sensibles, delicados y mantenía los labios entreabiertos cuando sonreía. Llevaba una toca roja sobre sus delgados hombros y sostenía los picos de esta frente a su pecho. Recordaba esa toca roja muy bien. ¿Cuántos años tendría? ¿Diecisiete? No muchos más.

Contempló la eternidad del cielo. La oscuridad era relajante, pero la vastedad era fría y hacía que uno quisiera arrimarse a algo. Giró la cabeza sobre la silla de montar y vio la silueta de Bowers al otro lado de la pequeña hoguera. Está intentando explicarse qué demonios está haciendo aquí, pensó Flynn.

Quizás alcancemos a los Esteban. Eso estaría bien. Podríamos hablar de todas esas cosas que mencionó Deneen y relacionarnos con ellos antes de llegar a Soyopa.

Sin embargo, Bowers es honesto. Si algo no le gusta, se le nota.

No le gusta esto, pero no se da cuenta de lo que implica. Cree que es una misión aburrida y rutinaria que lo aleja de los brillos de la promoción durante demasiado tiempo. Probablemente ha estado hablando con Deneen y Deneen le ha dicho que me vigile porque, bueno, aunque Flynn fue oficial en otro tiempo, no es el hombre más fiable del mundo; abandonó su misión porque se le calentó la cabeza y quizás un poco temeroso de lo que iba a ocurrir. Esas cosas pasan.

Bowers piensa todo el tiempo y no sonríe.

Y su padre era el comandante de la división de Deneen durante la guerra. ¿Qué puede tener eso que ver con el hecho de que ahora Bowers esté aquí? Algo. Te puedes apostar lo que quieras, algo.

Uno sonríe la mayor parte del tiempo al principio, se dijo. Sonríe para demostrar que está dispuesto. Una sonrisa muestra sinceridad. Afecto, alma limpia, mente abierta… e inexperiencia.

Flynn recordó la gris mañana de abril en la que cruzó el

Rappahannock con la brigada de Averell. Con diecisiete años y ya subteniente porque su padre conocía a alguien. Recordó que Deneen, que era su capitán por aquel entonces, su primer capitán, señaló con la cabeza las colinas y dijo:

—Están allí arriba. Esos chaquetas grises comedores de sorgo que lo llenan todo de estiércol están allí arriba. Los atacaremos antes de que ellos nos ataquen a nosotros.

Él estaba cerca de Deneen y sonrió, porque Deneen era capitán y los había tutelado durante todo el periodo de entrenamiento y hablaba como se suponía que debía hablar un buen soldado de caballería.

Se encontraron con Fitz Lee, que formaba parte de los sables de Stuard, y a punto estuvieron de descuartizarlo en pedacitos, pero no pudieron acabar porque los piquetes rebeldes se hallaban demasiado cerca y para entonces la alarma ya se había extendido. Fue un buen día, y entonces pensó: Esto no parece tan duro.

Entonces Chancellorsville. La tercera noche llovía con fuerza, pero cesó unos minutos después de que regresara su patrulla. La artillería rebelde tronó poco después. Y rifles Whitworth disparaban ráfagas desde los matorrales en lo alto.

Su sargento se le apareció en la oscuridad, en la fría y miserable oscuridad, con los ojos desorbitados y el cuerpo tenso y rígido.

—¡Dios mío, le he visto hacerlo!

—¿Qué?

—Con su propia pistola.

—¿Qué?… ¡Maldita sea!

El sargento le guio retrocediendo a un pinar. Deneen estaba sentado bajo las espesas ramas caídas acurrucado junto al tronco del árbol. Tenía la pistola en la mano. Y el dedo gordo de su bota había desaparecido… se había disparado al pie.

Se lo llevaron a retaguardia e informaron de «metralla» al ordenanza que estaba rellenando la etiqueta que prendieron en la camisa de Deneen. El resto de la noche Flynn no sonrió porque estaba agarrotado sobre el barro mientras los Whitworth del coronel A. P. Hill seguían acribillándolos desde Hazel Grove.

Por la mañana encontró al sargento muerto; murió en el bombardeo. Y fue consciente entonces de que era el único que sabía lo que le había pasado a Deneen.

Después de eso, sonreía solo cuando le entraban ganas de sonreír.

En el ejército no era necesario. La mayoría de las veces ayudaba, pero no era necesario. Había visto a hombres hacer más cosas que simplemente sonreír para conseguirse un puesto en el Este. Él había aceptado esto y lo consideraba despreciable, pero, a fin de cuentas, no era nada que le incumbiera. Lo aceptaba, así como todas las otras facetas poco militares de la vida en el ejército porque no podía hacer nada para cambiarlo. Los políticos podían continuar sonriendo y lamiendo botas para ascender.

Tenía que haber hombres en los puestos fronterizos. Tenía que haber hombres que se ocuparan del trabajo sucio y lo llevaran a cabo con éxito. Y cuando se vio a sí mismo en ese papel… cuando se encontró en una parte del ejército que todavía luchaba ocasionalmente, lo aceptó tan rápida y gustosamente como la política. Alguien debía hacerlo. Haz lo que mejor sabes hacer. Así es como se logra el éxito. Incluso aunque el éxito tan solo consista en la satisfacción de uno mismo.

Pero al fin todo acabó.

El principio del fin tuvo lugar el día en el que un tal mayor Deneen de repente apareció en Fort Thomas como comandante del Puesto.

No le dijo nada a Deneen sobre esa noche en Chancellorsville y se sorprendió cuando un día oyó a Deneen referirse a su herida con bastante orgullo. Había otros presentes, pero Deneen miró directamente a Flynn mientras lo describía, el bombardeo y el maldito extraño lugar en el que impactó la metralla. Flynn entonces estuvo seguro de que Deneen había entrado en estado de shock y no era ni tan siquiera consciente de lo que había ocurrido aquella noche.

Entonces, de repente, Flynn comenzó a recibir misiones poco razonables y planeadas apresuradamente. Se había encargado de ellas antes (no todas las patrullas eran rutinarias), pero ahora iban en serio. Órdenes arriesgadas que eran propias de la caballería, pero no las apropiadas para luchar contra los apaches. Siguiendo el rastro ciegamente porque Deneen insistía en la rapidez. Vagando en patrullas señuelo con escasas provisiones que mermaban sus tropas. En siete meses había perdido a más hombres que ningún otro oficial

de Fort Thomas.

El final llegó durante la campaña de los tonto, casi un año después de que Deneen llegara al fuerte como comandante del puesto. Había perseguido a Primero y a sus apaches tonto durante cinco semanas, y hacia el final, cuando ya sabían que tenían al jefe de guerra y su pequeña banda, Deneen tomó el campo. Llegó por la noche cuando tres compañías se aproximaban a Bosque Canyon en territorio de los mogollones. Primero estaba allí dentro, en algún lugar entre las formaciones rocosas en penumbra.

Y Deneen ordenó a Flynn que se llevara a media compañía B y galopara por el estrecho pasaje para atraer el fuego enemigo. ¡Eso les indicaría donde estaban los malditos hostiles!

—Sugiero que exploremos antes, señor.

—Usted no sugiere nada.

—Los exploradores coyoteros de Madora podrían arrastrarse hasta allí cuando anochezca e informarnos exactamente de dónde se encuentran.

—¿Está rechazando una orden?

Partió al amanecer con catorce hombres. Sí, atrajeron el fuego enemigo… y eran casi las doce del mediodía cuando lograron salir. Seis de ellos y Flynn con una flecha clavada en el muslo.

Deneen estaba en la tienda que le habían instalado. No había estado presente cuando regresaron con lo que quedaba de la compañía B y Flynn lo encontró solo.

—Está matando a buenos hombres para perjudicarme.

Deneen no dijo nada.

—Sabía lo que estaba haciendo en Chancellorsville. Debí haberme dado cuenta antes. Me teme por lo que sé. ¡Teme que cuente a otros lo cobarde hijo de perra y poco hombre que es!

—Cuando regrese a Thomas, señor Flynn —respondió Deneen con calma y en voz baja—, será confinado en su cuarto. De momento, precisa de atención médica.

Poco después dejó el ejército y jamás volvió a hablar de Chancellorsville en presencia de Deneen o de ninguna otra persona. No serviría de nada contárselo a otros. Algunos le creerían, la mayoría no, y en todo caso no conseguiría nada. Se licenció rápidamente; demasiado rápidamente, y se arrepintió casi de inmediato.

Hizo la segunda mejor cosa que podía hacer (en muchos aspectos, la mejor, ya que logró conocer su trabajo mucho más a fondo): aceptó un trabajo como guía contratado. Podía hacer sus propios cálculos y los oficiales en patrulla respetaban su opinión. Había aprendido de Joe Madora y eso era más que suficiente para la mayoría. Muchos de estos oficiales eran nuevos para él, porque se aseguró que no lo destinaran a Fort Thomas. Pero cuando Deneen fue nombrado Asistente del Estado Mayor, trabajó fuera de Thomas durante casi un año (vio a Deneen en alguna ocasión, raras veces habló con él), hasta que fue asignado a la prisión territorial de Yuma. Madora se opuso porque se estaban desaprovechando las capacidades de Flynn, pero no pudo hacer nada. La orden había llegado desde la oficina del Asistente del Estado Mayor.

Volvió a dimitir de su puesto, en esta ocasión rompió todos los lazos y se marchó a las Madres en busca de oro.

Y ahora estás de vuelta, pensó, contemplando otra vez el cielo. Porque esto es lo que te gusta hacer y esperabas que Deneen se hubiera olvidado. Pero no ha cambiado nada. Deneen continúa siendo Deneen. Es algo en su mente. Tú eres el único hombre vivo que vio lo que ocurrió esa noche en Chancellorsville, lo cual parece que pasó hace tanto tiempo… algo que él aún intenta creer que jamás ocurrió. Como si, al mantenerte fuera de su vista, ese hecho no hubiera ocurrido.

Pero ahora estás de vuelta y él se está tomando muchas molestias para obligarte a renunciar otra vez. Debe ser muy importante para él. ¿Qué es lo que dijo Madora? Puede que estés lo bastante loco para hacerlo y así poder echárselo en cara a Deneen. ¿Tiene esto sentido? No lo sé. Pero en esta ocasión no habrá renuncia. Cuanto antes lo comprenda, mejor. O lo acepta y cambia o le volverá más loco de lo que ya está. Pero se hace difícil sentir lástima por él.

CAPÍTULO 4

A primera hora de la tarde del tercer día, en territorio boscoso, atisbaron una franja amarilla de llanura y detectaron humo que se elevaba desde el otro lado de las colinas. Se alzaba perezosamente en una columna ondeante y delgada sobre las cimas rocosas de las colinas.

—Desde aquí —dijo Bowers— podría ser hasta una barbacoa.

Apuntó los binoculares hacia el lugar y los enfocó, despejando la bruma y aproximando la delgada columna. Examinó el terreno en silencio.

—Proviene de una quebrada al otro lado de esa primera hilera de colinas —dijo entonces—. Yo diría… unas dos millas.

—No mucho más —dijo Flynn—. Hay un sendero que atraviesa la quebrada entre las colinas justo enfrente de nosotros.

—¿Qué hay ahí que pueda arder?

—Nada.

—¿Una casa?

—No, a menos que fuera construida en los últimos seis meses. Tendría que ser un jacal y las casas de matorral no arden durante tanto tiempo.

—Bueno, tal vez sea… —iba a decir un carromato o una caravana de carros, pero se calló al recordar a la familia Esteban, que Flynn le había mencionado y que se encontraba a tan solo un día de ellos, y se sintió de repente cohibido, como si Flynn estuviera leyendo sus pensamientos, y dijo—: No lo sé.

—Ibas a decir carros, ¿verdad?

Bowers asintió.

Habían desmontado. Ahora se subieron a las sillas, azuzaron a los caballos fuera del bosque y bajaron la ladera en diagonal hasta la llanura y, tras llegar a este nivel, siguieron el contorno de la colina a través de matorral alto y dejando la llanura a su izquierda.

Avanzaron casi dos millas hasta que la llanura comenzó a romperse en hondonadas y los matorrales se espesaron; y, cuando finalmente la llanura dejó paso a terreno más rocoso, se apartaron de la colina y se movieron despacio para no levantar polvo. Estaban al otro lado de la columna de humo, que se había hecho más fina, y entonces remontaron una milla antes de volver a ascender al bosque siguiendo las curvas en fila india cuando el ascenso se hizo más escarpado.

Cerca de la cima, ataron las monturas y ambos desenfundaron sus fusiles Springfield de la parte trasera de la silla.

Bowers descolgó un revólver enfundado del cuerno de la silla y se lo ató en el cinto a la altura de la cadera. Mientras lo observaba, Flynn pegó el codo contra su cuerpo para sentir el peso de su propia pistola bajo el abrigo.

—¿Preparado?

Bowers asintió y avanzaron las yardas restantes de la colina apartando en silencio las ramas de los pinos. La cima de la colina se allanaba en un bosquecillo estrecho, lleno de piñoneros. Lo atravesaron medio agachados y se pusieron a cuatro patas cuando los árboles terminaron en una ladera arenosa que caía ante ellos más de cien pies. Abajo, los pinos volvían a crecer, pero allí eran más altos y estaban más dispersos. A través de ellos, podían ver trozos del sendero que pasaba por la quebrada.

Y directamente debajo de ellos, a través de un claro ancho y de tierra fina, vieron los contornos de tres carros quemados.

Ya no eran carros, pero mantenían cierta identidad de una fragilidad grotesca y ennegrecida; dos de los carros, con los cabezales mirando hacia el cielo y solo medio quemados, estaban empotrados en el fondo del tercero, que estaba volcado sobre un lateral. Las mulas habían sido liberadas y habían desaparecido.

El humo del fuego ya sofocado flotaba como vapor caliente sobre los restos del cargamento parcialmente quemado: utensilios de cocina, cajas de provisiones, ropa y sábanas, todo amontonado y tirado por los carros. El humo iba disipándose sobre las cenizas, pero el olor llegaba más alto, incluso hasta los dos hombres.

Un rollo de tela roja, como el tajo de un sable en la arena color carne, colgaba desde un extremo quemado de uno de los carros hasta la base de un pino frondoso a unas cuantas yardas del claro. Y

a través de las ramas más bajas vieron el brazo extendido que agarraba el extremo de la tela. El brazo de una mujer.

Una profunda quietud envolvía la estrecha quebrada. Bowers oyó una maldición susurrada lentamente, pero cuando miró a Flynn el rostro enjuto del explorador era inexpresivo. Flynn se tumbó sobre la barriga y miró por el cañón corto de su fusil. Bowers le dio un codazo y, cuando Flynn alzó la mirada, los dos hombres se levantaron sin hacer ningún ruido y comenzaron a descender por la arena suelta.

Llegaron junto a la mujer bajo el pino y Flynn apartó las ramas con el cañón del fusil y, de repente, se detuvo bruscamente. Bowers vio la silueta de una joven, pero Flynn estaba sobre ella entonces y no pudo verle el rostro, pero sí atisbó la arena oscurecida por la sangre a la altura de la cabeza.

Flynn se enderezó despacio y dijo:

—La prima de Anita Esteban —pero estaba pensando en otra cosa. Lo revelaba su mirada, que lanzó más allá de Bowers, hacia los carros quemados, y dijo—: Alguien se ha llevado su cabello.

Se separaron; Flynn siguió el claro de arena y llegó hasta el sendero a unas doce yardas de distancia. Miró hacia la parte alta del sendero, donde se encontraba Bowers, y entonces sintió que se le erizaba el cabello cuando vio los cuerpos a un lado del camino.

Dos hombres y un chico. El raído algodón blanco retorcido de forma antinatural. Podía ver las suelas de esparto de sus sandalias. Yacían boca abajo y en las nucas se veía la sangre seca, una mancha negra donde habían recibido el disparo desde una distancia no mayor a una yarda. Se movió hacia Bowers y observó al teniente arrodillarse junto a otra figura. Al acercarse vio que se trataba de Anastacio Esteban.

—Está muerto —dijo Bowers alzando la mirada hacia él.

—Están todos muertos —dijo Flynn en voz baja. Miró más allá de Bowers y vio otras figuras tiradas junto al camino. Incluso desde aquella distancia estaba seguro de que estaban muertos. Se arrodilló junto a Anastacio, a quien conocía desde hacía mucho tiempo, le hizo la señal de la cruz y rezó un Avemaría, por Anastacio y por los otros.

Bowers lo miró con curiosidad, porque no había esperado verlo rezar, y luego ascendió por la quebrada.

—Hay más aquí arriba.

Los otros dos carros estaban a unas cien yardas y quedaban parcialmente ocultos por los matorrales que los cubrían junto al camino.

—Llevaban mulas, ¿verdad? —preguntó a Flynn.

—Debían llevarlas.

Flynn echó la mirada hacia los dos carros. Los animales que habían tirado de ellos habían desaparecido, pero estos carros no habían sido quemados.

—He oído que los apaches prefieren comerse a las mulas antes que a un caballo —escuchó decir a Bowers.

En el fondo del primer carro encontraron a una mujer con un niño en los brazos, y junto a ella había dos niños abrazados con fuerza. No había nadie en el segundo carro, pero en los matorrales cercanos encontraron a otros. La mayoría habían recibido disparos a quemarropa.

Más allá del segundo carro vieron a una mujer tirada en medio del camino. Tenía los brazos estirados con los dedos clavados en la tierra. Flynn corrió hacia ella. Bowers lo vio inclinarse sobre ella y luego se enderezó, negando con la cabeza. Nita Esteban no estaba entre los muertos.

Flynn regresó con la joven en los brazos y la depositó con cuidado en el carro. Bowers vio que le habían arrancado la cabellera y apartó la mirada para observar otras cosas.

—Están cambiando de hábitos —dijo Flynn.

Bowers le miró con expresión interrogante.

—¿Ha visto alguna vez una emboscada apache?

Bowers vaciló.

—No.

—Pues bien, no considere esto como algo típico.

—Lo siento… todo esto —dijo Bowers avergonzado.

—Conocía a Anastacio. Al resto tan solo los vi una vez.

—Pensé que también conocía bien a la chica —dijo Bowers alzando la mirada.

Flynn negó con la cabeza.

—Solo lo parece.

—Deben habérsela llevado.

—Y tal vez a otros.

Flynn se quedó en silencio mientras recorría la emboscada con la mirada… los carros quemados, los muertos.

—Señor, le diré algo. Esto no es obra de los apaches.

—¿Qué otras tribus hay aquí?

—Ninguna otra.

—¿Entonces?

—No es obra de indios.

—¿Está hablando en serio?

—Lo han hecho parecer un ataque apache. Pero no han hecho un buen trabajo.

—Tengo entendido que los apaches son famosos por matar a sus enemigos.

—¿Con balas?

—¿Porqué no?

—Porque no pueden ir a la tienda de la esquina a comprar una caja cuando les apetece. Casi todas estas personas fueron asesinadas después de haberse rendido… ¡con balas…!, y esa no es la forma de actuar de los apaches. Además de ser difíciles de conseguir, una bala mata demasiado rápido.

—Me han dicho que no intente entenderlos —dijo Bowers.

—Eso puede aplicarse a «por qué» hacen algo, pero sí se puede ver cierto patrón en cómo lo hacen.

Para Flynn las señales eran claras. Muchas eran claras por omisión. Habían usado una rama para borrar las pisadas de la arena. Esa no era la forma de actuar de un apache. El derroche de balas. Las cabelleras arrancadas. Generalmente, los apaches no arrancaban cabelleras. Pero aprendieron a hacerlo rápidamente. Han aprendido muchas cosas de los hombres blancos. Se quedan con los niños de ciertas edades para criarlos en la tribu, porque siempre hay carestía de varones. Y había muchos niños allí, muertos, que un apache se habría llevado.

Se habían llevado a Nita… y quizás a otros, pensó. Llevarse a mujeres sí es habitual de los apaches… pero en absoluto son los únicos.

Y había otras cosas que le indicaban que no era obra de los apaches. Pero necesitaría tiempo para explicárselo a Bowers.

—Teniente —dijo entonces—. Pues ya tiene una tarea asignada. Comience a darle vueltas a sus conocimientos tácticos mientras

asciendo por el camino.

Bowers reunió los cuerpos, arrastrándolos hasta un claro de tierra al lado del camino. Tenía el cuerpo tenso mientras trabajaba. Era consciente de ello, pero era incapaz de relajarse. Pensó que parecían más muertos porque sus ropas eran blancas… y porque les habían disparado en la nuca.

Miró el camino hacia la pequeña cuesta por la que Flynn había desaparecido y luego hacia las altas paredes de la quebrada. Una leve brisa soplaba por el estrecho pasaje; mecía las ramas de los pinos perezosamente y transportaba el olor a madera quemada de los carros hasta el joven teniente. El teniente pelirrojo, de estrechas caderas y quemado por el sol, que se graduó con el número quince de su promoción en West Point y se le concedió la petición de ingresar en la caballería gracias a sus altas notas y a que su padre fue un general de brigada. Su padre había muerto hacía cinco meses. El serio teniente de piel suave y rasgos limpios ahora se sentía nervioso y muy solo con los muertos y miró hacia las laderas, entrecerró los ojos hacia el verde oscuro y siguió con la mirada los surcos amarillentos que zigzagueaban hasta la cima; después, sobre la cima, el azul pálido del cielo y las pequeñas motas que giraban lentamente, planeando cada vez más bajo y esperando que las cosas con vida dejaran en paz las cosas muertas.

Esto no era la caballería. No era lo que su padre, el brigadier, le había descrito. Un año en Whipple Barracks y no había podido blandir su sable más allá del patio de armas. Patrullas de cuatro días a la caza de algo que pocas veces era más que el parpadeo de una sombra contra las altas paredes agrietadas de andesita. Patrullas lideradas por hombres canosos ataviados con cuero grasiento y que mascaban tabaco, miraban con los ojos entrecerrados al sol, señalaban y raras veces se implicaban. Hombres cautos de sueño ligero que se movían despacio y parecían medio indios. Todos ellos lo hacían.

No, Flynn no era así. Eso era algo a su favor. Era distinto a la mayoría de los guías porque antes había sido oficial. Un extremo, mientras que el anciano con barba, Madora, era el polo opuesto. Lo sentía mucho por Madora, pero quizás lograra recuperarse.

Flynn no parecía ver las cosas en su perspectiva adecuada. Probablemente fue un oficial desaliñado. Deneen le dijo que debía

vigilarlo, pero conocía el terreno y eso es lo que lo cualificaba para la misión. ¡Misión! Arrastrar a casa a un sucio indio fugado que no sabía lo que le convenía. Un salvaje irracional, un animal que podría hacer algo como esto. Flynn está loco si piensa que fueron otros. Supéralo. Eso es todo; simplemente, supéralo.

Cuando Flynn regresó conducía dos mulas.

—Estas deben de haberse escapado —dijo Bowers.

—O tal vez no las querían.

—No si eran apaches —dijo Bowers.

Flynn asintió.

—Así es. No si fueran apaches.

Ataron las mulas a uno de los carros y cargaron a los muertos en la plataforma, avanzaron con lentitud siguiendo la quebrada que se retorcía en un pasaje estrecho antes de iniciar un ascenso gradual en curva que de nuevo los condujo a campo abierto. A las doce del mediodía del día siguiente llegarían a Soyopa. Llevarían a todas estas personas a su hogar para que las enterraran.

Más tarde, cuando el camino comenzó a descender siguiendo el contorno de la ladera, Flynn examinó la franja del sendero abajo a lo lejos. Sería ya de noche antes de que llegaran, lo sabía. Ambos iban subidos en el pescante del carro con los caballos atados en retaguardia.

Primero vio el polvo. Flotaba en la distancia, enrojecido por los últimos rayos de sol. Lo que lo había levantado ahora ya no estaba a la vista.

Entonces, abajo… pequeñas figuras que salían de la sombra y asomaban en las franjas tenuemente iluminadas por el sol… dos jinetes que avanzaban despacio cerrando la marcha de lo que fuera por delante de ellos. Los jinetes parecían estar cerca, pero no estaban a rango de tiro.

—Teniente, présteme sus binoculares.

Había algo que le resultaba familiar en el jinete de la izquierda, incluso a esa distancia. Flynn se pegó los binoculares a los ojos, acercó a los jinetes y, en efecto, ahí estaba, como si mirara hacia el futuro, viendo a Frank Rellis cabalgando con el Winchester apoyado en el regazo.

CAPÍTULO 5

De pie en el umbral, el teniente Lamas Duro se rascó la barriga desnuda y chasqueó los labios asqueado. El mescal le sabía a rancio en la boca. Le invadió una sensación de mareo, pero pasó rápido y lo dejó totalmente despierto. Volvió a beber mientras se palpaba con la lengua el interior de la boca. Y al final el teniente Duro decidió que no se sentía demasiado mal teniendo en cuenta el mescal que había ingerido y las pocas horas que había dormido. Quizás el mescal todavía le estaba haciendo efecto. Eso es lo que pasaba.

Miró al cabo, que le sonreía mostrándole unos dientes podridos, y pensó: si está tan asustado como sé que está, ¿por qué sonríe? ¿Por qué retuerce su boca enferma haciendo que lo odie aún más? Se encogió de hombros mientras se alisaba los bolsillos. Luego se alejó unos pasos de la puerta del dormitorio hacia el salón y sacó un puro de un paquete sobre el escritorio abarrotado.

El cabo, que era un hombre pequeño, le observó con los ojos desorbitados, rebuscó nerviosamente en el bolsillo y sacó una cerilla; pero cuando la rasgó contra la pared de adobe, esta se le rompió en la mano, apagada.

El teniente Lamas Duro, jefe de los rurales, cogió una cerilla del escritorio al tiempo que sacudía la cabeza y la rasgó por la superficie arañada del escritorio. Sujetándola cerca del puro, miró al cabo y los ojos de este se apartaron rápidamente de los suyos.

Movió la mano perezosamente sobre el vello de la barriga y el pecho, y asomó una sonrisa divertida en las comisuras de su sensible boca. El cabo, con una canana de bandolero atravesada sobre su chaqueta gris desvaído, permanecía en una posición rígida de atención, pero con los hombros caídos y con los ojos dirigidos a algún lugar más allá del teniente, hacia la nada.

—¿Tiene un buen motivo para estar aporreando mi puerta a

estas horas? —preguntó el teniente con calma, aunque sus palabras sonaban un tanto a amenaza.

—*Teniente*[1], la ejecución —dijo el cabo con los ojos todavía clavados en la pared.

—¿Qué ejecución?

—El indio al que atrapamos ayer, *teniente*. El que acompaña al americano.

—Oh… —había un tono de decepción en su voz.

El día anterior, un americano había aparecido por Soyopa con una reluciente variedad de mercancías: utensilios de cocina, cuchillos, accesorios de cuero, sombreros e incluso trajes. Las cajas llenaban su Conestoga hasta tal punto que muchos de los pucheros y sartenes colgaban en los laterales. Y con él viajaba el chico apache aravaipa.

El chico debía tener unos trece años, sin duda no era mayor, pero era apache. El deber del teniente Duro era eliminar el pillaje de ese territorio, y esto incluía a los apaches. Eran unas órdenes simples con pocas explicaciones. Sin excepciones. Si el apache era lo bastante estúpido para entrar en Soyopa, pues que así fuera. Que se congraciara así con Dios. Su cabellera valía cien pesos.

Escoltaron al comerciante lejos del pueblo y le expulsaron después de algunas protestas. La Comisión Territorial sería informada de esto. Pero el teniente Duro no podía hacer ninguna excepción. Le dolía que los aldeanos no tuvieran ocasión de realizar algunas compras, pero debía pensar primero en la protección y el bienestar. Había informado de esto a Hilario, el alcalde. A veces, hacer cumplir la ley resultaba desagradable. A veces uno debía actuar en contra de su corazón.

—Caramba, incluso llevaba cosas que quería comprar yo —le dijo al alcalde—, pero no pude.

Y mientras lo decía, pensó en la ley de la compensación. Los buenos son premiados. Todavía tenía al joven apache.

—Además, *teniente*…

—¡Sí! —bramó y fulminó al cabo con la mirada; y entonces sonrió para sus adentros mientras observaba al asustado cabo. Qué paciencia que debo tener con estos hombres, pensó. Qué grandísimo hijo de la gran puta que es este.

—Es el alcalde. Desea hablar con usted.

—¿Qué le ha dicho?

El cabo tartamudeó.

—Le dije que le informaría de su petición.

—¿Y ha informado ya?

—Sí, *teniente*.

—Entonces, ¿por qué sigue aquí? —El cabo se giró aliviado por salir de allí, pero Duro lo detuvo de repente—. ¡Cabo!

—Sí, *teniente*.

—Cabo… —habló en voz baja, volviéndose hacia el dormitorio, todavía rascándose la barriga, y señaló con la cabeza hacia la habitación—… Cuando se vaya, llévese a esta gorda de ahí dentro con usted…

El muro oeste del patio estaba acribillado de balas de un extremo al otro, aunque los impactos estaban más separados en los extremos. En el centro estaban más apiñados, y en algunos lugares los agujeros de las balas formaban boquetes… trozos descascarillados en los que se había desprendido el adobe dejando agujeros.

Y por lo visto, el mal estado del muro era una de las preocupaciones del sargento Santana. Variaba la posición de sus tiradores con calculada minuciosidad más allá de lo razonable, moviéndolos de un lado al otro del muro en cada ejecución.

En otro tiempo, quizás el aspecto del muro le había preocupado, pero esa preocupación debió de perderse con la rutina; así que ahora movía a sus tiradores hacia delante y hacia atrás simplemente porque podía hacerlo. Sabía que las balas nunca perforarían del todo el grueso adobe… no mientras él viviera, y tampoco le importaba demasiado lo que pudiera ocurrir.

Esa mañana, el sargento Santana midió los pasos desde la línea de seis tiradores hasta el muro. Contó hasta doce zancadas y luego levantó la fusta que llevaba sujeta en la muñeca y la agitó con un movimiento circular indolente hacia la puerta trasera del edificio de adobe. Encendió un puro con parsimonia y, cuando volvió a mirar hacia la puerta, ya sacaban al chico apache.

Al salir al patio con dos hombres delante de él, dos detrás y uno a cada lado, parecía muy pequeño. Patéticamente pequeño. Santana se encogió de hombros y exhaló el humo lentamente. Un apache era un apache. Se lo había oído decir al *teniente*.

Lo colocaron cerca del muro, donde Santana señaló con su fusta,

y dos rurales permanecieron a ambos lados de él, sujetándole los brazos, aunque llevaba las manos atadas a la espalda. Los otros se apartaron para unirse a la línea de hombres en la parte trasera de la casa.

La mirada de Santana los siguió, luego se volvió hacia la puerta trasera esperando a que se abriera, pero permaneció cerrada y de nuevo se volvió hacia el apache, que miraba a su alrededor con cara de poca preocupación.

Los pantalones que llevaba eran demasiado grandes, los llevaba enrollados en la cintura y metidos en unos mocasines que le llegaban por debajo de las rodillas. La camisa estaba sucia, de color azul desvaído, y solo sus mocasines y la cinta del cabello indicaban que era apache. Los dos rurales, con sus uniformes grises y cananas cruzadas, eran media cabeza más altos que el chico, que movía la barbilla de un hombro a otro para mirarlos, examinando las cananas de cartuchos y los botones plateados de las suaves chaquetas grises. Y por todo el patio había hombres armados y todas esas balas que debían llevar esos cinturones especiales para colgárselos sobre los hombros. El chico era consciente de que iba a morir, pero había muchas cosas interesantes que mirar. Deseaba que lo retrasaran un poco más.

Los dos americanos entraron por la puerta este del muro. Llegaron caminando despacio, fumando cigarrillos y, cuando se acercaron a Santana, uno de ellos dijo:

—Será mejor que se acerquen más, ese chico es un poco pequeño.

Los dos se rieron, pero Santana los ignoró y miró hacia la puerta trasera de la casa.

Eran hombres con los rostros demacrados, ambos necesitaban un afeitado y llevaban los sombreros bajos sobre la frente para protegerse del sol de la mañana. Permanecieron de pie con los pulgares apoyados en las pistoleras que colgaban bajas, observando a Santana y a los tiradores. Ahora, el que había hablado antes dijo:

—¡Eh, Santy! ¡Nos apostamos lo que quieras a que tres de los seis no disparan al chico!

Sonrieron esperando a que el sargento respondiera. Santana dijo con desdén:

—Mira quién habla, los grandes asesinos de indios.

—¿Y qué? —dijo uno de los americanos, pero Santana se había girado y les daba la espalda.

A través del portal llegó un grupo de hombres vestidos con ropas blancas de peones y sombreros de paja. Eran seis en total, pero cinco de ellos andaban muy juntos, a unos cuantos pasos por detrás del hombre viejo con el rostro bronceado y el bigote blanco. Hilario Esteban, el alcalde de Soyopa, caminaba con más dignidad que los otros, que parecían retrasarse a propósito, como si fueran reacios a entrar en el patio.

Y en ese momento, el teniente Duro salió por la puerta trasera del edificio de adobe. Iba con la cabeza descubierta, llevaba la chaqueta abierta y un pañuelo blanco atado con un nudo flojo en el cuello. Tenía un puro en la comisura de la boca. Tras dar una bocanada, miró a Hilario Esteban, que se encontraba a tan solo unos pasos de él. Pero cuando vio que el anciano estaba a punto de hablar, volvió la cabeza hacia Santana, que se acercaba a él desde el escuadrón de fusilamiento.

El teniente Duro paseó la mirada por el patio con atención, desde los tiradores al apache, y luego a los dos americanos y al resto de sus rurales en la estrecha sombra de la casa. Ignoró a Hilario y a su delegación de aldeanos. Estaba harto de su indecisión y sus ojos desorbitados, sus indolentes súplicas sobre cuestiones sin importancia mientras retorcían las alas de sus *sombreros* con dedos nerviosos. Hilario era diferente, reconoció para sus adentros. Era de otra pasta. Hilario había estado con Juárez en Querétaro y había sido testigo de la ejecución de Maximiliano y tenía extrañas ideas sobre derechos. A Hilario Esteban iban a tener que ponerle en su sitio.

Santana estaba ahora frente a él, golpeando ociosamente la fusta contra una de las pantorrillas de sus botas. El teniente Duro miró el puro en la boca del sargento. Dio una profunda y larga calada al suyo y luego lo tiró al suelo. Miró directamente al sargento y exhaló el humo muy despacio.

El sonido de la fusta golpeando el cuero cesó.

Santana volvió a ser el foco de atención del teniente, con el puro aún enganchado en la comisura, pero solo durante unos segundos. Tiró el puro y lo pisó contra la tierra compacta.

Duro sonrió levemente.

—¿Ya estamos listos? —preguntó.

—Listos —farfulló Santana, y se volvió para regresar junto al pelotón de ejecución.

—¡Sargento!

Santana se volvió lentamente.

—Escuche. Ordene a sus hombres que apunten por debajo de la cabeza.

—Sí, *teniente*.

—Y arranque la cabellera limpiamente cuando acabe.

Santana señaló con la cabeza a los dos americanos, que los observaban con interés.

—Quizás uno de ellos debería hacer eso.

Duro volvió a sonreír.

—¿Quiere discutir el asunto?

—Solo lo mencionaba.

—Hable con sus hombres —dijo el teniente Duro.

Cuando Santana se apartó, Hilario Esteban se acercó a Duro.

—¿Me permite que le haga una pregunta, *señor* Duro?

El teniente seguía a Santana con la mirada.

—¿De qué se trata?

—Me gustaría preguntarle con qué derecho va a asesinar a este chico apache.

—Usted mismo se ha respondido. Es un apache.

—Pero es un apache pacífico. El mercader americano nos dijo que es aravaipa, los cuales raras veces entran en guerra, y cuando lo hicieron ocurrió hace mucho tiempo. Además, no es más que un niño.

Duro lo miró con una leve sonrisa.

—Los niños crecen y se hacen hombres. Digamos que estas balas son de carácter preventivo.

—*Señor* Duro, ese americano regresará y lo contará a su gobierno…

—¿El qué? ¿Que hemos ejecutado a un apache?

Hilario negó con la cabeza y las arrugas de su rostro parecieron hacerse aún más profundas.

—*Señor* Duro, este chico va en son de paz. Ayuda en la venta de la mercancía del comerciante y no comparte los pensamientos de los apaches. El americano contará a su gobierno lo que hemos

hecho y puede crear una sensación de malestar.

—¡Sensación de malestar! Viejo, pare ya…

—*Señor*, soy responsable del bienestar de los viajeros que visitan Soyopa, así como de nuestra propia gente. Tengo confianza…

—¿Realmente se cree eso?

Duro miró al anciano fijamente.

—Con total certeza.

—¿Cree que su cargo es un honor que conlleva soportar graves responsabilidades?

—*Señor* Duro —la voz de Hilario perdió su tono de respeto—. Estamos discutiendo sobre la vida de un chico. ¡Un chico que no ha hecho nada hostil contra ninguno de nosotros!

—¿Realmente cree que el alcalde ostenta un puesto de honor? —la voz del teniente permaneció calmada.

—*Señor* Duro…

—¡Cabo! —le interrumpió el teniente y, mientras el cabo corría hacia él, dijo—: Ya que su puesto es de tal magnitud, quizás debería permanecer cerca de él. Siéntese junto a su escritorio, *alcalde*, en su puesto de honor, y reflexione sobre sus serias responsabilidades —y luego, dirigiéndose al cabo—: Llévese a sus hombres y escolte a nuestro *alcalde* a su oficina… y, cabo… si asoma la cabeza por la puerta… dispárele.

Esperó hasta que hubieron sacado a Hilario del patio, con dos rurales que sujetaban cada brazo y otros detrás apuntándole con rifles mientras que cinco de la delegación de peones corrían ya por delante de ellos. Luego se volvió hacia el pelotón de fusilamiento. Santana estaba mirando hacia el portal.

—¡Sargento! —gritó el teniente lo bastante alto para que le oyera—. Si es tan amable…

Lamas, eres un animal, pensó. Pero su mente desechó la idea, porque estaban a un largo camino de la Ciudad de México, y entonces observó atentamente al pelotón mientras levantaban sus rifles.

Los dos rurales se apartaron del chico apache. La mirada de este siguió a uno de ellos y vio alejarse el uniforme gris hacia la casa. ¡Las balas continúan por la parte de atrás! Escuchó una orden en español. Una palabra. Y hay tantas; cada hombre lleva dos cintos y,

quién sabe, podrían tener más almacenados en ese gran jacal. Otra palabra en español rompió el repentino silencio del patio. Qué bonito sería tener un cinto con tantas balas. Escuchó la última orden claramente… ¡Fuego!

Hilario Esteban, que cruzaba la plaza y pasaba junto al delgado obelisco de piedra, escuchó los disparos. Un corto redoble, un penetrante y agudo eco que se desvaneció hasta apagarse. El anciano encogió los hombros como por un acto reflejo, luego se relajó y suspiró. El cañón de un rifle se clavó en su columna vertebral y solo entonces fue consciente de que había vacilado.

CAPÍTULO 6

El teniente Duro marchó por el portal este y rodeó el edificio de dos plantas que le servía de cuartel general. Había sido el hogar de alguien cuando llegó a Soyopa, pero ya se había olvidado de quién era. En la planta baja guardaba suministros: equipos, munición, rifles de recambio y todas esas cosas que necesitaban sus rurales. Al frente, había escaleras a ambos extremos de la enramada que ascendían al piso de arriba. Había elegido esta casa para vivir. Las dos estancias eran sobrias: adobe descolorido y desnudo y un suelo de madera que crujía a cada paso. El dormitorio le recordaba a Duro la celda de un monje penitente, pero en Soyopa qué podría esperar uno.

Dos de sus hombres, que guardaban las posesiones de la policía de frontera, permanecían a la sombra del enramado. Hicieron un gesto de asentimiento cuando el teniente rodeó el edificio y se irguieron levemente, aunque permanecieron con las espaldas cómodamente apoyadas en la pared.

Duro sacudió la cabeza cansado. Qué desperdicio de hombres, pensó. Durante meses les había hecho practicar, los había maldecido y castigado para convertirlos en soldados, pero no había servido de nada, y ahora había dejado de preocuparse. ¿Qué más daba?

La Ciudad de México estaba en otro mundo, un mundo brumoso que estaba haciéndose cada vez más difícil de recordar. Se veía a sí mismo tal como había estado en la Academia… y los bailes y las mujeres que no podían apartar sus miradas de los uniformes. Pero eso ocurrió durante la corta presidencia de don Sebastián Lerdo de Tejada. Unos pocos años le parecían una eternidad.

Con frecuencia se comentaba que el hijo de don Agostino Duro, amigo personal de Lerdo Tejada, se alzaría desde el Cuerpo de Cadetes como un cometa y lograría una carrera gloriosa en el

Ejército. Cuando obtuvo su rango de teniente, como primero de su promoción, Lamas Duro parecía estar por el buen camino. Por desgracia, el golpe de Estado de Porfirio Díaz tuvo lugar tres meses más tarde.

Muchos de los lerdistas desaparecieron, incluyendo a don Agostino Duro. Sin embargo, su hijo era enemigo político por consanguinidad, no por vocación; de manera que Lamas simplemente desapareció de la capital. Su entrenamiento militar era algo que podría ser utilizado en el cuerpo de nueva creación de Porfirio Díaz: los rurales. La policía de frontera. Y Soyopa estaba lo bastante lejos de Ciudad de México para poder evitar que la sangre de Lamas Duro interfiriera con sus políticas.

Entonces echó un vistazo a la plaza, inmóvil bajo el sol. Viviendas cuadradas de adobe erosionado por el viento, la mayoría sin ramadas, parecían más viejas de lo que realmente eran. La iglesia estaba justo enfrente del cuartel general; de color arena, se alzaba y fundía con los edificios circundantes que se apiñaban a su alrededor; un portal amplio, pero un campanario demasiado bajo para la amplitud del edificio, de manera que solo recordaba vagamente a una iglesia. Santo Tomás de Aquino.

Tras pasar frente a la fuente con su solitario obelisco de piedra, Duro pudo ver el callejón que conducía a la casa de Hilario Esteban y a los dos rurales que descansaban en la entrada. Por todos los santos, ¡cómo han podido asignarme estos hombres! Se giró disgustado y subió las escaleras hasta la terraza del piso superior. Antes de entrar, volvió a echar una mirada a la plaza. Pero nada había cambiado.

Curt Lazair permaneció sentado en la silla del teniente cuando Duro entró desde la terraza. Descansaba confortablemente con un pie apoyado en el pico del escritorio junto a su sombrero y miró a Duro con curiosidad. El teniente de los rurales no lo había visto y seguía abstraído cuando cerró la puerta, y entonces Lazair sonrió.

—Ciudad de México está muy lejos.

Duro se sobresaltó. Se apartó de la puerta y miró asombrado al hombre.

—Bueno, no está más lejos que Antón Chico, Nuevo México —continuó Lazair—. Aunque Antón Chico no es mucho mejor que Soyopa. Todo depende de cómo lo mires.

Duro asintió.

—Sí, todo depende de cómo lo mires —señaló hacia fuera con la cabeza—. Y no puedo decir que vea mucho ahí fuera.

Lazair volvió a sonreír… una sonrisa que revelaba que creía en pocas cosas y confiaba en muchas menos. Se encogió de hombros y dijo:

—Dinero.

No tenía mucho sentido hablar sobre ello. Duro había descubierto que, cuanto menos dijera a este individuo, mejor. No parecía importarle nada. Y siempre se le veía relajado, como si pretendiera sorprenderte desprevenido y bromear entonces sobre algo que debería ser hablado con sinceridad. Quiere volverte loco, pensó Duro. Dile que se vaya al infierno. Pero en lugar de eso, dijo en voz baja:

—Necesitas un afeitado.

—He estado por ahí trabajando para ti —Lazair se pasó la palma de la mano por el cabello pulcramente peinado—. Pero me he atusado el pelo cuando supe que tenía que visitar al teniente —dijo en tono de burla.

Era un hombre cercano a los cuarenta años, casi atractivo, toscamente atractivo, y el pelo brillante contrastaba de forma extraña con la barba crecida de su rostro. Llevaba unos pantalones de cuero blando remetidos en las botas; pistolas en ambos costados de su canana, que colgaba baja; mientras hablaba deslizaba una de las dos arriba y abajo en la funda, distraídamente.

Su otra mano colgaba ahora del brazo de la silla, levantó una bolsa de lona y la lanzó sobre la mesa.

—Te he traído algo.

Duro no hizo ningún movimiento hacia el escritorio, aunque posó la mirada en la bolsa.

—¿A cuántas mujeres habéis matado esta vez?

Las palabras no parecieron tener ningún efecto en Lazair.

—Cuéntalas y mira a ver.

—Me fiaré de ti en cuanto al número. Aunque confío que hayas guardado las cintas del cabello —dijo Duro.

Lazair asintió.

—Y tanto que lo hicimos. Lo mismo que cuando le limpiaste la nariz a ese niño, antes de dispararle.

—¿Estabas tú allí?

—Dos de mis hombres estaban. Acabo de llegar.

—Te han informado rápido.

Lazair sonrió.

—Tienes que empezar a levantarte mucho antes.

—¿Cuántas has conseguido? —preguntó Duro irritado—. No tengo todo el día.

—Ábrelo y lo sabrás.

—¡He dicho que me fío de tu palabra!

Lazair se levantó de la silla y cogió la bolsa. Mientras desataba el cordel de cuero, dijo:

—Eres terriblemente escrupuloso con algo que te da de comer.

Duro no dijo nada mientras Lazair abría la bolsa y la sostenía boca abajo. Las cabelleras salieron de la bolsa como una sola… una masa peluda, negro brillante y apelmazada por la sangre seca. Duro frunció el ceño mientras Lazair metía las manos en la masa de pelo y separaba las cabelleras.

—¿Cuándo las conseguisteis? —preguntó.

Lazair le miró mientras ponía las cabelleras en fila por el borde del escritorio.

—¿Qué más da?

—Huelen.

Lazair se rio escandalosamente.

—Amigo, solían estar encima de cabezas. ¡Qué esperabas!

—Guárdalas en la bolsa. ¡Ya te he dicho que me fío de tu palabra!

Pero Lazair no estaba dispuesto a que le metieran prisa.

—Incluso las metí en sal —alzó la mirada al teniente y guiñó un ojo—. Después de engrasarlas bien para asegurarme de que parezcan indias.

Duro examinó al cazarrecompensas en silencio. En su interior podía sentir el odio por este hombre. Hizo que se le ruborizara el rostro. Pero sentía con mayor fuerza su propia conciencia que el odio, y se limitó a decir:

—Eres el hombre más sucio que he conocido jamás.

—Pero no puedes enojarte en serio, ¿verdad? —dijo Lazair—. No sin hacerte daño a ti mismo. La mañana es un mal momento del día. Muestra todo claramente y, si se te ocurre mirar a un espejo,

incluso te ves a ti mismo… —Lazair volvió a sonreír—. Pero siempre está la noche… y tu botella de mescal… Solo recuerda una cosa, soldado, no te necesito tanto como crees. Si puedo comprarte, entonces sin duda existe otro maldito soldado sin blanca que hará lo que sea para ganar un dinero por el que no tiene que trabajar.

—¡Quizás sea mejor que empieces a buscar a ese otro soldado sin blanca! —estalló Duro.

Lazair sacudió la cabeza sonriendo.

—No lo necesito. Te conozco demasiado bien. Estás atrapado aquí y no tienes elección. Y todos los años ves cómo llegan los pesos del gobierno para pagar recompensas por las cabelleras. Un dinero fácil, por lo visto, solo tienes que sopesar qué se pierde cuando entra una nueva cabellera. Pero cuando alguien viene y te ofrece dinero a cambio de llevarse *todas* las cabelleras (sin preguntas), entonces tan solo estás haciendo tu trabajo. Lo único que tienes que hacer es sumar y restar… y tú sabes cómo hacer eso.

—Sumar cabelleras que no siempre son de apache —dijo Duro.

—Es tu decisión —dijo Lazair encogiéndose de hombros—. Si quieres dejar de comprarlas, estás en tu derecho. Pero no creo que puedas. Te quedas diez pesos por cada cien que pagas. Eso es mucho mescal si lo único que tienes que hacer es sumar cabelleras cuando el hombre del gobierno viene de visita. No va a tocarlas para comprobar la textura. Así que no me vengas con malditas monsergas acerca de mantener tus manos limpias, porque están tan sucias como las mías. Quizás incluso más sucias —dijo Lazair inexpresivamente—, porque a mí no es que me gusten los mexicanos en particular de todas formas.

—¡Fuera de aquí! —gritó Duro.

Lazair levantó el sombrero del escritorio.

—No me gustaría estar en tu pellejo. Ni siquiera sabes cómo enfurecer, ¿verdad? —Se dirigió a la puerta, luego vaciló después de haberla abierto—. Sé que hay ochocientos pesos en cabelleras ahí, así que será mejor que no manipulemos los libros ahora. Haremos las cuentas cuando te hayas calmado.

Duro esperó hasta que oyó a Lazair bajar las escaleras. Se acercó al escritorio y comenzó a empujar las cabelleras dentro de la bolsa que sostenía abierta por debajo del borde del escritorio. Mientras lo hacía, no bajó la mirada y mantuvo la mano rígida, con los dedos

apretados para no sentir la textura. Sin embargo, una imagen se formó en su mente. Una imagen con la fuerza de un cuchillo clavado en el estómago… aunque tan solo era una mujer mexicana casi indistinguible, nadie a quien reconociera, pero con sedoso cabello negro…

Hilario Esteban había arrimado el taburete a la ventana para poder vigilar la calle. Parecía desierta esa mañana. Al principio pensó que era extraño, luego uno de los rurales apareció cerca de la ventana y no le pareció extraño. Estos soldados de frontera tenían pocas cosas que hacer, la mayoría estaban desplazados lejos de sus propios pueblos y con frecuencia sus mentes se activaban de repente ante la visión de un aldeano pasando por la calle.

Y como si pertenecieran a una casta diferente y todos los demás fueran enemigos, hacían cosas irracionales. Hilario los había visto disparar a los talones de ancianas para hacerlas correr. Era todo un espectáculo ver a una anciana correr, luego caer (siempre caían) y arrastrarse y rodar por la tierra gritando. Y se les ocurrían otras cosas para pasar el tiempo. En ocasiones eran como niños. Como la mañana en la que Hilario se despertó para ver la palabra obscena pintada en la fachada de su casa. Cuatro letras rojas escritas en alto por encima de la cabeza de un hombre. Le había llevado todo un día rascar la pintura del adobe y ellos se quedaron por allí cerca para reírse mientras el alcalde realizaba su labor.

Entonces se asomó por la ventana y miró a un lado. Los dos pares de piernas sobresalían por el escalón de su puerta. El borde del ala de un sombrero también asomaba, pero eso era todo lo que podía ver. Quizás estuvieran durmiendo ahora, pensó. «Dios, haz que duerman bien y no se les ocurra ninguna mala idea», susurró.

No le permitían que se acercara a la puerta y ya le habían amenazado con las culatas de sus rifles cuando quiso abrirla. La casa estaba convirtiéndose en un horno y no era sano permanecer allí dentro con la puerta cerrada. Afortunadamente, tenía la ventana (no todas las casas tenían ventana), pero estaba acostumbrado a tener la puerta abierta. Quizás era mejor que permaneciera cerrada, pensó. Si no fuera así, podrían sentirse tentados a entrar y llevarse algo. Algo de Nita. Antes, uno de ellos le había preguntado dónde estaba Nita, luego se rio y dijo algo obsceno. «Dios, ¿por qué has creado criaturas como esas?». Y luego pensó: pero si no hubiera

hombres malvados, entonces, ¿cómo podría reconocerse a los buenos? En ese momento le vino la imagen de su esposa y se alegró de que no estuviera allí para ver cómo era degradado. Aunque ella lo entendería. Quizás me vea de todas formas, pero probablemente estará hablando con los santos. Pensó entonces en Francisco de Asís, porque había sido un hombre humilde, y se preguntó qué habría hecho San Francisco si hubiera vivido en Soyopa.

San Francisco habría suplicado por la vida del chico apache. Lo sé, pensó Hilario Esteban. Pero ¿qué se puede hacer con un hombre como Lamas Duro, tan angustiado con su sino que dirige toda su ira contra aquellos que están por debajo de él?

Al principio, Hilario rezaba por el alma de Duro. Había sentido una lástima honesta por él. Ahora sus oraciones eran menos frecuentes. Era fácil detestar a Duro, pero difícil no tenerle miedo. Sin embargo, se oponía a Duro porque su conciencia le ordenaba hacerlo. Un hombre no puede desobedecer a su conciencia. Quizás cuando Anastacio regrese las cosas mejoren. Esto está muy vacío sin Nita, pensó.

Al otro lado de la calle, en la pared anexa a la casa de Anastacio, un cartel desvaído publicitaba una corrida de toros en Hermosillo. Anastacio amaba las *corridas* y había colgado el cartel hacía más de un mes. De camino a Willcox para celebrar una reunión, decidió hacer parada en Hermosillo y llevar a toda la familia a la *corrida*.

Desde la ventana, Hilario volvió a leer el cartel. ¿Cuántas veces he leído eso?, pensó. Lo veo en mi mente claramente. Incluso ahora que ya no lo puedo leer. Falta la parte de abajo, pero decía:

Sombra — 3 pesos… Sol — 1 peso.
Boletos de venta en todas partes.

Se preguntó entonces si Anastacio se había llevado suficiente dinero. Cuánto… tres pesos por dieciocho… para que la familia pudiera ver la *corrida* en la Sombra. Entonces fue a la habitación trasera para echarse un rato. No había nada más que ver en la calle. Uno de los rurales se despertó al escuchar los caballos, pero el otro siguió durmiendo, apoyado en la puerta. Al abrir los ojos vio a los dos americanos montados a caballo mirándolos desde allá arriba y dio un codazo a su compañero ya despierto cuando escuchó a uno

de los americanos.

—Esta es la casa del *alcalde*, ¿verdad?

El rural asintió, pero no se levantó.

Flynn desmontó y se acercó a la puerta.

—¿Qué eres, el guardia de honor?

El rural sonrió a su compañero y luego a Flynn.

—Más bien el guardia de deshonor —dijo.

—¿Dónde está el *alcalde*?

—Dentro.

—¿Le importaría moverse para que pueda llamar a la puerta?

—Nadie puede entrar —dijo el rural al tiempo que se levantaba. Sostuvo el rifle en diagonal sobre el pecho. Su compañero se levantó entonces—. Ni tampoco puede salir el *alcalde*.

Flynn sintió una ira repentina, pero esperó hasta que se sintió más tranquilo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque lo ha ordenado el *teniente* —dijo el rural enojado.

—¿Qué ha hecho el *alcalde*?

El rural sonrió perezosamente a Flynn.

—Hace muchas preguntas… —Miró a su compañero, que se movió a su lado—. Hace muchas preguntas, ¿verdad? —entonces, dirigiéndose a Flynn de nuevo, dijo—: ¿Es usted otro de los grandes cazadores de apaches? Soyopa se siente honrada con su presencia.

Hizo una reverencia con gesto burlón y su compañero sonrió, pero se mostraba incómodo.

Flynn examinó a los dos rurales. Bandoleras cruzadas sobre los uniformes grises raídos y desaliñados. Las camisas abiertas y sombreros de ala ancha por encima de la frente. El rural permanecía en pie con la cadera ladeada y sujetando el rifle visiblemente impaciente. El otro rural no estaba tan seguro de sí mismo; era obvio.

—Voy a hacerle una pregunta más —dijo Flynn. Se desabotonó el abrigo y lo abrió lo suficiente para mostrar la culata de su pistola —. ¿Se van a quitar de en medio?

Durante unos segundos los rurales se limitaron a mirarlo. Luego el codo de uno tocó el brazo del compañero.

—Quizás este sea un asunto que debe tratar con el *teniente*. ¡Tráelo! —Miró a su compañero salir apresuradamente y volvió a

mirar a Flynn—. Amigo —dijo—, su pistola no es tan grande como cree.

Hilario Esteban vio al rural pasar junto a la ventana y luego echar a correr. Volvió a asomar la cabeza, con el ceño fruncido y, cuando oyó a alguien hablar, todo su rostro se arrugó en una amplia sonrisa.

—*¡Señor Flín!*

El rural se sobresaltó y apuntó con el rifle. Flynn giró la cabeza, pero realizó otro movimiento cerca del pecho. Y, de repente, el rural miró con ojos desorbitados y los músculos de su rostro se quedaron relajados. Primero sintió el cañón en un costado, luego el chasquido del percutor.

Flynn le dijo al oído:

—Ya habéis acabado la tarea, soldado. Tira el rifle y vete a sentarte.

Hilario desapareció de la ventana, pero la puerta se abrió casi inmediatamente y apareció ante ellos.

—*¡David!* —Su rostro irradiaba alegría—. ¡Menudo día llevo! ¿Cuándo habéis llegado?

Entonces vio la pistola y la sonrisa abandonó su rostro.

—No pasa nada, Hilario —dijo Flynn—. El tipo no sabía que éramos amigos. —Miró a Bowers, que estaba sujetando los caballos —. Hilario Esteban, este es el teniente Bowers.

Bowers dijo algo en voz baja y miró a Hilario con gesto avergonzado.

Flynn miró a Bowers con curiosidad. Entonces se acordó. ¡Te olvidaste!, pensó. ¡Cómo demonios has podido olvidarte! Mientras se aproximaban, había sentido que estaba preparado. Se había preparado toda la mañana mientras escuchaba el crujir de las ruedas del carro. Ahora se sintió de repente cohibido, como si Hilario ya se lo estuviera leyendo en la cara.

—¿Por qué no van ustedes dos dentro y hablan? —oyó que decía Bowers en voz baja.

Flynn quería decírselo ya, junto a Bowers, pero la presencia de los rurales le incomodaba extrañamente.

—Quizás será lo mejor —dijo.

Hilario retrocedió un paso y dejó que Flynn entrara primero; siguió con la mirada al explorador con el ceño fruncido y expresión

de perplejidad. Bowers no se había movido de su posición, pero entonces levantó la pistola y apuntó a los rurales mientras los dos hombres entraban en la casa.

En una ocasión, Flynn viajó a caballo a Fort Thomas con cuatro hombres rezagados tras él. Regresaban cuatro de doce… y uno de los ocho hombres muertos era el oficial de la patrulla; así que Flynn tuvo que dar el parte. «Mayor (no era Deneen por aquel entonces), ocho hombres han quedado en una quebrada, y los están descuartizando en este mismo instante, porque un teniente sin escrúpulos quería comprobar la rapidez con la que lograba un ascenso honorario».

Lo dijo bruscamente porque estaba enfadado. El mayor sabía que lo lamentaba… lo lamentaba por los hombres y lo lamentaba porque el teniente no estaba allí para aprender una lección. Y después de eso, los oficiales jóvenes recién llegados de Point lo escuchaban antes de entrar en quebradas silenciosas y aparentemente apacibles. El mayor se aseguraba de que así fuera.

En otra ocasión escuchó a un oficial decir a una mujer que su esposo no había regresado con la patrulla. Escuchó cómo el hombre vacilaba y tartamudeaba y dijo «Lo siento…» más de una docena de veces. Pero ninguno de los «lo siento» sirvió de nada. La mujer siguió llorando con hombros temblorosos y con la boca torcida patéticamente. Los dos niños que estaban en la habitación contigua lloraban porque nunca habían oído a su madre hacer eso antes.

En otra ocasión. La esposa de otro soldado. Ella esperó hasta que se marcharan antes de derrumbarse. Mientras él y el mayor estuvieron allí, solo lloró para sus adentros, pero solo un poco, porque todavía se estaba diciendo que no podía ser verdad.

Flynn comenzó por el principio y le contó a Hilario que no había podido reunirse con su familia en Contention. Le contó todo, cada detalle, pronunciando las palabras en voz baja sin vacilar. Y vio cómo cambiaba el rostro de Hilario… de una sonrisa al principio a una mirada aturdida, una expresión que no significaba nada. Enumeró a aquellos que habían transportado en el carro, dolorosamente consciente de lo que sus palabras provocaban en el anciano; pero no había otra forma de hacerlo. Le dijo que habían sido apaches (porque no tenía sentido abordar en esos momentos el otro asunto) y que había una posibilidad de que Nita siguiera viva.

No dijo que quizás fuera mejor que estuviera muerta. Y, finalmente, cuando hubo acabado, dijo lo inevitable: «Lo siento»… como si sirviera de algo. Pensó que podría resultar más fácil decírselo a un hombre, pero era igual.

Hilario no lloró. Se quedó sentado mirando al infinito, diciéndose que no era cierto. Imaginándoselos vivos, porque no sabía cómo imaginárselos muertos.

Flynn se asomó por la ventana, esperando a que el anciano hablara. Quería decirle otra vez que lo sentía e intentó pensar en otra manera de expresarlo, pero todas las palabras carecían de importancia y probablemente el anciano ni tan siquiera las oyera. Miró hacia el cartel que anunciaba la corrida en Hermosillo.

PLAZA DE TOROS
HERMOSILLO
Mañana a las 4

TRES GRANDES TOREROS EN COMPETENCIA
VIRAMONTES (Español)
Vs.
Juan Toyas y Sinaloa (Mexicanos)

Seis hermosos toros
De la famosa ganadería de don Feliz Montoya
Precios de Entrada

A partir de esa línea, el cartel había sido arrancado de la pared.

Flynn sintió al anciano junto a él.

—La parte que falta —dijo el anciano— decía que costaba tres pesos sentarse en la sombra y un peso sentarse al sol.

—Estaba mirándolo…

—Espero que pudieran sentarse en la sombra —reflexionó sobre esto en silencio y luego dijo—: ¿Dónde están ahora?

—Hemos dejado el carro en la parte de atrás de la iglesia, junto a las tumbas. Hay un chico vigilándolo. —Flynn vaciló y luego continuó en español, con voz suave—: Creo que deberíamos enterrarlos pronto, Hilario.

Hilario asintió aún aturdido.

—Sí. Avisaré al sacerdote de camino.

—¡Flynn!

Flynn corrió a la puerta. Bowers le miró y luego le señaló la calle que conducía a la plaza.

—¡Será mejor que salgas de aquí!

—¿Vienen?

—¡El ejército mexicano al completo!

CAPÍTULO 7

Una docena de jinetes giró hacia la plaza desde la calle lateral del cuartel de Duro y cruzaron la zona abierta. Se separaron al pasar junto a la aguja de cuatro caras de piedra y se reagruparon de nuevo para entrar en la estrecha calle dejando tras de ellos una nube de polvo.

Desmontaron, todos menos el sargento Santana, y se situaron en una línea frente a la casa, expectantes ante lo que fuera a ocurrir. Solos los dos americanos no podrían ofrecer mucha resistencia.

Desde la silla de montar, Santana fulminó con la mirada al rural que había estado de guardia.

—¡Recoja su rifle!

—Me he visto sobrepasado…

—¡Recoja su rifle!

Flynn sintió que la ira volvía a invadirle pensando en Hilario y que ahora estos animales sonrientes llegaban para empeorar la situación. E incluso, aunque era consciente de que no podían saber nada sobre la pena de Hilario, su presencia allí le sacaba de quicio y una explicación civilizada no serviría de nada. El rifle estaba en el suelo a unos pies del escalón de la puerta. Flynn se movió hacia el arma y pisó con la bota el cañón antes de que el rural pudiera llegar a recogerla.

—Puede dar órdenes a su hombre donde guste —dijo a Santana —, pero, si permanece aquí, entonces no necesita el rifle.

—Su posición no es la mejor para hacer sugerencias sobre dónde dar órdenes —dijo Santana con media sonrisa—. ¿Qué se supone que es esto? ¿Una demostración de la influencia del Lazair? Si es así, vaya y dígale que yo no soy el *teniente*. Yo ordeno a mis hombres con mi propio criterio.

Flynn lo miró con curiosidad.

—No conozco al tal Lazair —dijo.

—Venga, ¿por qué si no iba a estar aquí? El *teniente* le demuestra al *alcalde* que es él quien gobierna Soyopa, y entonces el cazador de indios quiere demostrar que su poder supera al de la oficina del *teniente*.

—No entiendo lo que me dice.

—Dígale a su líder —dijo Santana—, y se lo explicará.

—Soldado, no voy a quedarme aquí a debatir con usted. Si quiere dar órdenes a sus hombres, déselas en cualquier otro lugar.

Santana se retiró el *sombrero* de la frente y miró a Flynn con asombro.

—Dios Santo… ¡menuda forma de hablar!

Desde la entrada, donde había estado todo el tiempo, Hilario se movió junto a Flynn.

—*Señor* Santana, estos hombres no pertenecen a Lazair. Este de aquí lo conozco de antes y el otro es su buen amigo. Han venido para verme.

—¿Tantos días a caballo solo para ver al pobre *alcalde* de Soyopa?

—Han venido a informarme de la muerte de mi familia —dijo Hilario en voz baja.

Santana vaciló.

—¿Su familia?

—Fueron asesinados por los apaches cuando regresaban a casa. —Los labios de Hilario se movieron con rigidez mientras pronunciaba las palabras e intentó imaginar lo que había ocurrido. Después añadió—: Estos amigos los han traído a casa para que sean enterrados.

—¿Toda tu familia?… ¿Hermanos, hermanas, hijos?

—Todavía no he hecho el recuento.

Santana se quedó en silencio durante un buen rato. Finalmente se encogió de hombros (¿qué podía hacer?) y dijo con voz cansada:

—Ocúpese de sus muertos, anciano.

Guio su caballo para que diera la vuelta y sus rurales montaron en sus sillas después de la señal. Mejor dejar al anciano en paz, pensó. Junto a sus muertos. De momento, ellos serán sus guardianes. Apretó los talones en los costados del caballo y miró hacia la plaza, y entonces tiró de las riendas bruscamente. El teniente Duro entraba por la calle.

Se aproximó manteniendo el caballo a un trote lento y pasó por delante de los rurales forzándolos a apartar los caballos de su camino. Desmontó con la misma parsimonia.

—¿Ya se marcha? —preguntó a Santana.

—No hay más que hacer aquí.

—¿Soy el último en saber cuándo se desobedecen mis órdenes?

Santana desmontó a su pesar.

—No deseaba interrumpirle.

—¿Interrumpir qué?

—Sus propios asuntos.

—Quizás debería ser yo el que juzgue eso. —Miró a Flynn y luego a Bowers—. ¿Qué buscan ustedes aquí?

—Ya hemos dado todas las explicaciones que vamos a dar —dijo Flynn escuetamente.

—La familia de Hilario Esteban ha sido asesinada por los apaches —dijo Santana bruscamente—. Estos dos vinieron para informarle.

—Oh… —La expresión de Duro se relajó, e instintivamente dijo —: Permítame que le exprese mis condolencias —y luego se dirigió a Flynn—: ¿Ocurrió cerca de aquí?

—Ayer por la tarde. A unas diez horas de camino en carro.

—Oh… ¿Estaban de camino a Soyopa? —y cuando Flynn asintió, Duro preguntó—: ¿Quizás por negocios?

—Podría llamarlo así —dijo Flynn. El teniente le irritaba extrañamente. De repente se mostraba demasiado amigable.

—Esperamos que su estancia en Soyopa sea agradable —dijo el teniente Duro. Ya se había olvidado de la familia del *alcalde*. Tenía algo en lo que indagar. ¿Otros dos cazarrecompensas? Tal vez. O tal vez no—. Estamos a su servicio, ¿*señor*…?

—Flynn. El nombre de mi amigo es Bowers.

—Un placer —dijo Duro inclinándose levemente—. Quizás tengan tiempo para cenar conmigo más tarde.

Flynn echó una mirada a Hilario.

—Quizás en otro momento.

—Ciertamente… en otro momento. E Hilario, si hay algo en lo que mis hombres puedan serle de ayuda…

El anciano miró al teniente con incredulidad.

El hombre que estaba en la esquina lanzó el cigarrillo a la calle, se

dio media vuelta y caminó frente a la hilera de fachadas de adobe hasta la cantina de mescal. Estaba en medio de la manzana en el lado oeste de la plaza. En el cartel sobre la puerta se leía *Las Quince Letras*, con letras rojas toscamente pintadas y ya desvaídas por la erosión de la arena. El hombre abrió la puerta batiente y metió la cabeza dentro.

—¡Warren!

Entonces oyó los caballos a sus espaldas, dejó que la puerta se cerrara y al girar vio a los rurales cruzando la plaza al trote. Vio a Duro desmontar delante de su cuartel general y subir las escaleras mientras los rurales marchaban por la calle lateral. Regresarían a sus guarniciones de tiendas al sur del poblado. Duro mantenía solo dos hombres con él de guardia.

El que se llamaba Warren salió de la cantina ajustándose el sombrero y, bizqueando hacia donde ya marchaban los rurales, dijo:

—¿Se van a casa?

Los dos hombres eran los americanos que habían sido testigos de la ejecución de esa mañana. Ahora el que había estado en la esquina, cuyo nombre era Lew Embree, dijo:

—Los han dejado ir. Ni siquiera están vigilando al anciano ya.

—¿Quiénes crees que son?

—No lo sé —dijo Lew.

—Quizás deberíamos contárselo a Lazair —dijo Warren.

Siguieron con la mirada a Flynn, Bowers e Hilario Esteban cuando salieron a la calle y cruzaron hacia la iglesia, bordearon esta hasta el patio trasero y llegaron a la casa en la que vivía el sacerdote. El cementerio estaba justo al otro lado. Los dos hombres los observaron hasta perderlos de vista.

—De repente —dijo Warren— el anciano puede ir adonde quiera —intentó entender esto—. Quizás Duro siente lástima por él.

—O quizás se está mostrando cauteloso hasta averiguar qué se traen entre manos —dijo Lew Embree—. El más joven huele a ejército desde lejos, pero eso no significa nada. Puede que acabe de licenciarse —se encogió de hombros—. Mejor dejemos que Lazair lo averigüe.

Salieron a caballo de Soyopa por la carretera del sur junto a la zona de acampada de los rurales; continuaron en la misma dirección durante casi tres millas antes de comenzar a tomar una

curva gradual hasta el este. Horas más tarde, hacia el anochecer, viajaban hacia el noreste y tomaron una sinuosa ascensión gradual hacia el bosque: matorrales de roble al principio, luego cedros y sicomoros y finalmente, ya a bastante altura, pinos. Cruzaron un prado de toboso común y, cuando se aproximaban a las cumbres por la vertiente oeste, el sol apenas asomaba entre las rocas.

La base del muro inclinado de roca se encontraba sumido en profundas sombras y, al pasar por la penumbra, mientras miraba hacia arriba, Warren dijo:

—Alguien debe de haberse quedado dormido.

Oyeron el chasquido un poco más arriba, penetrante en aquel silencio: el martillo de un fusil.

—¡Quieto!

Lew alzó la mirada, pero no pudo ver al guardia.

—¿Quién va, Wesley? —gritó—. ¡Wes, soy yo y Warren!

—¿Por qué llegáis a hurtadillas?… ¡Cantad en voz alta o acabaréis con un disparo en la espalda!

—Vete al infierno…

Continuaron avanzando, entraron en un desfiladero estrecho que ascendía antes de volverse a abrir en un recodo entre las rocas, con pared de roca por los cuatro costados. Cuatro tiendas formaban un semicírculo alrededor de una hoguera. A la izquierda otro fuego brillaba en la oscuridad, uno más pequeño, delante de una lona colgada sobre la entrada de una cueva. La cueva era de Curt Lazair. Sus catorce hombres compartían las tiendas.

Lew Embree le pasó las riendas a Warren, quien llevó los caballos donde otros estaban atados junto a la pared derecha más alejada. Hizo una seña con la cabeza a los hombres sentados alrededor de la hoguera. Alzaron la mirada de sus platos de lata, algunos farfullaron un hola y lo vieron dirigirse hacia la cueva, preguntándose qué le había llevado hasta allí desde el *pueblo* y, cuando llegó al toldo de lona, Curt Lazair apareció en la entrada.

—¿Qué hacéis aquí de vuelta?

—Alguien recogió un montón de mexicanos muertos justo después de que os marcharais —dijo Lew.

—No creí que fueran a encontrarlos tan pronto. —Lazair se arrellanó en la silla de campamento chasqueando los dientes y apoyó los pies en una silla de montar frente a él—. ¿Ya habéis

comido?

—No.

Lazair señaló con la cabeza hacia la entrada de la cueva.

—Esa chica no es mala cocinera… Al menos es buena en algo.

—La gente que la encontró no era de Soyopa.

Lazair alzó la mirada.

—¿Quiénes fueron?

—Una pareja de americanos.

—¿Buscadores de oro?

—Eso es justamente lo que nadie sabe —dijo Lew encogiéndose de hombros.

—Bueno, ¿por qué no te quedaste para averiguarlo?

—Imaginé que querrías saberlo lo antes posible.

—Podrías haber dejado a Warren allí.

—Entre el mescal y esa fulana del salón habría averiguado un montón de cosas.

—¿Qué aspecto tienen?

—Como cualquier otro —dijo Lew encogiéndose de hombros—. No llevaban ninguna insignia.

—¿Qué?

—Uno de ellos parecía del ejército —dijo Lew reconsiderando su respuesta.

—Hay muchos que estuvieron en el ejército. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Llevaba una pistolera del ejército…

—Eres casi tan bueno como Warren.

—¿Qué querías que hiciera, ir y pedirles sus tarjetas de visita?

—¡Hay suficientes rurales borrachos a quienes podrías haber preguntado!

—¿Y cómo iban a saberlo ellos?

—Porque viven en Soyopa y hablan con la gente… ¡esos dos no han llevado los cadáveres a Soyopa porque no conozcan a nadie de allí! ¿Por qué no los llevaron a Rueda o a Alaejos? Estaban a la misma distancia.

—Oh…

—Oh —dijo Lazair imitándole. Se lio un cigarrillo con mucha calma, considerando qué podría significar eso.

—Tal vez no deberíamos haber atacado esos carros —dijo Lew

—. Había demasiada gente… todos de Soyopa.

Lazair no dijo nada.

—Ahora —continuó Lew— toda esa gente del pueblo tiene familiares y amigos cercanos por los que rezar y se hacen preguntas… y quizás se harán tantas preguntas que finalmente se imaginen alguna cosa.

—Cuánto odian a los apaches —dijo Lazair—. Eso es lo único que estarán imaginando.

—No me gusta.

—¡No te he pedido que te guste! ¡No se te paga por tus sonrisas!

—Quizás esos dos americanos averigüen algo…

—¡Maldita sea, cierra el pico! ¡No me dejas pensar con tus chillidos en mis oídos!

Los dos americanos aparecieron de repente con los cuerpos. Debían de tener algún motivo para ir allí. Se tropezaron con la emboscada y sabían exactamente dónde situar los cadáveres; sabían que eran de Soyopa, pensó Lazair. ¡Demonios, si sabían de dónde eran, entonces sabían quiénes eran! Caramba. Quizás uno de los mexicanos llevaba algo encima que indicaba de qué pueblo eran. ¿Por qué te sorprendes tanto? Probablemente son un par de jinetes errantes en busca de hierbas más verdes. Recién salidos del ejército. Quizás oyeron algo sobre las recompensas por cabelleras y pensaron que valía la pena intentarlo. Y tú, hijo de perra, tienes contigo a catorce hombres y te preocupas por dos. Pero de repente está apareciendo gente de la nada. Como el hombre con el que se toparon justo antes de la emboscada «que quiso unirse» a la banda. Bueno, la emboscada fue su prueba de fuego. Y salió bien parado. Si se hubiera echado atrás, lo habrían dejado allí con los muertos. Sin duda, le salió bien. Ahora pensó: y quizás los vio. Debió cruzarse con ellos por el camino.

Gritó en dirección a hoguera.

—¡Frank!

El hombre era una figura en penumbra que ahora cruzaba la zona del campamento tomándose su tiempo, hasta que finalmente apareció delante de la hoguera junto al toldo de lona. Frank Rellis había cambiado poco. Un poco más sucio, eso era todo.

—¿Qué?

—Cuando bajabas desde Contention, ¿viste a alguien?

—¿Que si vi a alguien?

—Dos americanos.

—Maldita sea, ¿qué clase de pregunta es esa? —dijo Rellis.

Lazair se volvió hacia Lew irritado.

—¿Qué aspecto tenían?

—Uno era un poco más de mediana altura, de caderas delgadas y pisaba con sus botas como un soldado de caballería. Un tipo joven pelirrojo. El otro lleva bigote, de cabello claro. Era más delgado que el otro tipo y parecía más alto. Parecía bastante pacífico, pero en su abrigo se percibía por debajo un bulto que bien podría ser una pistola de seis tiros.

—¿Con bigote de soldado? —preguntó Rellis inmediatamente.

—Sí, y el otro llevaba una pistolera del ejército en un costado —respondió Lew.

—¿Dónde están?

Lazair miró a Rellis con curiosidad.

—¿Los conoces?

—¿Dónde están?

—En Soyopa. Encontraron a esos mexicanos muertos y los llevaron allí —dijo Lazair mirándolo con más atención—. Te he preguntado si los conoces.

—No lo sé. Quizás los conozca. Uno de ellos me suena a un viejo amigo. Quizás debería ir yo a Soyopa y averiguarlo.

Se alejó antes de que Lazair pudiera preguntarle nada más.

Lazair lo vio regresar a la hoguera. Al infierno, pensó. Sacarle cualquier cosa a ese hijo de puta es como arrancar dientes. Si fuera algo por lo que preocuparse, él habría dicho algo. Miró entonces a Lew Embree.

—¿Quieres un trago?

—Bien.

Lazair se dio media vuelta y exclamó:

—¡Cielo! —No obtuvo respuesta y, guiñando un ojo a Lew, dijo —: Es muy tímida.

Lew sonrió mientras se frotaba el dorso de la mano contra la boca.

—¿Cómo está?

—No logro ni siquiera hacerla sonreír.

—No tienen que sonreír.

—¡Cariño! —volvió a llamar Lazair—. ¡Tráenos una botella de algo!

Nita Esteban apareció en la boca de la cueva, en la penumbra, y la luz del fuego apenas la alcanzaba. Sostenía las puntas de una toca roja echada sobre los hombros y ceñida por delante. Sus rasgos eran pequeños y delicados y resaltaban entre la oscuridad de su cabello. Su piel era pálida a la luz del fuego y sus ojos estaban en sombra.

Lazair la miró y sonrió.

—Una botella de mescal, cielo.

Ella desapareció y regresó en un segundo con la botella en la mano. Se acercó a Lazair de mala gana, le pasó la botella y se giró rápidamente, pero al hacerlo él la agarró. Ella sintió su mano en la espalda, la esquivó quedando fuera de su alcance y torció el cuerpo alejándose de él. Pero los dedos de Lazair se cerraron en la toca y se la arrancó de los hombros cuando ella se separó.

Lew sonrió a su jefe.

—Parece que vas haciendo progresos.

—Le gusta jugar. —Lazair tocó la tela entre los dedos y luego la rasgó por en medio.

—Quizás —sugirió Lew— está enfadada después de ver lo que hiciste con su familia.

Lazair dobló una parte de la toca a lo largo, luego se la ató alrededor del cuello y metió las puntas en la camisa.

—Algunas chicas son así de raras —dijo.

CAPÍTULO 8

—Oh, Dios, por cuya gracia las almas de los fieles encuentran descanso, bendice esta tumba y asigna a Tu ángel sagrado para que lo guarde y libera las almas de todos aquellos cuyos cuerpos están aquí enterrados de cualquier atadura con el pecado, que en Ti puedan gozar con Tus santos para siempre. Por Cristo nuestro Señor.

El franciscano realizó una señal de la cruz en el aire y roció la tumba con agua bendita.

Flynn esperó pacientemente, aunque en su interior sentía impaciencia, mientras el sacerdote acababa la oración en la última tumba. Estaba ansioso por marcharse, pero el franciscano se movía despacio de una tumba a otra, recitando las oraciones funerarias de forma reverencial, una liturgia intacta por el paso del tiempo. No había necesidad de apresurarse.

La inquietud de Flynn no se debía a alguna irreverencia. Susurró las oraciones con el sacerdote, pero su mente vagaba a las noticias que el *vaquero* había traído.

Mientras bajaban los cuerpos a las tumbas recién cavadas, el *vaquero* llegó cabalgando, matando al caballo por la urgencia de las noticias. ¡Había visto apaches! Mientras se ocupaba de su rebaño, a unas doce millas de Soyopa, se extravió y entró en una quebrada, y allí, al otro lado, bajando desde tierras altas, estaban los apaches. Huyó antes de que pudieran verlo, dijo. Pero miró una vez hacia atrás y los vio salir de la quebrada marchando hacia el sureste en dirección al poblado desierto de Valladolid. ¿Cuántos? Quizás unos seis o siete.

—Entonces no es una partida de asalto —dijo un hombre.

—Quién sabe lo que va a hacer un apache —respondió el *vaquero*. Sudaba y sus ojos desorbitados revelaban que seguía

asustado.

—¿Y tus vacas?

—Mis vacas tendrán que protegerse por sí mismas.

Flynn había estado escuchando con interés. Quizás esta era la oportunidad. Podrían peinar las colinas durante meses sin encontrar un solo apache. Ahora los apaches se habían mostrado. Sigámoslos, pensó. Quizás nos lleven hasta Soldado Viejo o… tal vez sea uno de los seis. Pidió al *vaquero* que le llevara al lugar donde había visto a los apaches, pero el *vaquero* se negó en redondo. Bueno, podrían ir solos.

—Puede que pase mucho tiempo hasta que encontremos un rastro tan fresco como este —le dijo a Bowers.

Bowers se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Por eso estamos aquí.

Unos cuantos aldeanos que oyeron esto miraron a los americanos con curiosidad.

Regresaron a la casa del alcalde para recoger los caballos, luego pasaron de nuevo por el cementerio cuando abandonaron Soyopa por la carretera del norte. Hilario seguía de pie junto a las tumbas. Se movía a los pies de una tumba, rezaba un «Ave María» y lanzaba un guijarro, luego se movía a la siguiente. Más tarde, los aldeanos irían allí y harían lo mismo, y después de eso cualquier viajero que entrara en Soyopa y supiera rezar por los muertos lanzaría una piedra.

El *vaquero* les había indicado aproximadamente dónde había estado pastando su manada. Flynn recordaba vagamente ese territorio hacia el norte y el pequeño poblado de Valladolid, la mitad de tamaño que Soyopa, un puesto solitario para *vaqueros* y sus familias. Lo había atravesado al regresar a casa. Pero ahora, le dijeron, Valladolid era tan solo adobe… tan muerto como el barro del que estaba hecho. Soldado había atacado a los *vaqueros* con demasiada frecuencia y al final abandonaron el lugar en busca de poblaciones más grandes… Soyopa, Rueda y otros poblados al sur; aunque algunas manadas seguían pastando allí arriba la grama silvestre y la hierba tobosa.

Cabalgaron hacia el norte toda la tarde, Flynn unas cuantas yardas por delante de Bowers. Bowers tomaría las decisiones; era su cometido. Pero Flynn le mostraría el camino; era su trabajo.

Encontraron la manada sin mayor dificultad, aunque estaba desperdigada, unas treinta cabezas pastando desde un extremo del prado al otro. Tal vez hubiera otras por las colinas en esos momentos, ocultas tras los matorrales y por la quebrada que reconocieron por la descripción del *vaquero*. Flynn no dudaba de que los apaches se habían llevado algunas, pero hasta más tarde no estuvo seguro de cuántas.

En el límite este del prado pararon a comer: ternera y tortillas que Hilario les dijo que se llevaran de su casa; luego, cuando dejaron el prado, siguieron las huellas de caballos sin herraduras.

Al principio Flynn bajaba de la silla con frecuencia para examinar las huellas de cerca. Pero en menos de un cuarto de milla estuvo seguro y le dijo a Bowers:

—El vaquero no exageraba. Hay seis. Y llevan tres vacas.

Más adelante vieron heces de caballo por el sendero y Flynn volvió a desmontar.

—No esperan que nadie los siga.

—¿A cuánta distancia? —preguntó Bowers.

—A unas cuatro horas. —Dirigió la mirada a las tierras altas ante ellos—. Deberían estar al otro lado de esas montañas.

—Se están tomando su tiempo —dijo Bowers—. Quizás ya hayan olvidado qué es sentirse perseguidos.

—¿Y Lazair?

Bowers le miró con curiosidad.

—Ese rural lo mencionó.

Flynn asintió.

—También lo mencionó Deneen. El rural pensó que trabajábamos para él y dijo algo acerca de que el cazador de indios le había mostrado al teniente quién mandaba.

—Cazador de indios —dijo Bowers.

—Cazarrecompensas —dijo Flynn.

Comenzaron a ascender poco después. El terreno se elevaba por ambos lados y la quebrada ascendía gradualmente hacia espesos matorrales. Todavía siguiendo las huellas, cruzaron un desnivel y volvieron a ascender, ahora hacia los pinos, y pronto alcanzaron la cima alargada y plana. En la distancia, las colinas volvieron a asomar, pero más escarpadas… tropezándose unas con otras, cubiertas de rocas y matorral, formando mil formas fantásticas. Las

huellas de cascos desnudos continuaban colina abajo y, bajo ellos, mortalmente silencioso bajo la luz vespertina, se encontraba el poblado de Valladolid.

—¿Y bien? —preguntó Bowers.

Flynn paseó la mirada por las chozas de adobe con los ojos entornados. Los primeros edificios se encontraban a unas cuatrocientas yardas pendiente abajo. Los muros mostraban los arañazos del viento y los ladrillos asomaban en muchos lugares donde la capa exterior de adobe se había desmoronado. Más allá de estas, un puzzle de techos de matorral, algunos desmoronados o derribados por el viento. La hierba y los matorrales crecían en las calles que podían ver y los tallos más altos ondeaban suavemente movidos por el viento a través de las calles en penumbra. El poblado parecía todavía más muerto porque en otro tiempo estuvo vivo.

—¿En qué piensa? —preguntó Bowers.

—En los lugares en los que podría esconderse un apache aquí —respondió Flynn.

Regresaron a la zona más frondosa de pinos y ataron los caballos a las ramas más bajas para que pudieran pastar, luego se sentaron a descansar, pensar y revisar sus armas. Y durante la siguiente hora fumaron cigarrillos protegidos en las manos ahuecadas y hablaron poco. Cuando casi ya había anochecido, Flynn asintió y ambos se levantaron y regresaron a la ladera.

Flynn comenzaba a bajar la pendiente cuando Bowers le tocó el brazo y paró.

—¿Cree realmente que vale la pena? —preguntó Bowers.

Flynn se encogió de hombros.

—¿Tiene algo mejor que hacer?

—Uno podría tumbarse ahí abajo y nadie lo sabría jamás.

—Los apaches sí…

Flynn se alejó y Bowers le siguió a unas pocas yardas de distancia. Descendieron con calma, tomándose su tiempo y, cuando ya estaban a media pendiente, Flynn le hizo una seña para que se agachara. El resto del camino se movieron con mayor cautela, zigzagueando entre las sombras de los matorrales. Flynn se adelantaba, luego se echaba sobre la barriga y esperaba a que Bowers le siguiera; entonces permanecía inmóvil para asegurarse de

que el silencio no había cambiado antes de moverse otra vez. Los matorrales cubrían toda la bajada hasta el primer edificio, así que no tuvieron que cruzar por campo abierto y, cuando llegaron al muro, se pegaron a este bajo las sombras profundas del voladizo del tejado y después permanecieron un rato a la espera.

Un grillo chirrió dentro de la casa, luego otro. Flynn avanzó hasta la esquina del edificio y la rodeó pegando la espalda a la pared. A continuación se agachó y pasó por debajo de la pequeña ventana de la fachada. Cuando desapareció por la entrada, los grillos callaron.

Bowers esperó en la esquina de la casa. Contaba los segundos mecánicamente, un minuto entero, mientras se tensaba en el silencio. Luego le siguió.

Una vez dentro, Bowers no pudo ver nada. A la izquierda, una ventana enmarcaba la noche, unos cuantos tonos más claros que la oscuridad del interior, y a través de esta pudo divisar el tenue contorno del edificio contiguo. Escuchó susurrar a Flynn: «Aquí», y se movió hacia el sonido de la voz.

Tocó a Flynn antes de verlo, pegado a la pared junto a la ventana.

—¿Cree que están aquí?

—Estoy casi seguro.

—¿Por qué?

Flynn habló en voz muy baja y cerca del rostro de Bowers.

—Porque no se oye nada. Algo ha ahuyentado los sonidos de la noche.

La brisa soplaba por las calles y en algún lugar una puerta chirrió. Pegó un portazo (como el estallido de una pistola contra el marco deformado de la puerta), luego volvió a chirriar al abrirse. Se sobresaltaron por el ruido repentino, aunque sabían que era el viento.

—¿Tiene miedo? —preguntó Flynn.

Bowers vaciló.

—Supongo que sí.

—Todo el mundo pasa miedo de vez en cuando —dijo Flynn.

—¿Y usted?

—Claro.

—¿Y los apaches?

—Nunca se lo pregunté a uno. Pero podríamos averiguarlo. —Quería ver el rostro de Bowers, pero estaba demasiado oscuro—. Ya no hay tanta rutina, ¿verdad?

—No —dijo Bowers en voz baja.

—¿Cree que es mejor soldado que estos mimbreños?

—No lo sé.

—¿Y cuándo lo sabrá?

—No se trata de eso.

—Es el no verlos, ¿verdad?

Bowers asintió.

—¿Qué quiere hacer?

—Apresarlos —respondió Flynn—. Si creen que somos un grupo, tal vez se rindan sin luchar. Veamos, lo más probable es que estén acampados en la plaza para evitar ser atrapados dentro de una casa. Si podemos llegar por dos laterales y descargar de repente, los sorprenderemos con los taparrabos bajados.

—¿Y si luchan?

Flynn guiñó un ojo y el tono de su voz significó lo mismo.

—Usted pensará en algo. Para eso le pagan.

—Continúe.

—Estamos a unas cinco casas de la plaza; vaya usted por esta hilera, yo cruzaré unas cuantas calles más allá y me desplazaré hasta el otro lado de la plaza. Solo piense en una cosa: si no lleva sombrero, dispárele.

Bowers vio la silueta que se recortaba en la entrada durante un segundo y luego Flynn desapareció.

El soldado de caballería se volvió hacia la ventana y tensó el cuerpo cuando levantó la pierna y la pasó por el alféizar. Hizo una pausa sentado sobre un muslo antes de pasar todo el cuerpo. En cuanto estuvo fuera, se movió al siguiente edificio y escuchó durante un largo minuto antes de pasar por la ventana. Al hacerlo, la culata del fusil golpeó la pared interior. Produjo un ruido ronco y fuerte en la pequeña estancia y Bowers se puso tenso. Cerró los ojos con fuerza. Finalmente, cuando los abrió, pensó: ¡Maldita sea, contrólate!

Dentro, espesa oscuridad otra vez y la ventana en la otra pared enmarcaba el tono más claro del exterior. Atravesó la siguiente casa, pero permaneció más tiempo allí mientras aguzaba el oído

esperando sonidos que jamás llegaron, e intentó imaginar miedo en el rostro de un apache.

Le llevó más tiempo escalar por esta ventana, porque ahora tenía más cuidado. Sigue avanzando, pensó. No pienses y continúa. Se bajó al suelo y corrió a la siguiente pared manteniendo la cabeza baja. Tocó el adobe con la mano, palpó la superficie descascarillada, levantó rápidamente la cabeza y miró a ambos lados del muro. Pero no había ventana en ese lado de la casa.

Se desplazó a la esquina y movió el rostro pulgada a pulgada con la mejilla pegada a la pared, luego bajó poco a poco hasta ponerse a cuatro patas y gateó por la fachada de la casa, teniendo cuidado con el fusil. En la entrada, volvió a pararse, aguzó el oído y luego se levantó y caminó hacia la oscuridad. Inmediatamente, el olor le inundó la pituitaria. Flotaba opresivamente en la pequeña estancia. Un olor crudo que le recordaba a la sangre y a una carnicería.

Avanzó y con el dedo gordo del pie tocó algo blando. Entonces, paró y extendió la mano hacia el suelo hasta que lo tocó con la palma y supo de qué se trataba. El pellejo de una vaca y la firmeza hinchada de la barriga. Recientemente descuartizada…

Detrás de él escuchó un susurro. Sabía lo que debía ser. ¡Gira y dispara! Se le pasó por la mente como un relámpago. ¡No esperes! Pero ya era demasiado tarde… una mano se cerró sobre su boca… notó algo en el cuello… le arrancaron el fusil de la mano y acto seguido le golpearon con este en la cara.

Flynn esperaba en la parte trasera del establo, con la espalda pegada a los tablones. Estaba en la sombra, pero a unos pocos pies de él, la puerta hundida se veía claramente a la luz de la luna. Era solo media luna, pero no había nubes que oscurecieran su luz y las sombras a su alrededor flotaban inmóviles. Sobre la puerta había una viga de carga que se recortaba tenuemente en el cielo.

El establo estaba frente a la plaza. Durante el tiempo que le había llevado bordear el pueblo para llegar a ese lado, no había oído nada y no había nadie dentro, de eso estaba seguro ahora; sin embargo, podrían estar justo al otro lado de la entrada principal. Intentó imaginarse la plaza tal como la había visto en otra ocasión. Era pequeña, con una estatua en el medio. La estatua de un santo. Ahora hizo algunos cálculos: en ningún lugar de la plaza podían

estar a más de ciento cincuenta pies de distancia. Dirigió la mirada hacia la viga de carga otra vez, luego se deslizó por la puerta parcialmente abierta y se movió pegado a la pared hasta que tocó la escalera con la mano.

Probó los peldaños, los que podía alcanzar, y mientras ascendía tiraba de los peldaños superiores con cuidado antes de pisarlos. A medio camino, su cabeza se encontraba al nivel del desván. Levantó el fusil, lo deslizó sobre los tablones y luego subió. En dirección a la fachada, la ventana principal se veía tenuemente: un cuadrado de cielo nocturno, sin estrellas, y se hizo más grande a medida que gateó hacia ella, apoyando el peso sobre los tablones. De vez en cuando un crujido, algún clavo oxidado se quebraba, pero eran sonidos débiles que no salían del edificio. En la abertura permaneció a un lado y miró hacia abajo por encima del fusil. No se percibía ningún sonido. Ningún movimiento.

Retrocedió y se tumbó hasta quedar sobre la barriga. Arrastró el Springfield delante de él, con el cañón que asomaba por el borde del desván, y en ese momento vio al apache.

El mimbreño apareció en una puerta justo enfrente de la plaza, luego avanzó pegado a la pared hasta que llegó a la esquina del edificio. Entonces se agachó y esperó, mirando hacia la parte trasera del edificio de una planta. Flynn levantó el Springfield y agachó la cabeza ligeramente para apoyar la mejilla en la culata, luego corrigió el cañón menos de tres pulgadas para apuntar a la figura del mimbreño.

Está escuchando algo, pensó Flynn. Ese sentido animal que poseía le decía algo. Apretó la mano bajo el cañón, sintiendo el delgado peso equilibrado del fusil. No sabría qué le había impactado, pensó ahora. Probablemente ni siquiera lo oiría. El olor a grasa del mecanismo de la recámara le llegó con fuerza al tener el rostro a tan solo dos pulgadas, entonces encogió el dedo sobre el guardamontes. Levantó el pulgar. Retíralo con cuidado, pensó. No lo oirá desde allí, pero retíralo con cuidado. Apoyó el pulgar en el martillo y lo armó.

La figura se movió y el cañón lo siguió a medida que se deslizaba por la estrecha calle hasta la esquina de la siguiente casa. Flynn vio que llevaba un rifle y que lo apuntaba hacia la casa situada detrás de la que acababa de abandonar. Estaba en la hilera

por la que Bowers debía estar avanzando.

Saben que está allí, pensó Flynn. Deben de haberlo sabido hace ya un rato. Por eso no están en la plaza. Pero ¿dónde están los otros? Escudriñó con la mirada las fachadas de adobe del otro lado de la plaza. No se movía nada. Regresó al apache en la esquina. Se han vuelto a esconder entre los edificios y este está esperando en caso de que escape.

Quizás ya lo han apresado. O quizás aún no. Pero si sale a la calle, el que está en la esquina lo atrapará. Esto pasó por su mente al tiempo que apuntaba al apache, siendo consciente casi al mismo tiempo de que no tenía elección. Debía matar al apache por si Bowers todavía no había sido apresado. «Mira a tu alrededor», susurró al apache, «así será más fácil». Pero la figura permaneció inmóvil, con la espalda encorvada formando un blanco redondo, cuando Flynn inhaló lentamente, se paró, apretó el gatillo, sintió el retroceso en el hombro, olió la pólvora y oyó el eco del disparo a través de las calles desiertas. Vio entonces que el apache se había girado cuando recibió el disparo y que ahora miraba hacia él y yacía boca arriba.

CAPÍTULO 9

Se levantó el viento y trajo nubes que ocultaron la luna; soplaba por las calles con un susurro grave, que combaba los matorrales y lanzaba partículas invisibles de arena contra el adobe. Soplaba sobre el apache muerto, elevando sus cabellos y formando un halo alrededor de la cabeza. Pero eso era todo, solo el viento.

A medida que se acercaba el amanecer, Flynn pudo ver al apache con más claridad. El sol salió por detrás del establo y un rayo de fría luz se filtraba entre el establo y el siguiente edificio que iluminaba directamente al apache. La camisa se movía suavemente por la brisa, pero las puntas enroscadas de los mocasines que apuntaban al cielo y los brazos extendidos no se movían.

Flynn pensó: tus amigos están probablemente mirándote en este mismo instante. Uno de ellos estará diciendo: «Pobre…», algo que acabe en *i-n* o *y-a* y con un sonido gutural. O tal vez algún apodo con el que te nombraban los mexicanos. Juan Ladrón. Joselito. O un nombre como Gerónimo, que hace unos cuantos años era Gokliya. Y ahora están suplicando a U-sen que no te obligue a caminar en la eterna oscuridad, porque no fue tu culpa, continuó pensando Flynn. Siento haberte matado de noche. No es la forma en la que un guerrero debería morir. Pero me habrías matado. Así son las cosas. Ojalá pudiera encenderme un cigarrillo.

¿Dónde están? ¿En esa casa a la que el mimbreño estaba apuntando? Probablemente. Con Bowers. Quizás uno se haya escabullido por detrás y ahora está entrando en el establo. Flynn rodó sobre un costado y miró atrás hacia la escalera, y luego de nuevo a la abertura del desván. No empieces a imaginarte cosas, se dijo. Aparecerán más pronto o más tarde. Es su turno ahora.

Poco después de que pensara esto, llegó.

Estaba paseando la mirada por los enramados de las fachadas cuando captó movimiento en una esquina de su rango de visión.

Dirigió rápidamente la mirada hacia la calle donde yacía el apache muerto. Bowers estaba de pie en la esquina del edificio. Llevaba las manos atadas a la espalda.

Flynn lo observó, sorprendido. No lo había admitido antes, pero ahora era consciente de que había supuesto que Bowers estaba muerto.

El soldado de caballería de repente salió a trompicones del edificio, perdiendo el equilibrio, y Flynn vio entonces a los dos apaches. Uno de ellos volvió a empujar a Bowers mientras permanecía detrás de él, obligándole a avanzar hasta que llegaron al centro de la plaza y se detuvieron junto a la estatua. El otro apache los siguió y después los tres levantaron la mirada primero hacia el establo y luego a los edificios a ambos lados. El apache que estaba detrás de Bowers lo empujó con el cañón de su fusil.

Moviendo la cabeza lentamente por las fachadas de los edificios, Bowers gritó:

—¡Quieren que diga algo!

No tienes que decirlo, pensó Flynn. Vio que uno de los apaches apuntaba con un fusil hacia la cabeza de Bowers y que lo amartillaba. Ríndete, o lo matarán. Eso no necesita palabras. Pero ¿cómo saben que estoy todavía aquí? ¿Y que estoy solo? Entonces recordó los caballos, atados en la colina. Encontraron los caballos. Se mueven rápido y son exhaustivos y saben que un hombre jamás huiría sin su caballo. No en este territorio.

—¡Flynn… no salgas!

Se alejó de la abertura, regresó a las escaleras y descendió con cansancio. Salió por la amplia puerta principal del establo en dirección a las tres figuras junto a la estatua. Entonces más allá vio a otros dos apaches de pie a la sombra de una pérgola de madera. En la plaza reinaba un silencio sepulcral.

El segundo apache dio un paso adelante para salir a su encuentro y Flynn le entregó el fusil, luego metió la mano bajo el abrigo, sacó la pistola y se la entregó.

—Bueno, lo hemos intentado —le dijo a Bowers—. ¿Qué ha ocurrido?

Vio el pómulo amoratado y la hinchazón sobre el ojo derecho.

—Entré en la casa donde estaban descuartizando a un ternero —dijo Bowers—. Se echaron sobre mí antes de que me diera cuenta.

—Red, no te alejes de ellos. Permanece tranquilo y saldremos de esta.

Bowers le miró sorprendido. Era la primera vez que le llamaban así desde antes del Point. Y Flynn lo pronunció inesperadamente.

El guía miró al apache que estaba junto a él. En un tosco español, dijo:

—¿Cómo te llamas?

El apache le miró entornando la mirada.

—Matagente —y luego, en un español vacilante y cortante dijo —: No te conozco.

—Ni yo a ti —dijo Flynn—. Pero sé que eres mimbreño y que en estos momentos estás muy lejos de la tierra de los Manantiales Calientes. Pero llegarás a conocernos muy bien. En San Carlos nos verás con frecuencia.

La expresión de Matagente no cambió mientras le escuchaba. Entonces, dijo:

—San Carlos no es lugar para un apache de los Manantiales Calientes.

—Esto es algo que los que están por encima de nosotros han ordenado —dijo Flynn—. No sirve de nada hablarlo contigo. ¿Dónde está Soldado? Nuestras palabras son para él.

—Lo verás —dijo Matagente. Hizo un gesto con el fusil y no dijo nada más; a continuación los condujo a la casa donde estaban los demás. Habían llevado al apache muerto desde la calle y ahora estaba bajo un enramado cerca de la entrada. Matagente lo miró mientras empujaba a los dos hombres al interior de la casa, pero siguió sin decir nada.

Se sentaron en el suelo de tierra prensada con las piernas cruzadas y las espaldas apoyadas en la pared, y esperaron. No sabían el qué, y se preguntaban por qué no los habían llevado a la *ranchería* de los apaches.

Matagente les llevó carne, luego se sentó cerca de la entrada con un Springfield en el regazo. Movía la mano sobre la suave culata con gesto despreocupado. Antes de esta había estado usando un Burnside del calibre 54, que necesitaba cápsulas fulminantes y pólvora, y con frecuencia fallaba el tiro.

Cuando acabaron la carne, Flynn dijo:

—Llévanos con Soldado ahora.

—Lo verás —dijo Matagente, y de nuevo se quedó en silencio. Esta nueva arma ocupaba toda su mente (esta pesh-e-gar) y estaba pensando en lo bien que debía disparar.

A través de la puerta Flynn podía ver a otros apaches, de pie frente a la casa, hablando entre sí en voz tan baja que no podía oírlos. Entonces vio que levantaban la mirada. Uno de ellos se alejó y los otros lo vieron alejarse. En unos segundos estaba de regreso, se acercó a Matagente, y en dialecto mimbreño dijo:

—Están aquí.

Matagente se levantó y se acercó a la entrada cuando de repente aparecieron más apaches montados delante de la casa. Estos desmontaron mientras otros seguían llegando a la plaza desde la calle lateral, caminando con sus ponis. Todo este ruido le llegaba a Flynn, pero no pudo ver nada hasta que Matagente se apartó de la entrada. Entonces vio a los apaches, al menos veinte, probablemente más, acercándose a la casa, luego volvió a tener la visión bloqueada cuando una figura entró por la puerta.

Matagente dijo:

—Ahora ves a Soldado. Cuéntale tu historia, americano.

Bowers le miró sorprendido y se preguntó por qué había esperado que ese apache tuviera un aspecto distinto a cualquier otro, aunque era mayor para ser un apache todavía activo. Rostro arrugado y ojos entrecerrados bajo la brillante cinta roja en la cabeza. Y estaba flaco… ataviado con ropas sucias que no eran de su talla y le hacían parecer más pequeño. Una chaqueta de caballería sin botones, una bandolera que le cruzaba el pecho y que mantenía la chaqueta solo parcialmente cerrada, y unos pantalones de algodón metidos por los mocasines con punta rizada que le llegaban hasta las rodillas, donde se doblaban y ataban. Tenía apoyada una mano en la culata de un revólver dragoon de percusión colgado en el cinturón. Pero solo la tenía apoyada ahí, no era ninguna amenaza.

Flynn observó su rostro mientras se sentaba frente a ellos con las piernas cruzadas. El guía de caballería no había esperado nada. Un hombre es unas cosas y no otras. Un apache mimbreño no es un figurín de la elegancia. Está harapiento y sucio y huele a perro que no se ha lavado y de noche en su *ranchería* bebe tesgüino hasta que se queda dormido o va a la caza de alguna mujer. Tiene muchos

defectos… según los criterios de los blancos. Pero es un luchador de guerrilla y en su propio elemento es imbatible. Eso es lo que hay que recordar, pensó Flynn. No lo infravalores porque huela. No es jefe porque su padre lo fuera. Y un jefe broncho no llega a su edad por su aspecto elegante.

—¿Habla inglés? —dijo, ahora en español.

El apache negó con la cabeza.

—Teniente, tómeselo con todas las reservas posibles. Tal vez hable mejor que nosotros —entonces, dirigiéndose a Soldado, dijo —: No hemos venido aquí para luchar contra tus hombres. La lucha no pudo ser evitada.

—Pero uno de ellos está muerto —dijo Soldado.

—No deseaba que muriera de esa forma, pero no había alternativa. No es la manera en la que un mimbreño debe morir.

El viejo jefe le miró atentamente.

—¿A quiénes de nosotros has conocido?

—He conocido a Victorio, a Chee y al Viejo Nana.

—¿Cómo te llamas?

—*David Flín* —pronunció el nombre lentamente.

—Nunca oí tu nombre.

—El territorio es grande.

—Sin embargo —dijo el apache—, nos forzáis a vivir en una pequeña esquina.

—Lo que hago —dijo Flynn— no es enteramente de mi agrado.

—Entonces, tal vez seas un loco.

—Solo es una locura luchar contra lo que tiene que pasar —dijo Flynn—. Veo que los días de los mimbreños están contados… así como los de los chiricahuas, los coyoteros, los jicarillas y los mescaleros. Los tonto y los mojaves ya han renunciado a su propia tierra.

—¿Y quiénes son estos que dan tierras que no les pertenecen? —preguntó el apache.

Maldito sea, pensó Flynn.

—El jefe de los americanos —dijo—, que es el propietario porque tiene poder. Déjame que te diga algo, anciano, para que lo incorpores a tu sabiduría: los días que os quedan son pocos. Si os rendís ahora, os darán buena tierra en la que todavía abundan esas cosas que os mantienen vivos. Y estaréis bajo la protección de

nuestro gobierno.

Soldado entonces dijo con expresión seria:

—Y si encuentro a mi mujer acostada con otro y le corto la nariz, ¿qué me ocurriría?

—Serías llevado ante el agente —dijo Flynn, sintiéndose idiota al pronunciar las palabras.

—¿Por qué motivo?

—Por el delito.

—Y cuando nuestras mujeres vean que pueden yacer con cualquier hombre que deseen y que solo el marido es castigado si se niega, ¿qué hará tu gobierno entonces?

—Vuestras mujeres son asunto vuestro —dijo Flynn.

—Amigo, tenemos muchos asuntos que preferiríamos que siguieran siendo nuestros.

Flynn sacudió la cabeza hastiado. Qué viejo bastardo ladino, pensó. Te hace sonar como un maldito idiota. Quizás no puedas portarte con ellos como un hermano mayor. Quizás el único respeto que conocen es una patada en la cara. Acababa de dar a entender justamente eso con toda esa discusión sobre las mujeres. Pero no te encuentras en una buena posición para dar ninguna patada. Lo único que puedes hacer es mentir… y si no funciona, lo cual probablemente ocurra, tampoco pierdes nada.

—Te digo esto como amigo —le dijo entonces a Soldado—: si luchas, perderás, y no te tendrán en buena consideración; te tratarán mal y probablemente te encierren en prisión.

—¿Y cuál es la diferencia de significado —preguntó Soldado— entre las palabras prisión y reserva?

—Haces muchas preguntas.

—Solo deseo aprender sobre la sabiduría de los americanos —dijo Soldado.

—Quizás te mofes de estas palabras —dijo Flynn—, pero lo que pasa, pasa. Está por encima de ti y de mí y ocurrirá hagas lo que hagas, pero yo soy lo suficientemente inteligente para verlo.

—¿Eres lo suficientemente sabio para ver tu propio sino, americano?

—Te hablo a ti como pueblo.

—Y yo te hablo a ti como hombre. ¿Qué dice ese espíritu tuyo que te ocurrirá a ti?

—Yo podría morir en este mismo instante —dijo Flynn—. Y tú también.

—Pero ¿a quién crees que es más probable que le pase?

Estás haciéndolo muy bien, pensó Flynn. Él siempre tiene la última palabra y te hace sentir como un novato que no sabe lo que se hace. Bowers le tocó el brazo entonces y, cuando lo miró, Bowers dijo:

—¿Cómo sabe por qué estamos aquí?

—¿Qué?

—No le has dicho nada. Podríamos ser cazadores de cabelleras con la información que posee, sin embargo, habla sobre la reserva. ¿Cómo sabe que hemos venido a verle?

—El silencioso —dijo entonces Soldado— se pregunta cómo conozco su misión.

En inglés, Flynn dijo rápidamente:

—¿Cómo sabes lo que ha dicho?

Soldado negó con la cabeza.

—*No comprendo*.

Flynn repitió la pregunta en español y el viejo indio sonrió levemente.

—Su pregunta la tenía dibujada en el rostro. No necesitaba palabras, aunque he estado esperando a que lo preguntaras.

—Entonces, sabes de nuestra existencia desde hace tiempo —dijo Bowers.

—Desde el día que recogisteis los cadáveres de los *Nakai-yes* y regresasteis con ellos a su pueblo. Ese no fue un acto de asesinos de indios.

Flynn disimuló su asombro.

—Fuisteis muy concienzudos —dijo entonces—. No dejasteis a uno solo con vida.

Soldado lo miró en silencio antes de decir:

—¿Crees las palabras que pronuncias? —Y cuando Flynn no le respondió, dijo—: No, no las crees, pero querías oír en voz alta que nosotros no matamos a los *Nakai-yes*. No hace falta explicar estas cosas al sabio americano capaz de ver el futuro.

Pero era el pasado lo que Flynn estaba viendo mientras el viejo indio hablaba. Un carro quemado y los cuerpos sin vida en una estrecha quebrada e intentó imaginar a hombres blancos

haciéndolo. Antes, había estado casi seguro de que no era obra de apaches. Pero no llegaba a creer que hubieran sido hombres blancos.

—¿Cómo sabes quién lo hizo? —dijo entonces.

Soldado sonrió débilmente.

—En una ocasión, una noche, estaba sentado junto a mi jacal y delante de mí había un montón de piedras. Había piedras rojas y piedras blancas, que podía ver a la luz de la hoguera. Y jugué a este juego; moví todas las piedras rojas y las coloqué aquí —dijo al tiempo que señalaba con las manos—, y pronto todas las piedras que quedaban frente a mí eran blancas —su sonrisa se ensanchó—. Así es como veo el pasado, americano.

—Esos hombres serán castigados por sus hechos —dijo Flynn.

—¿Por tu gobierno?

—Sí, por mi gobierno. Por hombres que actúan en su nombre.

—¿Y quiénes son estos hombres?

—Yo hablo de este al que sirvo —dijo Flynn señalando con la cabeza a Bowers—, y de mí mismo.

—Sin embargo —dijo Soldado—, el que sirve es el portavoz.

—Yo hablo cuando los que están ante nosotros no son merecedores de oír su voz.

—Pero solo son merecedores de su asombro —dijo el apache con confianza.

—Pronto serás tú quien se asombre, cuando seas testigo de su poder.

—¿Y si ya estáis muertos?

—Tu amenaza no es nada en comparación con el poder de ese hombre que permanece en silencio. Y recuerda bien estas palabras, anciano. Si los cazadores de indios son destruidos, tú también lo serás. Ya han provocado su venganza, que es lo que estás haciendo tú ahora. Y es que juro por el polen sagrado que llevas para evitar el mal que, si no nos sigues en paz, serás arrastrado hasta San Carlos por nuestros caballos.

El rostro del apache permaneció inexpresivo. Los ojos entrecerrados, adormecidos. Miró a Flynn un largo rato, luego miró a Bowers, y al hacerlo desenfundó el revólver dragoon del cinto. Lo levantó lentamente, lo amartilló y luego estiró el brazo apuntando el cañón a Bowers y dijo:

—¿Dónde está su poder ahora, americano?

Flynn no dijo nada.

El apache bajó el arma y volvió a mirar a Flynn.

—¿Hablas la lengua de los mimbreños? —preguntó.

Flynn se sorprendió, pero asintió.

—Hablo un poco.

—Bien. Entonces tú vendrás a la *ranchería* —dirigiéndose a Matagente, dijo—: los guiarás con tres hombres. El resto regresaremos mañana al anochecer, cuando este asalto haya acabado —y a Flynn, a modo de explicación—: Solo hemos parado aquí para cortar la carne.

Flynn estaba desconcertado.

—¿Y por qué es necesario que sepa hablar mimbreño? —preguntó.

Soldado sonrió mostrando sus dientes amarillentos.

—Para que les puedas contar tu historia a nuestros niños.

CAPÍTULO 10

—Me voy ya —dijo Rellis.

Lazair estaba mirando hacia el toldo de lona de la cueva, siguiendo los movimiento de la joven mientras recogía los platos de lata, los limpiaba y los apilaba. Entonces miró hacia Lazair y se giró rápidamente, cuando vio que la estaba mirando. Los dos hombres estaban de pie junto a la hoguera; Rellis, con su yegua baya detrás de él.

—He dicho que me voy —repitió Rellis con impaciencia.

—Pues bien, vete. —Lazair seguía mirando hacia la cueva, aunque la chica ya había desaparecido dentro.

—Me llevo a algunos hombres.

Ahora Lazair lo miró.

—¿Me lo estás pidiendo o me lo estás diciendo?

—Tómatelo como quieras.

Lazair esbozó una ligera sonrisa.

—Eres un tipo duro, ¿verdad?

—Voy tirando.

—Pues irás tirando con cuatro hombres hoy —dijo Lazair en voz baja—. Lew y Warren van a regresar. Dile a Lew que se lleve a dos más.

Esperó, pero Rellis no le respondió.

—¿No te parece bien?

Rellis se encogió de hombros indolentemente, pero miraba con dureza a los ojos del otro.

—Por ahí dicen que tú eres el jefe.

—Pues no lo dices como si estuvieras seguro de ello.

Volvió a encogerse de hombros.

—Uno no puede creerse todo lo que escucha.

Se hizo el silencio. Entonces Lazair dijo en voz baja:

—Créetelo, Frank. Aunque no creas nada más. —Se giró

entonces y se alejó en dirección a la cueva, tomándose su tiempo.

Rellis se montó en la yegua, luego miró a Lazair un largo rato antes de llamar a los hombres que permanecían de pie junto a sus caballos. Le miraron despreocupadamente.

—¡Lew, tú y Warren… y dos más!

Lew Embree hizo un gesto con la cabeza a dos de los hombres y uno de ellos dijo:

—Vaya, nos ha salido otro jefe.

Rellis estaba ya alejándose y no le oyó. Entonces, montaron resignados y descendieron tras Rellis por el desfiladero hasta el prado.

Lew dirigió la mirada a las rocas y gritó:

—¡Wesley, mantente despierto ahora! —dirigiéndose al guardia, y luego se rio. Warren se rio con él. Cruzaron el prado al trote, pero aminoraron la marcha hasta ponerse al paso cuando dejaron la hierba y llegaron a los pinos e iniciaron el largo y sinuoso descenso. Más abajo, donde se abría el camino, Lew espoleó su montura para cabalgar junto a Rellis.

—Curt se va a beneficiar a esa chica, espera y verás —dijo Lew riendo.

—Me importa un pimiento a quién se beneficia —respondió Rellis en tono seco. Luego dijo—: ¿A qué distancia está el *pueblo*?

—A unas tres o cuatro horas —respondió Lew—. Dependiendo de lo rápido que vayas.

—Quiero llegar allí rápido.

—El terreno no está hecho para ir rápido. A veces se cierra y no se puede ver lo que hay por delante en algunos sitios.

—No estoy buscando nada.

—Pero los apaches podrían estar buscándote a ti.

Rellis se giró sobre una cadera para mirar a Lew.

—¿Es que les tienes miedo?

—El mismo que todo el mundo —dijo Lew—. Es cuando no puedo verlos pero sí sentirlos cuando me asusto. Como al ver su humo ascendiendo por las colinas y luego continúas y hay otra columna de humo y sabes que están hablándose e informando de que estás llegando. Nos adentramos bastante en las Madres en una ocasión y vimos ese humo, pero continuamos avanzando y pronto nos encontramos en ese cañón en silencio como una tumba… solo

rocas que subían más y más y luego el cielo. No había otro sonido que el de los caballos. Luego, si uno escuchaba con más atención, se oía el viento soplando sobre las rocas. Si uno pudiera estirar el cuello para mirar por encima de aquellas paredes, solo encontraría ese silencio mortal… y el susurro de la brisa, que uno ya ni notaba porque soplaría igualmente, aunque no hubiera nadie allí… Descendimos hasta la mitad, a unas cincuenta yardas de cada lado. Entonces, de repente, escuché un siseo y un golpe justo a mi lado: el hermano de Wesley, ya sabes, ese chico que estaba de guardia, el hermano de Wes cae de la silla con una flecha clavada en el cuello. Señor, salimos de allí pitando.

—¿Estaba Curt allí? —preguntó Rellis.

—Y tanto que estaba.

—¿Ahora sientes a algún apache?

—Los siento casi todo el tiempo que cabalgo al *pueblo*.

—Quizás deberías haberte quedado con Curt.

—Quizás me habría gustado.

—No le importa mucho lo que os ocurra a ti o al resto, ¿verdad? —dijo Rellis entonces.

—¿A qué te refieres?

—Os hubiera mandado a ti y a Warren a solas si yo no hubiera salido y hubiera dicho algo.

—Cabalgamos allí a solas.

—A eso me refiero —dijo Rellis—. Él sabe que hay apaches por los alrededores. ¿Cómo es que tú y Warren tenéis que cabalgar de un lado a otro solos?

—Uno se acostumbra a todo —dijo Lew, mirando a Rellis más atentamente ahora—, incluso a un sentimiento.

—Simplemente se queda ahí sentado intentando encontrar el valor para beneficiarse a la chiquita y deja que vosotros hagáis todo el trabajo.

—¿No te gusta?

—Claro que no.

—¿Por qué no sales tú entonces?

Rellis le miró.

—Limítate a meter tus malditas narices donde te quepan.

—Te veo demasiado envalentonado.

—¿Y vas a hacer algo al respecto?

Lew no dijo nada.

—Entonces, mantén la boca cerrada.

—De algo habrá que hablar.

Rellis no contestó. Se lio un cigarrillo y dio una calada sin retirarlo de la boca mientras observaba la ruta.

Durante un breve espacio de tiempo, Lew permaneció en silencio y luego dijo:

—Voy a adelantarme un poco y echar un vistazo. —Rellis se encogió de hombros y Lew dijo, medio girado sobre la silla—: Warren, vamos.

Rellis los vio alejarse y torcer hacia la derecha, ascendiendo a terreno más alto, paralelo a la ruta pero entre los pinos, donde podían observar el territorio abajo sin ser vistos.

Se sacó la colilla del cigarrillo de los labios y la apagó entre los dedos, aplastando el tabaco y el papel, y luego dejó que la brisa se llevara volando las partículas de la palma abierta. Sus ojos, de color claro, suaves y que contrastaban extrañamente con la rudeza de sus rasgos, estaban dirigidos a la ruta frente a él, porque uno debía tener cuidado. Y en parte porque estaba pensando y no quería distraerse. Pensaba en qué le haría a un hombre alto y delgado, con un bigote poblado, que llevaba un arma de hombro y se pensaba tan malditamente listo. Deberías haber apretado el gatillo. ¡Qué demonios te ocurrió! Pensó. Bueno, no te echarás atrás la próxima vez. Entonces pensó: ¡no me eché atrás! El hijo de perra tenía algo bajo la tela. No habría parecido tan listo si no lo hubiera tenido. Tuviste cuidado, eso es todo. No tendrá ocasión de tener nada a mano esta vez. Y es él, no cabe duda. Es su descripción. Y casi puedo sentirlo, al hijo de perra.

Pensaba en las cosas que haría a Flynn. Cazarlo cuando esté de espaldas y acercarse a él y decirle algo como: «¿Es que no vas a saludar a tu viejo amigo?». Y cuando el hijo de perra se gire, clavarle la pistola en las entrañas y disparar… y observar la expresión en su cara… Sonrió al pensar en esto. Y si ese otro está con él, también tendrá lo suyo. Como ese anciano con barba que pensaba que era tan listo y que reía todo el tiempo.

Entonces vio a Warren, que estaba de pie al lado del camino en un pequeño claro. Su caballo había desaparecido. Tenía una palma levantada hacia ellos y la otra sobre la boca.

Rellis desmontó y condujo su caballo hacia él.

—¿Qué ocurre?

—Apaches.

—¿Dónde?

—Allá abajo. Se dirigen a una quebrada que sale un poco más allá de donde se encuentra Lew ahora.

—¿Cuántos?

—Seis. Pero dos de ellos llevan sombrero.

Dejaron los caballos y siguieron a Warren a través de los pinos, y luego, justo enfrente, pudieron ver a Lew tumbado boca abajo detrás de las rocas apuntando con el fusil hacia la quebrada. Más allá, el paso entre las colinas estaba cubierto de árboles, pero ahí arriba el bosque iba aclarándose a medida que la quebrada se elevaba a una loma y los laterales escarpados iban poco a poco abriéndose. El fusil de Lew apuntaba hacia el punto donde los jinetes saldrían del bosque. Miró a su alrededor cuando oyó que los otros se acercaban.

—No hagáis ruido.

Rellis se echó junto a él y el otro se tumbó a los pies de las rocas.

—Deberíamos tener a alguien al otro lado —dijo Lew—, pero ahora es demasiado tarde.

—¿Dónde están? —preguntó Rellis.

—Aparecerán en cualquier momento. —Lew señaló con el cañón del fusil—. Saldrán justo por ahí y pasarán a unos cien pies.

—Cinco contra seis —dijo Rellis, pensativo.

—No tendrán escapatoria.

—¿Y qué es eso de que dos llevan sombreros?

—Estaban lejos cuando los avisté, pero eso me pareció ver.

—Jamás oí algo así.

—He visto apaches de la reserva que llevan sombreros —dijo Lew. Se incorporó sobre los codos y miró a los otros en la fila y luego a Rellis.

—Si esto nos sale bien —dijo—, tendremos seiscientos pesos en el banco.

Rellis no dijo nada. Llevaba un fusil y una escopeta y ahora estaba examinando la escopeta. A esa distancia, la escopeta sería mejor, especialmente si cabalgaban todos juntos.

De repente, oyó susurrar a Lew:

—Ahí vienen. Preparaos.

Un solo apache salió despacio de entre los árboles y con cautela. Cabalgó directamente hasta el medio de la quebrada, manteniendo su poni al paso. Cerca de la elevación, giró hacia el extremo más alejado y, al llegar a la cuesta, otros dos aparecieron de entre los árboles y salieron a campo abierto. Examinaron ambos lados de la quebrada cuando se aproximaban a la elevación. Uno de ellos cabalgó directamente delante, espoleando al poni hasta la loma. El otro siguió a corta distancia, después giró y se aproximó al lateral más cercano. Se detuvo de repente y paseó la mirada por la cresta de rocas.

—Dispárale —susurró Rellis a Lew—. Yo me encargo del que está en la loma. —Volvió la cabeza a Warren—. El que está al otro lado. Diles a los otros.

—Pero eso solo son tres de ellos —susurró Lew con voz ronca.

—No podemos esperar todo el día… ¡dispárale!

Lew guiñó por la mirilla del cañón corto mientras Rellis dirigía la escopeta hacia el apache que se había detenido en la cima de la loma.

Flynn sintió de repente que su caballo giraba la cabeza y vio que el apache los estaba conduciendo por un lateral hacia la ladera de la colina. Una cuerda colgaba del caballo del apache, y esta pasaba a través del aro del mordisco de la brida de Flynn y a través de la de Bowers, donde estaba atada. Llevaban las manos atadas a los cuernos de las sillas. Por delante, podía ver a Matagente y a los otros dos apaches, que desaparecieron entre los árboles.

—¿Ha entendido lo que les ha dicho? —preguntó Bowers.

—Dijo que subirían a esa loma… ¿La ve allá arriba por encima de los árboles?… Y que nos harían una señal para que los siguiéramos.

—No se la juegan.

—Nunca lo hacen —dijo Flynn.

El apache, con uno de sus Springfields sobre el regazo, estaba observando con atención la ladera. Entonces los miró y murmuró algo guturalmente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Bowers.

—Silencio en mimbreño —dijo Flynn.

Mantuvieron las miradas en la loma. Estaba a un cuarto de milla sobre ellos, pero parecía mucho más cercana por la altura. Entonces uno de los apaches apareció detrás de las densas copas de los árboles, una pequeña mota que ascendía lentamente la pendiente. Lo vieron llegar a la cima y pararse allí, y pareció esperar inseguro antes de girar su montura para descender de nuevo a la quebrada.

Iba erecto sobre el lomo del poni, levantó la mano ahuecada para protegerse los ojos de la luz y miró por encima de los árboles a sus pies. Luego, con la otra mano levantó el fusil por encima de la cabeza y lo agitó con un movimiento largo y amplio del brazo. Y como si respondieran a la señal, el fuego de las armas quebró el silencio y resonó allá abajo en la quebrada.

El apache se agachó sobre el poni e intentó alejarse, pero empezaba a deslizarse por un costado. Cuando el caballo se puso a trotar, el apache cayó mientras intentaba agarrarse desesperadamente a la crin, luego rodó hasta desaparecer. Se escucharon más disparos, pero desde abajo no podían ver a nadie.

El mimbreño no vaciló. Flynn maldijo. Bowers gritó mientras pasaba frente a ellos de repente. La cuerda hizo que los caballos giraran abruptamente, y pasaron de la inmovilidad a una carrera a todo galope cuando tomaron la curva hacia la quebrada y de regreso por donde habían venido. Esquivaron las balas detrás del mimbreño atravesando los escasos árboles y los matorrales espinosos de mezquite, cabalgando con la cabeza baja, incapaces de levantar los brazos para protegerse de las ramas. La cuerda se destensó, y luego se tensó repentinamente e hizo tambalear a los caballos, aunque ninguno cayó al suelo. Cuando llegaron a campo abierto, el mimbreño se detuvo para escuchar, pero ahora ya no se oía ningún disparo. Y volvió a moverse en ángulo recto, bordeando la base de las colinas. Pero pronto volvieron a girar hacia las colinas, en esta ocasión mucho más despacio.

—Uno nunca sabe, ¿verdad? —dijo Bowers.

—No en este territorio.

—O son rurales o el tal Lazair —reflexionó Bowers y, cuando el explorador asintió, dijo—: ¿Dónde va ahora?

—Querrá echar un vistazo antes de correr a casa.

—¿Con nosotros?

—Quizás tiene algún plan para nosotros —dijo Flynn.

Avanzaron a tierras altas siguiendo al apache, que paraba con frecuencia para escuchar; escalaban trabajosamente porque no había sendero, tomando las revueltas naturales donde el terreno se elevaba y se transformaba en escarpadas formaciones rocosas. Pero siempre había pinos frondosos aquí y allá, encaramados en las laderas, y se mantuvieron bajo la penumbra de los árboles la mayor parte del tiempo. La luz solar bañaba las zonas abiertas, reflejándose fríamente sobre las formas grotescas de las rocas… grietas en penumbra y los matorrales que se estremecían perezosamente cuando soplaba el viento.

Y, por encima de todo ello, el silencio.

Durante un rato, mientras escalaban, el trino de un baloncito verdín los siguió. Pero cuando miraban a los árboles, nunca avistaban al pájaro… oculto en la sombra plana de alguna rama. Un débil e informe trino en el silencio. Justo antes de que se detuvieran vieron que el verdín de repente alzaba el vuelo desde un matorral de cholla y desaparecía hacia el resplandor y no volvieron a oírlo más.

El mimbreño los condujo hacia una hondonada con paredes escarpadas de capas de roca por tres lados y que acababa abruptamente a unas doce yardas más allá del borde de matorrales de la entrada. Desmontó, dejó el Springfield y se acercó al caballo de Flynn.

Miró al explorador fijamente durante unos segundos y luego se movió por allí cerca y desenfundó el látigo. Atrapó la pierna de Flynn y tiró, arrastrándolo a él y a la silla de montar al suelo. Después se acercó a Bowers e hizo lo mismo; ahora ambos estaban en el suelo, todavía sentados en sus sillas de montar. Si querían moverse, tendrían que arrastrar la silla entre las piernas. El mimbreño cogió el Springfield, luego los miró una vez más y desapareció entre la maleza.

Tranquilo, pensó Flynn. Vio que Bowers tiraba de la correa de cuero que le apretaba las muñecas y le dijo:

—¡Todavía no! —Bowers alzó la mirada y Flynn añadió en voz baja—: Nos está observando. Dele tiempo para que se calme y se vaya.

—¿Cómo lo sabe?

—¿No haría usted lo mismo? —dijo Flynn.

Bowers se relajó y se acuclilló encorvado sobre la silla y acarició con los dedos el cuerno de la silla. Sería fácil arrastrar la silla y desatar las manos de Flynn, porque tenía los dedos libres y no llegaba a entenderlo. Finalmente dijo:

—Podemos salir de esta. ¿Por qué no nos ató a un árbol?

—Porque habría tenido que soltarnos las manos para hacerlo —dijo Flynn—. No quiso arriesgarse, y esta es la segunda mejor noticia. Está más preocupado por esos otros allá en la quebrada… deben ser amigos íntimos, tal vez un hermano.

—¿Por qué no nos mató?

—No lo sé. Quizás por el mismo motivo por el que no lo hizo Soldado.

Bowers frunció el ceño.

—¿Y qué motivo era?

—Tendrá que preguntárselo a un apache —dijo Flynn.

Bowers no dijo nada, se quedó escuchando el silencio y observando las paredes de roca y el cielo por encima del enramado de matorrales en la entrada. La hondonada estaba en penumbra, porque el sol ya se había puesto por el oeste. Pasado un rato, sacudió la cabeza cansado.

—Es una manera malditamente terrible de librar una guerra —dijo.

—¿Qué guerra? —preguntó Flynn mirándolo.

—Pues como quiera llamarlo entonces —dijo Bowers en tono irritado.

—No hay cañones.

—Puede guardarse los cañones.

—Menos mal que el viejo apache no tiene ninguno.

—O los rurales… o el tal Lazair —dijo Bowers—. Me gustaría saber cuáles de los tres son peores.

—No creo que haya ninguna duda —dijo Flynn en voz baja.

Bowers recordó entonces la caravana de carromatos y a la chica, y lo que el viejo apache había dicho sobre las piedras rojas y las piedras blancas y supo a qué se refería Flynn. Y no dijo nada. Pero poco después, tras pensar en Flynn y la chica y el hecho de que Flynn nunca mencionara a la muchacha, se enfureció y pensó: lleva luchando contra los apaches durante tanto tiempo que ya actúa como uno de ellos. Ninguna emoción. Solo estoicismo… como una

roca.

Esperaron durante casi dos horas, hablando en voz baja cuando lo hacían, y entonces comenzó a aparecer algo de luz por encima del borde de matorrales.

—Ya es la hora —dijo Flynn despreocupadamente—. Salgamos de aquí.

Bowers observó al guía de caballería cuando se levantó y arrastró su silla hasta colocarla junto a él. Flynn estiró los dedos hasta que tocó la mano de Bowers, luego los dedos de este se movieron lentamente sobre el cordel de cuero porque los nudos estaban apretados y no podía hacer mucha fuerza con las manos. Pero finalmente la correa se aflojó y las manos de Bowers quedaron libres, de forma que pudo desatar las manos del guía. Atravesaron el enramado de arbustos y se alejaron al suroeste en dirección a Soyopa.

Cuando anocheció por completo, pararon. Un hueco entre unas rocas los protegería del viento. No encendieron hoguera y, antes de echarse, Flynn colocó un semicírculo de piedras sueltas a unas cuantas yardas del hueco. Luego durmieron, a pesar del frío y el viento que aullaba sobre las rocas. Los apaches habían evitado dormir la noche anterior. Y los muertos les habían provocado un sueño agitado la noche anterior a esa.

Partieron con los primeros rayos de luz y pasaron el círculo de piedras que seguía intacto en su lugar.

—Ahora estamos por encima de la quebrada —dijo Flynn—. El mimbreño nos trajo bordeando hasta el otro lado. —Señaló a lo lejos por encima de los árboles hacia el territorio salvaje que se extendía ante ellos—. Está ahí abajo, en alguna parte. Si nos dirigimos hacia allí, lo cruzaremos… quizás descubramos lo que ha ocurrido.

Mientras continuaban bajando la ladera, Bowers dijo de repente:

—Es el hombre más capaz que he visto en mi vida.

—Es un territorio grande. Todo aquí es grande —dijo Flynn—. El sol es grande, las montañas, los desiertos, incluso los bichos. Tienes que esforzarte para estar al nivel, eso es todo.

—¿Y qué saca de todo esto? —preguntó Bowers.

—Los pies doloridos.

—Ya sabe a qué me refiero.

—Cuatro dólares al día.

—¿Y qué más?

—¿Qué es lo que quiere, Red? ¿Una medalla por todo lo que hace?

—¡Quiero una buena razón, eso es todo!

—¿No es esa una razón suficiente?

—No ha respondido a mi pregunta.

Flynn apartó la mirada de Bowers y la paseó por la pared de roca en pendiente que bordeaba ese extremo del claro en el que habían entrado unos minutos antes. Dirigió la mirada en la otra dirección, hacia el prado llano que no ofrecía ningún resguardo, luego de nuevo a las rocas… y allí la fijó, cuando detectó un gajo de luz reflejándose desde una grieta entre las rocas… como el sol reflejado en el cañón de un rifle.

—Señor, tendrá que preguntarme en otro momento —dijo—. Creo que nos hemos topado con algo.

CAPÍTULO 11

—¡Quietos ahí!

La voz sonó abruptamente y pararon en seco a cincuenta pies de la pared de piedra en cuesta. La mirada de Bowers se dirigió hacia la pendiente y Flynn dijo:

—A las diez en punto, justo por encima de esas dos rocas.

Entonces lo vio, el cañón de una escopeta que asomaba inmóvil y apuntaba a través de la grieta. No se veía a nadie detrás.

—¡Tiren las armas!

Los ojos de Flynn permanecieron fijos en la grieta.

—¡Vamos desarmados!

—Les doy cinco segundos.

—¡No llevamos ningún arma!

Siguió un silencio. Y a continuación:

—Quítense los abrigos y caminen despacio con las manos en alto.

Lo hicieron, y cuando llegaron a la pendiente apareció el hombre. Descendió hasta medio camino y paró a tan solo unas cuantas yardas sobre ellos. Se detuvo allí y se acuclilló sobre el saliente, con una escopeta de cañón doble apuntando hacia ellos.

—¿Qué quieren?

—Estamos de camino a Soyopa —dijo Flynn.

—¿Han salido a darse una vueltecita?

—Algo parecido.

El hombre sonrió y levantó la escopeta.

—Será mejor que me digan algo que tenga sentido.

—Necesitamos caballos —dijo Bowers, impaciente—, ¿tiene eso sentido?

El hombre asintió y se tomó su tiempo.

—Pero quiero saber qué hacen aquí.

—Salga de esa roca —dijo Flynn—, llévenos ante Lazair y deje

de hacer perder el tiempo a todo el mundo.

El hombre le miró sorprendido y supo que sus suposiciones habían sido correctas.

—¿Cómo sabe que está aquí?

—¿Va a llevarnos o prefiere que lo llame a gritos?

El hombre lo miró en silencio, luego se encogió de hombros, como si ya hubiera estirado el asunto hasta donde podía.

—Continúen por ese paso de allá —dijo— y síganlo cuesta arriba.

Cuando entraron en el desfiladero, el hombre bajó y los siguió a unas cuantas yardas hasta que el paso se abrió en el recodo en lo alto de los riscos.

El campamento parecía desierto… nadie alrededor de las cuatro tiendas, la hoguera apagada, y allá junto a la cueva el único movimiento era el del toldo de lona que la brisa agitaba suavemente. El guardia murmuró:

—Dónde demonios está todo el mundo… —Entonces los vio, siete u ocho hombres detrás de las tiendas, de pie e inmóviles ante un bosquecillo de álamos temblones—. Están allí —dijo, y les hizo una señal para que le siguieran.

Los hombres los miraron cuando se acercaban. Uno de ellos estaba de espaldas, de cuclillas a los pies de un álamo y miró por encima del hombro, pero no se levantó. El hombre de la escopeta gritó:

—¡Que alguien vaya a buscar a Curt!

Durante unos segundos nadie se movió.

—¿Qué te ocurre? —dijo alguien.

Entonces uno de ellos se apartó y caminó en dirección al toldo de lona. Los demás permanecieron quietos, mirando a los recién llegados, y el que había estado de cuclillas se levantó para mirarlos también. Había algo detrás de él, acurrucado a los pies del álamo… un hombro y un brazo doblado hacia el tronco del árbol.

—¿Todavía estáis con eso? —preguntó el guarda—. ¿Qué tal va?

—El hijo de perra ni siquiera gruñe —dijo otro.

Se echó a un lado dejando a la vista la figura de un hombre medio desnudo, un hombre moreno con el cabello hasta los hombros, un taparrabos y mocasines con la punta hacia arriba. La parte superior de su cuerpo colgaba inerte de la corteza blanca del

tronco, con la cabeza baja y las manos atadas detrás del tronco. Y estaba sentado con las piernas extendidas, el muslo izquierdo ensangrentado, sangre seca y una herida profunda y cruda. Tenía moratones por el torso y la cabeza, y en muchas partes la sangre manaba derramándose por el cuerpo.

Flynn se acercó a él y se inclinó, y cuando el indio pudo sentir su presencia levantó la mirada lentamente. Era Matagente y tenía el rostro tan desfigurado que apenas se le reconocía.

—¿Qué te están haciendo? —dijo en voz baja Flynn en mimbreño. Pero el apache bajó la cabeza y no respondió.

Escuchó que alguien decía.

—¿Quiénes son esos?

Y al levantar la mirada vio que el guarda se encogía de hombros; luego, más allá, vio a un hombre de pie en la entrada de la cueva, apartando a un lado la manta que la cubría, observándolos. Flynn se levantó y vio que la manta volvía a colgar recta y que el hombre ya no estaba allí. Pero un segundo más tarde reapareció y en esta ocasión salió del refugio y se dirigió a ellos.

Lazair no dijo nada mientras los examinaba, luego miró al guarda.

—¿Quién está de guardia?

—Yo.

—Pues no es que vayas a vigilar mucho desde aquí… —Esperó hasta que el guarda se alejó antes de devolver la mirada a Bowers y a Flynn—. ¿Y bien?

Flynn señaló con la cabeza a Matagente.

—¿Qué les ha ocurrido a los otros?

—Muertos —dijo Lazair. Los miró fríamente, con el rostro ensombrecido bajo un sombrero de paja de raíz de sauce. El ala vuelta y apuntada hacia abajo sobre su fina nariz. Permaneció medio encorvado, con la camisa abierta casi hasta la cintura, pero con un colorido pañuelo rojo atado al cuello.

—¿Cómo sabe que había más?

—Ese de ahí nos tenía presos cuando los atacaron —dijo Flynn.

—Este maldito mundo es un pañuelo. Mis chicos lo trajeron ayer.

—¿Qué le están haciendo?

—¿Por qué?

—Solo curiosidad.

—Le estamos preguntando dónde vive el viejo jefe.

—Pero no creen que lo vaya a contar.

Lazair se encogió de hombros.

—No depende de mí, sino de él. O lo cuenta o se despertará muerto.

—Tengo oído que pagan quinientos pesos por la cabeza del anciano —dijo Flynn.

—Pues oyó mal. Ahora son ochocientos. —Lazair señaló con la cabeza hacia Matagente—. Su teniente vale trescientos —sonrió—. El precio de la fama, ¿eh?

—¿Y cuánto vale su cabellera? —dijo Flynn en voz baja.

—Seguro que puede hablar mucho más claro.

—He visto su cara en algún lugar… en un cartel.

—¿Y dónde lo vio?

—Cicubu, Fort Thomas, en algún lugar así.

Lazair sonrió.

—Son del ejército ¿verdad? El maldito Lew tenía razón… por una vez en su vida. Están un poco lejos de su territorio.

—También lo están unos cuantos apaches mimbreños —dijo entonces Bowers.

Lazair lo miró de arriba abajo y advirtió el cinturón y pistolera de reglamento y las botas altas.

—¿Dónde está su uniforme? —preguntó. Volvió a sonreír retirándose el sombrero de la frente—. ¿Los han enviado a ustedes dos hasta aquí en busca de apaches? —sacudió la cabeza, todavía sonriendo—. Esa es la cosa más absurda que he oído jamás. ¿Y qué esperan hacer?

—Queremos hablar con el viejo mimbreño y convertirlo en granjero —dijo Flynn.

Lazair dirigió la mirada a Flynn.

—¿Y creen que eso le va a importar?

—Tal vez.

Lazair sacudió la cabeza de nuevo, porque todavía no daba crédito.

—¿En serio me dice que los enviaron a ustedes dos solos?

—En serio —dijo Bowers.

—Jesús, ¡yo tengo catorce hombres y jamás hemos logrado

verlo!

—Pero él sí los ha visto a ustedes —dijo Bowers—. Habló de eso ayer.

—¿Dónde?

—No muy lejos de aquí —dijo Bowers.

—Si a sus hombres no les gustaran tanto las armas —dijo Flynn —, podrían haber seguido a ese de ahí —señaló con la cabeza a Matagente—, justo hasta la *ranchería*. —Miró a los hombres de pie junto a él—. Él tenía mis armas… un Springfield de trampilla y un calibre 44 modificado, sin la baqueta ni la palanca, con extractor en el lado derecho del cañón.

Los hombres de Lazair le devolvieron la mirada en silencio, con expresión hostil.

Él miró a Lazair.

—Las iniciales D. F. están talladas en la culata del Springfield. ¿Los busco yo o le digo a alguien que me los devuelva?

Lazair sacó un puro del bolsillo de la camisa y, mientras lo encendía, sus ojos permanecieron clavados en Flynn. Exhaló el humo lentamente.

—Quizás será mejor que esperemos —dijo.

—Mientras me las devuelvan.

—¿Dónde dijo el anciano que iba?

—No lo dijo.

—Pero él iba a regresar a casa y ocuparse de ustedes más tarde, ¿verdad?

Flynn asintió.

—Quizás —dijo Lazair sonriendo— debería simplemente seguirlos a ustedes si lo que quiero es encontrar a Soldado.

Bowers le miró sorprendido.

—¿No va a retenernos?

—¿Por qué?

—Podríamos entrometernos en sus negocios.

—¿Le parezco preocupado? Demonios, pueden ir donde les plazca… incluso les proporcionaré un par de caballos. Cualquier cosa con tal de ayudar al Ejército. —Sonrió cínicamente, mordiendo el puro con los dientes—. La cosa más absurda que jamás he oído. Están aquí abajo intentando darle caza ilegalmente por estar en el lado equivocado de la valla, y yo hago exactamente lo mismo y me

pagan por ello, porque llevo un negocio legítimo.

—Tendremos que celebrarlo con unas copas en algún momento —dijo Flynn.

—La próxima vez que pase por Soyopa.

Flynn echó una mirada hacia la cueva.

—¿No tiene nada aquí?

—Hoy no —dijo Lazair—. ¿Regresan ahora?

Flynn asintió.

—Hay un amigo suyo en el pueblo —dijo Lazair—. De hecho, fue él quien emboscó a esos indios ayer. Trajo a este porque todavía estaba vivo, luego partió esta mañana a Soyopa. Uno de los chicos los vio en el pueblo y cree que podría conocerlos —miró a Flynn de reojo—. Su nombre es Rellis. ¿Le suena de algo?

Flynn vaciló y su rostro mostró una sorpresa inconsciente.

—Frank Rellis… Me gustaría verlo otra vez.

—No me dijo dónde le había conocido —comentó Lazair.

—En Contention.

—Bonito lugar… he estado allí. —Lazair miró a sus hombres—. ¿Quién tiene las armas de este hombre?

Nadie habló. Paseó la mirada de uno en uno.

—¿Sid?

El hombre no dijo nada.

—¡Maldita sea, te estoy hablando!

El que se llamaba Sid, rechoncho y con barba crecida pelirroja, dio un paso con desgana y desenfundó la pistola de Flynn de su cinto.

—El fusil está en la tienda —farfulló.

—Venga, pues veámosla —dijo Lazair. Sopesó la pistola en la mano—. Tal vez un poco pesada por el cañón. Pero probablemente sea bastante precisa.

Movió el brazo rápidamente y con el pulgar amartilló el arma y disparó en el mismo movimiento.

Sid dio un salto.

—¡Eh!

Pero nadie le miraba. Matagente se desplomó hacia delante con la barbilla pegada al pecho, inmóvil, y bajo la barbilla estaba el pequeño agujero que la bala de Lazair le había hecho.

—Bastante precisa —dijo Lazair.

Siguió el silencio. Flynn lo estudió fríamente.

—¿Está intentando demostrar algo?

Lazair se encogió de hombros.

—No estaba siendo de mucha utilidad para nadie. Su cabello vale más que su esqueleto. Mire, nosotros no es que hagamos de ellos exactamente granjeros, pero ayudamos con las cosechas… los entregamos como estiércol.

Entregó la pistola a Flynn.

—Debería cortar ese cañón. Sid —dijo por encima del hombro —, ensilla dos caballos y trae ese fusil y, si alguien tiene el arma de este otro soldado, que la entregue de inmediato. —Miró a Bowers y a Flynn—. Ustedes, vayan con cuidado.

Se dio la vuelta y se alejó hacia la cueva.

Eran más de las doce del mediodía cuando llegaron a Soyopa, entrando por donde habían salido dos días antes. Ahora el cementerio se hallaba en silencio. Hileras de cruces de madera, pero nadie arrodillado recordando a los muertos. Más tarde, cuando las sombras se alargaran por detrás de la iglesia, la mujeres irían. Siempre iba alguien.

Las tumbas más recientes estaban cerca del camino y comenzaban a parecerse a las otras, aunque las cruces de madera todavía no estaban desgastadas por el tiempo; había pequeñas piedras esparcidas sobre los bajos montículos: una piedra por cada oración para el reposo del alma.

Flynn desmontó con los miembros rígidos y caminó hasta la tumba de Anastacio Esteban. Bowers le siguió. Había un cuadrado de madera clavado en los brazos de la cruz y se leía en él una inscripción:

Aquí yace Anastacio María Esteban
Vecino de Soyopa
Matado por los barbaros
El día 26 de octubre del año 1876
Ora por él, cristiano, por amor de Dios.

—Asesinado por los bárbaros… cristiano, por amor de Dios, ruega por su alma —leyó Flynn en inglés. Luego volvió a decir «*Matado por los barbaros…*», y miró a Bowers—. Un bárbaro con un sombrero de paja de raíz de sauce y un pañuelo rojo.

Bowers le miró con curiosidad.

—¿Está seguro?

—Totalmente.

—Tal vez el indio mentía.

—No es por lo que dijo Soldado.

Bowers le miró, pero no dijo nada.

—Entonces no la vio —dijo Flynn—… solo unos segundos, en la entrada de la cueva. Nita Esteban.

CAPÍTULO 12

Soplaba una leve brisa por la plaza, que levantaba el polvo en torbellinos alrededor del obelisco de piedra.

Dos rurales holgazaneaban dormidos a la sombra del cuartel general de Duro, y delante de *Las Quince Letras* había una hilera de caballos atados al poste… Un pardo meneó el rabo perezosamente y los flancos de un gran castaño temblaron para sacudirse las moscas. Un perro ladró en algún lugar detrás de las fachadas de adobe. Y una mujer con una *mantilla* negra que le cubría la cabeza y los hombros pasó sin hacer ruido hacia el portal en penumbra de Santo Tomás de Aquino. En el calor de la tarde era mejor permanecer dentro.

Desde las puertas que se abrían al balcón, Lamas Duro observó que el hombre abandonaba la cantina de mescal y cruzaba la plaza hasta el edificio de adobe en cuyo cartel se leía *Comida*. Caminaba pausadamente, llevaba una botella de algo.

—Basura americana —dijo Duro en voz alta.

Cuando la figura desapareció, vio a dos jinetes que entraban en la plaza desde una calle que bordeaba la iglesia. Cuando pasaron frente a la cantina, Duro retrocedió un paso en la habitación y se abotonó la camisa. Se atusó el pelo con los dedos mientras lanzaba una mirada al escritorio, donde estaba la botella de mescal y un vaso. Los cogió, se apuró la pulgada de líquido dulce e incoloro del vaso y desapareció en el dormitorio. Regresó un segundo más tarde y colocó los papeles del escritorio para que tuvieran cierta apariencia de orden antes de regresar a la puerta. Los dos jinetes estaban casi directamente abajo.

Salió al balcón y los llamó.

—¡*Señores*, por favor, suban!

Su sonrisa era tan blanca como su camisa.

El sabor a mescal le amargaba en la boca y se encendió un puro mientras oía los pasos de ambos en la escalera. Luego llegaron al balcón y se echó a un lado para permitirles entrar en la habitación primero.

—Me honran con su visita, *señor Flín* y teniente Bowers.

Bowers le lanzó una rápida mirada de sorpresa.

Duro sonrió.

—Este es un *pueblo* pequeño, teniente. Las noticias corren rápido. Quizás el *alcalde* se lo cuenta a un amigo íntimo… o alguien los oyó hablar. Se lo cuenta a un amigo. Entra en *Las Quince Letras* y ¡pum!… salta la liebre.

—No teníamos la intención de mantener nuestra identidad en secreto —dijo Bowers.

—Por supuesto que no. —Duro sonrió—. Pero no les recriminaría si lo intentaran hacer. A veces es un problema cruzar a otro país para llevar a cabo una misión de naturaleza gubernamental. Con frecuencia, tales cuestiones deben ser gestionadas con discreción. Por supuesto, aquí no tienen nada que temer. Como representante de Porfirio Díaz, estoy a su disposición.

—Es muy amable por su parte —dijo Bowers, que mantenía un gesto inexpresivo.

—En absoluto. —Duro levantó la mano como si no estuviera dispuesto a aceptar ninguna gratitud—. Sé que su excelencia, Porfirio, habría ordenado que los ayudara en su misión de todas las formas posibles… si hubiera sido informado de ello. Después de todo, la amenaza de los apaches es una de las razones de la existencia de nuestros rurales. De hecho, ustedes están ayudándonos a nosotros. Aunque no puedo decir que envidie su tarea —dijo esto como si hablara de soldado a soldado.

—Pero como hombre del ejército sabe que uno no puede cuestionar las órdenes —dijo Bowers.

—Sin duda. —Duro se inclinó.

La mirada de Flynn paseó por la estancia y regresó al rural.

—¿Han contactado alguna vez con Soldado Viejo?

Duro negó con la cabeza.

—No con ese indio esquivo. Sin embargo, en otras ocasiones hemos capturado a otros de su tribu. El día que ustedes llegaron ejecutamos a uno —suspiró—. A veces tal acto parece despiadado,

pero —sus ojos ahora se dirigieron a Bowers— uno no puede cuestionar las órdenes.

Flynn formó un nudillo para atusarse el bigote ociosamente.

—Supongo que no —dijo—. No tendrán ocasión de pagar mucho dinero por recompensas entonces.

—Ocasionalmente —dijo Duro encogiéndose de hombros.

—Estuvimos hablando con un tal Lazair esta mañana…

—Oh…

—Nos habló de las quince cabelleras que trajo aquí el otro día.

—¡Quince!

—¿No es cierto?

—No recuerdo el número exacto.

—Fue una buena colecta.

—Sí, pero no sucede con frecuencia.

Flynn lo miró Fijamente.

—Me preguntaba con cuánta frecuencia ocurre. El tal Lazair debe ser muy bueno para conseguir tantas en un solo golpe. Solo tiene una docena de hombres con él.

—Supongo —dijo Duro—, conoce muchos trucos para el rastreo de indios.

—Supongo —dijo Flynn.

—¿Les apetece un trago? —dijo entonces Duro mirando a uno y a otro.

—De acuerdo —dijo Flynn, y Bowers asintió.

Duro entró en la habitación contigua y regresó con la botella de mescal y tres vasos.

—Tengo este para invitados especiales —dijo en confidencia.

Flynn lo observó colocando los vasos en el escritorio y sirviendo mescal en ellos.

—Tenía a un bravo mimbreño en su campamento —dijo.

—¿El tal Lazair? —preguntó Duro levantando la mirada.

Flynn asintió.

—Pronto le traerá la cabellera.

—Oh… estaba muerto.

—Lo estuvo, después de un rato.

—Lazair es un hombre de negocios —dijo Duro encogiéndose de hombros—. Un apache vivo no vale nada para él.

—Uno tiene la sensación —dijo Bowers en voz baja— de que

cualquier cosa viva no vale nada para él.

—Excepto una mujer —añadió Flynn.

Duro entregó a cada uno un vaso y dijo despreocupadamente:

—¿Tiene a una mujer con él?

—¿No lo sabía? —preguntó Flynn.

—Nunca he visitado su campamento.

Sorbieron el mescal sin decir nada. No era tensión, sino incomodidad. Tras unos segundos, Flynn dijo:

—¿Cómo han sido acogidos los hombres de Lazair en el pueblo?

—Todo lo bien que se puede esperar. Por supuesto, son hombres de maneras primitivas. Como son los hombres que viven como ellos, luchando contra los indios. Pero he pedido a mi gente que los trate con cortesía porque están prestando un servicio a nuestro gobierno —suspiró—. Aunque en ocasiones echan miradas a nuestras mujeres con demasiada lascivia y mis hombres tienden a quejarse por esto.

—En otras palabras —dijo Flynn—. No se llevan bien.

—No todo el tiempo, no.

—Teniente —dijo Bowers—, una de las razones por las que vinimos… Me pregunto si podríamos convencerle de que me vendiera un arma de su armería. Perdí la mía ayer. Es decir, si es que tiene alguna de sobra.

—Me es imposible venderle una —dijo Duro con gesto serio y, a continuación, sonrió—. Pero sería todo un honor regalarle cualquier arma que desee.

Acabaron las bebidas y bajaron a la armería. Bowers eligió un fusil Merrill y luego una pistola Remington del calibre 44 que Duro insistió en que aceptara. Y aunque de nuevo se ofreció a pagar las armas, el teniente Lamas Duro se negó en redondo.

—Déjenos que le invitemos a una copa ahora —dijo Flynn.

Pero Duro rechazó la invitación compungido.

—Lo siento… me espera un montón de papeleo. Uno jamás creería que solo treinta hombres pueden hacer tanto para engordar los registros —se inclinó—. Quizás en otro momento.

Caminaron hacia *Las Quince Letras* tirando de sus caballos mientras Duro subía las escaleras.

—Bien —dijo Bowers cansado—, ¿qué es lo que ha averiguado?

—Algo que tengo ganas de adivinar —respondió Flynn—… cuál es la diferencia entre una cabellera mimbreña y una mexicana.

De la luz diurna penetraron a la penumbra de *Las Quince Letras*. Flynn esperaba ver allí a Frank Rellis, lo deseaba y estaba listo, pero Rellis no estaba allí, aunque había cuatro americanos al final de la barra en una de las mesas de delante. Había tres chicas con ellos. Alzaron la mirada cuando Flynn y Bowers se acercaron a la barra. También había hombres del pueblo, hombres más ancianos, que sorbían el vino o el mescal lentamente para que durara y solo levantaron la mirada un segundo.

—Esos cuatro no estaban en el campamento de Lazair —dijo Bowers. Los hombres y las chicas junto a su mesa seguían mirándolos.

—No, no los vi allí —dijo Flynn. Levantó dos dedos dirigiéndose al mexicano con bigote tras la barra y dijo—: Mescal —y luego, a Bowers—: Sentémonos.

Se llevaron la botella y los vasos a una mesa. Bowers sirvió el mescal y empujó un vaso hacia el explorador de caballería. Mantuvo la mirada en el bigote trigueño, esperando que Flynn dijera algo. Bowers estaba al mando, eso es lo que decían las órdenes, pero no era así de simple. Poner un hombre al mando no hace que esté al mando necesariamente. Bowers comenzaba a darse cuenta de esto.

—¿Y ahora qué? —dijo finalmente.

Flynn se estaba liando un cigarrillo. Lo prendió, exhaló y a través del humo dijo:

—Voy a regresar al campamento de Lazair.

—¿Cuándo?

—En cuanto vea a Hilario.

—¿Solo?

—Creo que será mejor —y mirando a Bowers añadió—: si no hay ninguna objeción.

—Por supuesto que no.

Flynn se acercó un poco más.

—¿Ya ha sacado una idea en claro de todo esto?

—¿En qué orden van?

—Ya sé quiénes son los peores ahora. Creo que Soldado está en segundo lugar, y luego los rurales —y añadió—: Ninguno de ellos es que sea muy agradable y se odian unos a otros. ¿Qué le sugiere?

—Lo más obvio. Hacer que se peleen entre ellos.

—¿Quiere planearlo?

—No estoy seguro de cómo comenzar.

—Santana, el sargento de Duro, creo que podría empezar por él. Dígale la cantidad de chicas mexicanas que ha visto en el campamento de Lazair. Concéntrese en Santana. Invéntese lo que quiera; cualquier cosa que él esté dispuesto a creer, algo que tarde tiempo en comprobar.

—¿Y Duro?

—Duro —dijo Flynn pensativamente—… está metido en esto con Lazair, es lo lógico; paga las cabelleras y sabe perfectamente que no son de apaches. Santana contra Duro… eso sí tiene sentido… si es capaz de averiguar cómo hacerlo.

—¿Por qué me enviaron a esta misión? —preguntó de pronto Bowers con gesto serio.

—Alguien tenía que hacerlo.

—Usted le dijo a Deneen que debería haber elegido a un hombre con más experiencia.

—No debería haber dicho eso.

—¿Por qué me eligieron?

—No lo sé. ¿Cuánto le conoce él a usted?

—Vi a Deneen en Contention por primera vez.

—Su padre fue nuestro comandante de división durante la guerra. Quizás ya sepa que Deneen era capitán por aquel entonces. Llevo coincidiendo con él en un sitio u otro desde hace trece años.

—¿Y bien?

Flynn se encogió de hombros.

—Quizás admiraba tanto a su padre que sabía que podría hacer un buen soldado de usted.

Bowers levantó la mirada de la copa de mescal, pero no dijo nada.

—Mire, ¿qué más da? —dijo Flynn—. Ahora estamos aquí.

—A usted le detesta —dijo Bowers, volviendo a mirarle—. Eso está claro.

—Uno no puede gustar a todo el mundo.

—Es más que eso.

—¿Por qué no se limita a pensar en el trabajo que tiene que hacer?

—De acuerdo.

Flynn apuró el mescal de su copa y se levantó.

—Ahora voy a ver a Hilario. Búsqueme pasado mañana. Pero si no estoy aquí para entonces, espere unos cuantos días antes de hacer nada.

—¿No quiere que le acompañe?

—Si no sale bien con uno, no saldrá bien con dos.

—Lo dice como si fuera a darse un paseo por el parque.

Los rabillos de los ojos de Flynn se arrugaron cuando sonrió, luego su mirada recobró la seriedad.

—Mire, me gustaría ayudarle… pero no hay ningún método en este tipo de cosas. No puede abrir el libro de *Tácticas de Caballería de Cooke* y obtener la respuesta. La mayor parte de este trabajo es la paciencia. Pero al tener tiempo para pensar, uno termina preocupándose por lo que va a hacer primero, luego en por qué le enviaron aquí e incluso puede acabar preguntándose si los apaches tienen miedo. —Flynn sonrió—. Y lo digo sin intención de ofender.

—No se preocupe —dijo Bowers.

Flynn volvió a sentarse.

—Digámoslo a las claras. ¿Ya sabe que Deneen no tiene la más mínima autoridad para enviarnos aquí?

—Es el Asistente del Estado Mayor. Diría que es suficiente.

—En Arizona. Esto es México, otro país. Recuerde, en las órdenes se leía que el ejército no nos reconocería como agentes legales si fuéramos capturados por cualquier motivo.

—Me explicó ese punto en Contention —dijo Bowers—. Dijo que hasta el momento solo era un acuerdo verbal con México. Podemos cruzar la frontera hasta cierta distancia y ellos pueden entrar en los Estados Unidos si el motivo es dar caza a hostiles. Dijo que debía incluir ese párrafo de no responsabilidad en las órdenes como mera formalidad. Se supone que el acuerdo con México será redactado y firmado en breve, dijo que probablemente antes de que llegáramos aquí.

—Pero Duro dijo «si su gobierno hubiera sabido de ello»… —dijo Flynn—. Eso no suena a ningún acuerdo.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Bowers.

Flynn vaciló.

—Usted está aquí porque está obedeciendo una orden —dijo Flynn, y añadió—: porque no está en situación de cuestionar la

autoridad. —Ahora con calma, pensó, y dijo—: Yo estoy aquí porque quiero estar aquí. Así de simple.

—Sin embargo, usted dijo que ninguno de nosotros pintamos nada aquí.

Quería preguntarle a Flynn qué asunto pendiente había entre él y Deneen, pero eso estaría fuera de lugar.

—De acuerdo —dijo Flynn sonriendo—, pero ¿qué estaría usted haciendo si no estuviera aquí? Ejercicios de marcha… patrullas en las que jamás encuentran nada… escolta de correo…

Bowers asintió.

—Así que… ¿por qué no le hacemos al mundo un favor y pateamos el culo de Soldado de regreso a San Carlos? Y si surgen problemas los abordaremos uno tras otro y no nos preocuparemos de todo al mismo tiempo. ¿De acuerdo?

Bowers asintió, pensativo.

—De acuerdo.

Observó a Flynn levantarse y dirigirse a la puerta, luego asintió cuando Flynn lo hizo y la puerta se cerró.

Tomó un sorbo de mescal y, cuando lo dejó en la barra, vio que los cuatro americanos le miraban.

La calle de la casa de Hilario Esteban se encontraba en silencio. Se escuchaban ruidos en otras calles, pero allí solo llegaba la luz solar sobre el adobe color arena y unas finas líneas de sombra pegadas a las casas a ambos lados de la calle. El cartel de la corrida de toros cerca de la casa desierta de Anastacio Esteban estaba hecho pequeños jirones ahora y solo se podían leer unas cuantas palabras.

Un niño salió corriendo de la casa contigua a la de Hilario.

—¡Yo le sostengo el caballo!

Flynn desmontó y le entregó las riendas.

—Con cuidado.

El chico sonrió.

—Un placer.

Fue una mujer quien abrió la puerta después de que llamara. Encorvada, de mediana edad o más, una toca negra le cubría los hombros y el vestido que llevaba era negro. Hilario apareció detrás de ella y sus ojos se iluminaron.

—*¡Davíd!*

—¿Qué tal va?

—Bien —respondió el *alcalde*. Señaló a la mujer y a Flynn la habitación para que pasaran.

La mujer se acercó a la chimenea y se sentó allí en el suelo. Se puso a mezclar un cuenco de atole y no levantó la mirada hacia Flynn. Con la cabeza baja, su figura era como la de una niña pequeña que pesaba menos de noventa libras.

Hilario señaló a la mujer y dijo:

—La Mosca. Es una curandera, pero ahora me prepara atole por gentileza. Si tuviera una herida en mi cuerpo, La Mosca le aplicaría semillas de viña guadalupana bendecidas con la imagen de la virgen y maceradas en mescal… o un brebaje de carne de serpiente de cascabel pulverizada si sufriera la enfermedad que los *gachupines* contagiaron a las mujeres de nuestra tierra… Pero ella no puede hacer nada por mí ahora.

—Escucha, Hilario —dijo Flynn—. No tengo mucho tiempo. He venido a decirte que tu hija está viva. La vi.

Escuchó el crujido suave de tela y La Mosca, la *curandera*, se colocó junto a él.

—He sentido esto mismo —dijo ella—, y ya le he hablado al *alcalde* de ello.

—De acuerdo —dijo Flynn—. Entonces estoy confirmando lo que ya sabes.

La voz de Hilario apenas era un susurro, suspiraba las palabras con incredulidad.

—¿Es eso cierto? ¿Dónde?

—Si te lo dijera, irías allí a toda prisa…

—¡Sin lugar a dudas!

—Y eso no sería inteligente —tocó el brazo del anciano—. Mira. Voy ahora allí, con un plan. Solo es cuestión de que confíes en mí. Si te dijera adónde voy, quizás otros lo averiguasen…

—No por mi boca.

—Quizás no. Pero el que no te lo diga es una medida de seguridad adicional.

—La mantiene cautiva un hombre —dijo entonces la *curandera*.

Hilario la miró.

—¿Es eso lo que ves?

La Mosca asintió.

—El hombre no es indio. Eso también lo sé.

Es capaz de averiguarlo sin mirar en el futuro, pensó Flynn.

—¿Es eso cierto, David?

—Mi compañero, el joven con el que vine, se quedará aquí. Sabe de esto y te ayudará si por algún motivo no puedo regresar.

—De acuerdo —dijo Hilario en voz baja.

—Tú regresarás —dijo entonces La Mosca. Miraba a Flynn con su rostro lleno de arrugas—. Ahora lo veo. Regresarás al comienzo del *Día de los Muertos*… el festival de los muertos… y traerás contigo a la hija de este hombre.

CAPÍTULO 13

Flynn examinó el lugar durante un largo rato y su mirada se detuvo en la figura que apenas se veía a través de los árboles a los pies de la ligera pendiente.

Había alguien allí. No se movía, pero era algo que se asemejaba a una forma humana, aunque desde esa distancia era difícil distinguirlo. Flynn estaba echado boca abajo sobre la hierba rala que crecía entre los pinos. Su caballo estaba unas yardas más atrás, abajo, en la falda de la colina.

Por encima de los árboles que vigilaba, se alzaba una pared en penumbra con grietas y grotescas chimeneas; piedra de *cantera* rosa cada vez más pálida a medida que la amenaza de lluvia hacía que el cielo se tornara gris. En lo alto, por encima de las nubes espesas, se divisaba una eclosión de luz solar, una luz fría que se reflejaba hacia arriba alejándose de la lluvia por venir.

Pasaron los minutos y la figura no se movió.

Flynn se retiró de la cima, regresó a su montura y sacó el Springfield de la funda. Se acuclilló en la cima de nuevo examinando la figura, luego se levantó y bajó con cautela entre los árboles.

Allí estaba. Y ahora vio por qué no había visto ningún movimiento.

Era Matagente. Estaba colgado de la rama retorcida de un enebro con un cordel corto de cuero que se le clavaba en la carne del cuello. Matagente ya no llevaba la cinta de pelo… le habían rebanado la coronilla para quitarle la cabellera.

Es una advertencia, pensó Flynn, dirigida a Soldado. Pero probablemente los buitres lo encuentren antes que Soldado.

Y entonces se le ocurrió: Pero ¿dónde están? Si no hay buitres, eso significa que lo acaban de colgar ahí… hace menos de una hora, probablemente. Como Lazair lo mató de un balazo por la mañana,

asumiste que lo colgaron aquí en ese momento. Pero, si hubiera estado aquí todo el día, no quedaría ya mucho de él…

Bajó la pendiente con el caballo, sacó una navaja del bolsillo y, desde la altura de la silla McClellan, tuvo que auparse solo un poco más para llegar al cordel de cuero y cortarlo. Sujetó al apache por el tronco mientras cortaba el cordel y sintió la carne dura y la sangre reseca que se descascarillaba entre sus dedos; cuando sintió todo su peso, intentó doblar a Matagente y colocarlo sobre el borrén de la silla. Pero el cuerpo estaba rígido por el rigor mortis.

Entonces usó el cordel de cuero, lo unió y arrastró al mimbreño con el caballo cuidadosamente entre los árboles hasta que llegó a la pared arenosa de la *cantera*. No había otra forma de hacerlo.

Cuando estaba más cerca de la pared, cargó con Matagente y colocó el cuerpo en una grieta a los pies de esta. Había cientos de grietas, huecos y nichos allí, negras costuras profundamente ensombrecidas que ascendían hasta las alturas de la fachada rosa. Luego colocó piedras sobre el hueco y, en pocos minutos, Matagente formaba parte del barranco.

Después retrocedió sobre sus pasos y barrió las marcas que había dejado al arrastrar el cuerpo de Matagente.

Vayamos despacio ahora, se dijo. Pensémoslo bien antes de precipitarnos. Su campamento está al otro lado del barranco e incluso hay otro ascenso más allá. Si cabalgaran a Soyopa, pasarían por este lugar. Podrían haberlo colgado aquí de camino… Pero yo los habría visto… Aunque no necesariamente. Podrías haber pasado por el bosque. Podrías no haberlos visto fácilmente y no se habría levantado el polvo entre los árboles.

Entonces miró al cielo. Va a llover antes de que anochezca. No me imagino a los hombres de Lazair cabalgando hacia la lluvia a menos que se lo hayan ordenado, a menos que él estuviera allí para obligarlos.

Huellas. Entonces, se le ocurrió. Con la lluvia, al día siguiente no habría huellas que delataran adónde habían ido hoy. Podían colgar a Matagente, y Soldado jamás lograría rastrearlos hasta el campamento de Lazair.

Cabalgó de regreso al enebro donde habían colgado a Matagente y examinó la tierra. Las marcas, huellas en media luna de cascos con herraduras, se dirigían al este… no a Soyopa, ni de regreso al

campamento de Lazair. No habían intentado ocultar las huellas.

Eso es, pensó Flynn, cuentan con la lluvia. Cabalgan porque va a llover y no se toman todo este trabajo por nadie más que por Soldado. Montar una emboscada en un lugar lógico… junto a la ruta que creen que el viejo indio recorrerá en uno u otro momento… y no quieren que sus huellas lo alerten y echen por tierra la emboscada. Y si esto es cierto, entonces no quedarán muchos en el campamento de Lazair ahora.

Continuó avanzando y, aunque podía sentir cierta excitación en su interior, marchaba con el mismo paso cauteloso, vigilando los cuatro costados cuando bordeó la pronunciada pendiente de la pared del barranco y comenzó a ascender otra vez, ahora hacia los robles enanos. Paraba, esperaba y escuchaba y luego continuaba. Uno nunca puede estar seguro, así que ¿por qué arriesgarse?

Finalmente, llegó al prado, y para entonces comenzaba a lloviznar. Todavía no había anochecido y una niebla gris flotaba sobre la hierba sabaneta que se inclinaba silenciosamente en oleadas según se levantaba el viento. Se oía el sonido de la lluvia, pero era un suave siseo que desaparecía una vez que llevabas un buen rato escuchándolo.

Se movería cuando anocheciera. Cruzaría el prado y ascendería la ladera a doscientas yardas y encontraría al guarda antes de que el guarda lo encontrara a él. Si la lluvia continúa, ayudará, pensó.

Entonces averiguaría si estaba en lo cierto. Había planeado vigilar allí hasta que los cazadores de cabelleras salieran del campamento… aunque hubieran tardado varios días… pero ahora estaba casi seguro de que no estaban en el campamento y esperar a cerciorarse solo sería una pérdida de tiempo.

La oscuridad total tardó más en reptar por el prado porque Flynn estaba a la espera, pero finalmente se asentó y con la lluvia parecía incluso más clamorosa.

Imagina que eres mimbreño, pensó mientras abandonaba el cobijo de árboles y comenzaba a cruzar el prado. Esto sería fácil para uno de los chicos de Soldado. No le costaría nada. Pero piensa en el guarda… Antes estaba arriba en las rocas; eso no significa que vaya a estar ahora. Está lloviendo. Si ha buscado refugio, deberás tener cuidado; pero al menos no te oirá llegar con la lluvia. Piensa como un apache. Pero no lo mates, pensó. No si puedes evitarlo.

Pudo ver borrosamente el contorno de la roca recortándose contra el cielo. Nosotros estábamos más a la derecha, pensó mientras recordaba el contorno de la cima tal como la vio por primera vez. La primera y única vez… esa misma mañana. Y es difícil creer que fuera esta mañana. El guarda debía de estar a la izquierda entonces. Ahora debería estar frente a ti si está en el mismo lugar.

Flynn se movió hacia la derecha reteniendo los detalles de la elevación rocosa en su memoria y calculando dónde debía estar el desfiladero. Se aproximó metiéndose entre las rocas y allí estaba, justo encima de él, la pendiente.

Se subió a las rocas, gateó, se tumbó para escuchar, luego volvió a gatear hasta el borde del desfiladero y se levantó mirando hacia el saliente donde el guarda había estado esa mañana.

No está allí. Flynn dirigió la mirada de nuevo al desfiladero, que estaba totalmente a oscuras hasta donde le alcanzaba la vista… o quizás está ahí bajo algún voladizo para protegerse. Pero quizás no haya ningún guarda… y si no lo hay, entonces «sabes» que Lazair ha salido. Eso sería lo normal… nadie se molestaría en vigilar si Lazair no estuviera en el campamento para obligarle.

Pero debes asegurarte.

Avanzó un poco más aguzando el oído. Continuó avanzando sin vacilar, agachado y pegado a una pared y, al llegar al extremo, gateó sobre la hierba húmeda sintiendo el frío en las manos y la cara hasta que vio el campamento.

Al otro lado del espacio abierto podía ver los caballos. Se habían dispersado entre los álamos temblones y ahora oyó a uno de ellos relinchar, un sonido agudo y débil en la oscuridad.

La lluvia tamborileaba sobre las tiendas. Las correas de una de ellas se habían soltado y las solapas ondeaban y se tensaban cuando se levantó un viento punzante que barrió el campamento. Tres de las tiendas estaban vacías. La cuarta resaltaba fantasmal en la oscuridad… un farol en su interior iluminaba el contorno pálido y húmedo de lona.

No salía ninguna luz de la entrada de la cueva.

Se escuchó la voz de un hombre en la tienda iluminada. El sonido de una palabra, luego risa, sonidos débiles en la lejanía.

Flynn se levantó lentamente y avanzó pegado a los salientes de

roca que envolvían el recodo. Cerca de la cueva, atisbó una línea vertical de luz por el borde de la manta que cubría la entrada. Y, a continuación, subió la suave elevación bajo el toldo.

Ahora, mucho silencio, pensó. Tómate todo el tiempo que quieras porque solo tienes una oportunidad. Se metió las manos en el abrigo y se las secó con la camisa. Se secó la cara con una bandana y luego desenfundó la pistola y la secó con cuidado.

Volvió a llegarle el sonido de la voz de la tienda y sintió que se le hacía un nudo en el pecho. Se imaginó a los hombres en la tienda. Por algún motivo, pensó que eran cuatro. Podría ir allí, vaciar el cargador en la lona y matarlos a todos, pensó. Luego: No seas idiota. Venga, continúa.

Tras amartillar la pistola, apartó a un lado la manta, y un segundo después estaba dentro de la cueva… una estancia alta en penumbra, un cordel con ropa colgando, un colchón en una pared y en una esquina; acuclillada junto al quinqué de parafina con la llama baja, estaba Nita Esteban.

Flynn se puso un dedo sobre los labios.

—No hables fuerte —dijo en voz baja.

La chica lo miró y su cuerpo se tensó. Estaba arrodillada sobre una manta, sentada hacia atrás sobre los talones. Con las manos se ceñía la manta y no movió ninguna parte de su cuerpo.

Cerca de ella, Flynn hincó una rodilla.

—Nita… —Posó una mano en su hombro y la retiró al sentir que su cuerpo se estremecía—. No soy uno de ellos. —Volvió a tocarla, suavemente—. ¿Recuerdas hace seis meses cuando pasé por Soyopa y me quedé en la casa de tu tío? Era amigo suyo, *David Flin*.

Ella le miró a los ojos buscando algo con unos ojos negros inseguros. Y luego se cercioró. Entonces recordó, y los ojos oscuros en su rostro demacrado de repente comenzaron a brillar con lágrimas. Flynn la arrimó a él con cuidado y sintió el sollozo ahogado contra su pecho. Sus hombros temblaban y él la abrazó con cierta dificultad con una de las manos, porque estaba sujetando la pistola, y ahora levantó la otra mano para acariciarle el cabello, con el mismo sentimiento que uno acaricia el cabello de un niño.

Bajando la cabeza, le dijo al oído:

—¿Cuántos hay?

El sollozo cesó.

—La mayoría se marcharon por la tarde. No debería haber muchos ahora. Uno de ellos vino aquí no hace mucho. Pensé que era él cuando entraste.

—Hay luz solo en una tienda.

—Esos son los únicos —dijo ella—. Quizás tres, o cuatro, o cinco. El que vino aquí entró para buscar una botella de algo —vaciló—. Dijo que debía ir con él, pero me negué y dijo que cuando regresara lo lamentaría.

Flynn se levantó y la ayudó a ponerse en pie. Llevaba una falda larga hasta los tobillos y una camisa de hombre abotonada hasta arriba y con el faldón colgando hasta donde debían estar las rodillas.

—Lazair guarda su ropa aquí, ¿verdad?

Ella asintió, pero no le miró a la cara.

—Ponte otra camisa.

Se acercó a la manta que cubría la puerta mientras la chica se vestía y permaneció atento. Ahí estaba otra vez; uno de ellos se rio. Entonces escuchó otro sonido… ¡cerca!

Tuvo tiempo de advertir a la chica solo con la mirada. Ella vio que se pegaba a la pared. Había un abrigo de piel colgado allí de un clavo y se escondió tras el abrigo, aunque todavía podía ser visto.

La manta de la entrada se abrió y un hombre apareció zigzagueando en la entrada; entornó los ojos y miró a Nita, sonriendo.

—Deberías haber venido a vernos. No hay ningún otro lugar donde puedas ir. —El mescal sonaba en su voz y en los ojos medio abiertos. Había salido de la tienda sin sombrero y su cabello brillaba aplastado sobre el cráneo. No llevaba sombrero, pero iba armado. Se rio y se volvió a la pared donde estaba el equipo de Lazair y donde se guardaba el mescal.

Estaba a punto de decirle algo más a la chica, pero las palabras se le helaron en los labios. Pudo ver a Flynn y la pistola que le apuntaba.

El hombre se movió. En una milésima de segundo giró hacia la entrada de la cueva.

Flynn se contuvo, luego no tuvo más remedio y sintió el retroceso del calibre 44 y el estallido.

El cazador de cabelleras se tambaleó y rodó sobre un costado. Le

temblaba la mano que tenía sobre la pistolera… el brillo del metal ascendió con su mano… entonces se escuchó un segundo disparo, ensordecedor, en la cercanía, y el hombre cayó hacia atrás y ya no se movió más.

Los dos pasaron por encima de él y salieron, casi al mismo tiempo. Flynn sujetaba el brazo de la muchacha y apartó la manta, luego se adentraron en la oscuridad y corrieron hacia las rocas. Cuando llegaron a cubierto, los otros hombres salían de la tienda, furiosos al principio (la lona se sacudía, alguien pegó una patada a algo, ruido de cristales rotos, maldiciones), luego la luz se apagó y los hombres salieron. Ahora no hicieron ningún ruido. Eran conscientes de lo que tenían que hacer y se acercaron a la cueva lentamente, dispersándose en abanico, mientras Flynn y la chica se arrastraban hacia el desfiladero y se abrían paso por la estrecha penumbra.

Eran cuatro hombres (se le pasó por la mente a Flynn), y ahora solo tres, pero no tengas dudas de que vienen, ¡y vienen rápido!

Agarraba con fuerza el brazo de Nita y corrió con ella a través de la ondulante y húmeda extensión de hierba sabaneta, frenándose para correr a la velocidad de la chica.

Ahí estaba su caballo, donde lo había dejado. El pelaje le brillaba por la humedad y se encabritó nervioso por la llegada inesperada entre los árboles. Flynn montó, aupó a la joven, la sentó detrás de él y sintió sus brazos sujetándose mientras él espoleaba al caballo entre los árboles. Descendieron, siguiendo el camino de memoria, cruzaron un terreno llano al galope y luego volvieron a ascender hacia el bosque antes de parar para escuchar.

Al principio, solo oyó la respiración de Nita; luego, a lo lejos y muy débil, pudo escuchar los caballos.

Están cerca, pensó, y se enderezó para escuchar, ahora consciente de su propia respiración. Se lo han imaginado. Alguien de Soyopa, porque no han sido apaches. Así que están galopando a toda prisa en dirección a Soyopa. Si no adelantan a nadie, retrocederán y por la mañana se dispersarán y comenzarán a buscar.

El sonido de caballos al galope era más fuerte ahora. Habían llegado al terreno llano justo debajo de ellos. Todavía montados, inmóviles, con los brazos de Nita abrazándolo con fuerza,

escucharon pasar los caballos, llevándose el ruido con ellos a la lejanía otra vez. Los brazos de la chica se relajaron.

—Tendremos que esperar hasta que amanezca —dijo Flynn—. De noche podríamos tropezarnos con ellos.

Miró por encima del hombro y vio que ella asentía.

Desmontaron arriba en el bosque. Flynn encendió una fogata de llamas bajas, sin preocuparse de si los veían. Un recodo flanqueado por matorrales los protegía por tres costados. El fuego tal vez pudiera verse por el cuarto, pero tendrían que estar a menos de veinte pies para verlo, y si estuvieran tan cerca, con fuego o sin él, sabrían que estaban allí.

Se sentaron juntos frente a la hoguera de ramitas de mezquite, dejando que se secara la ropa que llevaban. La de Nita no estaba tan mojada, pero la de Flynn se le pegaba fría al cuerpo y tardó un rato para que el calor del fuego penetrara lo suficiente y lo sintiera sobre la piel…

Más tarde, se tumbaron juntos para dormir.

—Nita.

El rostro de la chica se volvió hacia el suyo; se encontraba a tan solo unas pulgadas.

—Te ofrezco mis condolencias por lo que ha pasado, aunque las palabras no sirvan de mucho —dijo en español, con delicadeza.

—No hay nada que se pueda decir —respondió la chica.

—Tu padre está bien.

—¿Me llevarás con él?

—Por supuesto. Cuando amanezca. Cuando podamos continuar sin temor a cruzarnos con ellos sin verlos.

Está tranquila, pensó Flynn. Incluso después de todo por lo que había pasado, poseía el suficiente control de sí misma y podía hablar sin que su voz la delatara. Es una mujer de México, acostumbrada a ver la muerte… pero esto no es más que una sarta de tonterías. No, no es costumbre. Es fe. Dios es Dios y Él permite que las cosas ocurran, y eso es lo único que hay que saber. Pero Él tiene sus motivos, y Sus razones para que algo ocurra podrían ser más importantes que las razones de un hombre por cuestionar lo que podría ser. Así es como probablemente lo vea ella y le haya ayudado a quitar parte del veneno. No todo, pero parte.

—He pensado en ti con frecuencia desde aquella vez en Soyopa

—dijo Flynn de pronto.

Nita había cerrado los ojos. Ahora los abrió.

—Te recuerdo bien. Al principio no, porque esperaba encontrar al otro, pero ahora sí.

—¿Te ha causado Lazair algún daño? —preguntó él, aunque con delicadeza.

—Con sus ojos —respondió la chica—. No abusó de mí porque quería que consintiera. Me tocaba, pero eso era todo.

—Lo siento —dijo Flynn en voz baja, casi avergonzado.

Y entonces, como si hubieran estado hablando de ello antes, la chica comenzó:

—Los disparos llegaron de repente desde arriba, desde ambos lados del camino y vi a mi tío Anastacio caer del caballo. Algunos más cayeron. Después llegaron los gritos y las mulas empezaron a ir más rápido, pero los carros chocaron porque la carretera se había estrechado, y cuando esto ocurrió los hombres bajaron por las laderas disparando sus armas. Uno de ellos me sacó del carro y me tiró al suelo, bajo el carro, me rompió el vestido y lo abrió y empezó a tocarme, pero el que se llama Lazair apareció de pronto y le ordenó que me dejara. Me llevó ladera arriba hasta su caballo y desde allí vimos lo que ocurrió después. —Hizo una pausa—: Arrancaron las cabelleras de los que habían matado y también las de algunos que aún no estaban muertos. Luego bajó la ladera, sujetándome delante de él en la silla, y ordenó a los hombres que soltaran las mulas y quemaran los carros. Pero después de que dos de ellos comenzaran a quemarlo todo, les dijo que no se preocuparan por el resto porque ya era hora de irse. Luego cuatro hombres cabalgaron por la zona arrastrando ramas para borrar las señales. Entonces vi que atrapaban a una de mis primas y se la llevaban. Ella se zafó del hombre que la llevaba y corrió hacia los carros que ardían, y el hombre le disparó mientras corría. Uno de los que habían usado las ramas desmontó y ya estaba sacando el cuchillo cuando Lazair giró el caballo y se alejó conmigo.

Nita no dijo nada más. Estaba echada de cara a él, pero tenía los ojos cerrados y sus delicados rasgos en penumbra ahora parecían relajados. Flynn la rodeó con el brazo con cuidado. Durante toda la noche estuvieron tumbados juntos y ninguno volvió a hablar.

Bajaron a través del bosque con las primeras luces, surcando la

niebla gris que colgaba de los árboles y que había dejado la noche tras de sí. Flynn llevaba el Springfield y manejaba el caballo. Nita iba montada, moviéndose y balanceándose lentamente al ritmo de los crujidos del cuero tensado y el fresco y crujiente sonido de los cascos sobre las hojas secas.

Luego cruzaron la arena que amortiguaba los cascos, a través del mezquite y la uña de gato que se enmarañaba a ambos lados de la quebrada, y había ocotillos que el día anterior habían sido simples tallos espinosos pero que ahora brillaban escarlatas con la lluvia. El cielo indicaba que iba a haber más lluvia y Flynn podía olerla en el aire sofocante.

El camino por la quebrada comenzó a ascender, gradualmente al principio, surcando entre las laderas barridas por el viento. A medida que avanzaban, la cuesta se estrechaba zigzagueando colina arriba. De nuevo en el bosque, en su silencio en penumbra, echaron la vista hacia atrás por donde habían venido. Abajo, a lo lejos, tres jinetes entraban en la quebrada.

Han encontrado las huellas, pensó Flynn. Y ahora saben que solo somos dos. Un hombre y una mujer. Probablemente no están muy preocupados y piensan que la cosa se ha puesto interesante. Se los imaginó intercambiando sonrisas.

Nita había estado observándolos y ahora miró a Flynn interrogándole con la mirada.

—No podemos correr —dijo él—, porque ellos pueden moverse más rápido y nos darían alcance. Lo único que podemos hacer es demostrarles que sabemos que están ahí e intentar que avancen más despacio —y añadió mentalmente: o hacer que no continúen.

Condujo a la chica a la frondosidad de los árboles y luego escaló por las rocas que sobresalían allí por la escarpada pendiente. Se tumbó boca abajo, deslizó el Springfield entre las rocas y miró por la mirilla.

Allí estaban, ahora más cerca, desaparecían entre pinos de Labrador y luego reaparecían. Flynn sacó del bolsillo dos cartuchos de latón y los colocó en tierra, donde estuvieran más a mano al abrir el cargador.

Quinientas yardas, pensó. Tómate tu tiempo, se acercarán. Su mirada se movía por delante de ellos, quebrada arriba, donde se estrechaba y comenzaba a trazar una curva. Tendrás que dispararles

antes de que lleguen allí. Ellos se verán obligados a ponerse a cubierto, pero podrían escabullirse y subir por detrás de los matorrales si fallas el primer tiro. Así que tendrás que disparar cuando se encuentren a trescientas yardas. Es una ventaja que sea colina abajo. Las fabrican con el cañón corto para disparar montado a caballo, pero para largo alcance valen tanto como escupir al aire.

Ahora los separaban cuatrocientas yardas. Iban en fila india y tomándose su tiempo.

Dispara al primero. Lo primero es lo primero. Que suban a ese punto abierto para que no puedan escapar y ponerse a cubierto. Pero no dispararás a todos. Lo sabes.

Observó cómo avanzaban con la cara pegada al cañón. El Springfield estaba amartillado. Con el dedo acariciaba el gatillo, sentía la firmeza del muelle. La mira frontal apuntó al primer jinete. Un poco más cerca ahora, pensó.

De acuerdo.

Tensó la mano del gatillo y movió el dedo. El sonido del disparo surcó el aire y resonó abajo en el cañón. El primer caballo cayó. El hombre estaba en tierra. Pero se levantó y echó a correr. El segundo jinete hizo un giro cerrado y se inclinó para ayudarle mientras el tercero huía. El primer hombre saltó al borrén y ya bajaban por la quebrada cuando Flynn volvió a disparar. El hombre cayó hacia atrás y rodó de los lomos del caballo.

Abrió el cargador, metió el tercer cartucho y disparó al tiempo que bajaba la cabeza. El segundo caballo se derrumbó. El jinete cayó, rodó y gateó en busca de refugio. El tercer jinete ya estaba fuera de su alcance.

Flynn volvió a mirar al hombre al que había disparado. Estaba tendido boca abajo. El otro gateaba hacia él. Se arrodilló a su lado y se quedó allí, y Flynn pensó: debe de estar vivo aún.

Metió otro cartucho. Bajó la cabeza y, tras apuntar con el cañón a la espalda del hombre, volvió a levantar la vista. Ya tiene suficientes problemas, pensó Flynn, y se retiró de las rocas.

Continuaron avanzando durante lo que quedaba de mañana, cabalgando en un solo caballo ahora, haciéndolo correr cuando llegaban a terreno llano; pero la mayor parte del tiempo su avance era lento, siguiendo el laberinto de cañones y quebradas en ascenso que surcaban los pies de las colinas y que se extendía en todas

direcciones. Aunque todos los caminos conducían al oeste, en dirección a Soyopa, mantuvieron a sus espaldas la mole gris que se cernía sobre ellos de Sierra Madre, la Montaña Madre que se alzaba al cielo encapotado y cuyas agujas grises de la cima se perdían en el cielo gris.

Ya era por la tarde, poco después del mediodía, cuando volvieron a detenerse después de descender hasta un desfiladero repleto de álamos temblones y un río que bajaba caudaloso tras la lluvia del día anterior.

Cuando hubo acabado de beber, Nita Esteban se sentó sobre la hierba de la orilla contemplando a Flynn mientras este abrevaba a los caballos.

—Podríamos llegar a Soyopa al anochecer —dijo él mirándola. Flynn habló en español. Ella se echó hacia atrás apoyándose en el brazo—. Estás cansada, ¿verdad?

—Saber que vamos a llegar a casa compensa este cansancio.

Nita sonrió y Flynn pensó mientras la miraba: ahora vuelve a ser la joven que conocí. Es la primera vez que ha sonreído. Antes era una mujer. En sus ojos se veía la mirada cansada de una mujer que ha visto que toda su vida se ha echado a perder. Pero ahora vuelve a ser una niña, porque puede albergar alguna esperanza: llegar a casa.

—Pero a partir de ahora tendremos que ser más cautos.

Ella lo miró sorprendida.

—Pero están muy lejos, atrás.

—Dos de ellos sí. Quizás los tres, pero no podemos estar seguros. El tercero sigue montado. Tal vez se quedó con sus compañeros. O podría estar siguiéndonos… o tal vez nos ha adelantado para cortarnos la huida —y añadió en tono más suave—: te lo cuento para que no bajes la guardia del todo.

Continuaron avanzando y esta conversación seguía en la mente de Flynn. Esperaba que la joven también estuviera pensando en ello; debía estar preparada. Flynn llevaba el Springfield apoyado sobre el regazo y con la mirada recorría pulgada a pulgada los matorrales en lo alto a ambos lados del desfiladero. Los laterales eran escarpados y en lo alto había pinos. Sin embargo, el estar preparados no rebajó la conmoción cuando llegó.

El disparo rompió el silencio, procedente de ninguna parte.

Rebotó en una roca por encima de sus cabezas, silbando en el aire. El segundo tiro impactó más abajo, pero ellos ya habían desmontado. Flynn empujaba a la chica y corrían agachados tirando del caballo. Dos tiros los siguieron hasta que llegaron a cubierto, y luego de nuevo el silencio.

¿Por qué no esperó?, pensó Flynn. Quizás esté nervioso. O tal vez era su mejor opción y la aprovechó. Si lo era, no podía estar a más de cien yardas. Se inclinó hacia Nita.

—Disparó desde la ladera de la izquierda, desde arriba.

Ella esperó a que él dijera algo más, con los ojos abiertos como platos y las pupilas intensamente negras dilatadas.

—Nos tiene… hasta que lo localicemos —dijo él entonces—. ¿Sabes cómo disparar esto? —dijo pasándole el Springfield.

—En una ocasión disparé, pero hace mucho tiempo.

Flynn la apuntó frente a ella y la amartilló.

—Lo único que tienes que hacer ahora es apretar el gatillo. Pero no dispares a menos que esté cerca… si es que se acerca. Mantenlo bajo; y si se abalanza sobre ti, espera hasta que haya andado desde aquí hasta allí —señaló justo detrás de las rocas—… entonces, dispara.

A continuación echó a correr, sorprendiendo a Nita. Arriba por las rocas, a través de los matorrales en terreno abierto, el sonido de sus pasos corriendo por el desfiladero, luego una bala que impactó levantando polvo detrás de él; tenía la cabeza levantada, esperando el disparo, y allí estaba, la voluta de humo de la pólvora casi transparente ya disolviéndose allá arriba. En cuestión de segundos se adentró en los matorrales y ascendió la ladera.

Ahora ya lo sabes, se dijo Flynn. Pero también él.

En la cima, buscó la protección de los pinos y dio un amplio rodeo hacia donde debía de estar el cazador de cabelleras. Se paró en tres ocasiones para escuchar, pero no captó ningún ruido. Continuó, aproximándose a las rocas. ¡Ahí estaba su caballo! Entonces, debía de estar cerca, justo delante, pensó, mirando hacia allá y de espaldas al desfiladero. Se acercó con cautela, apuntando con la pistola. Allí…

Tres colillas. Marcas de botas en la arena. Pero se había ido…

Flynn ya estaba sobre las rocas, bajó a gatas por la ladera de matorrales y se deslizó por la gravilla que se desmoronaba bajo sus

botas; a los pies de la colina, se agachó, vaciló y luego se dirigió de vuelta adonde estaba Nita, rápido y manteniéndose a cubierto. Y vio al hombre cuando ya estaba a medio camino.

El cazador de cabelleras se movía agachado, medio a gatas, por el desfiladero. Entonces se enderezó, levantó un Winchester y caminó lentamente hacia las rocas donde Nita estaba escondida.

Flynn levantó la pistola y apuntó, a doscientos pies al menos, demasiado lejos… Entonces, por encima del hombro del cazador de cabelleras pudo ver algo más, un movimiento. Era Nita. Pudo ver su cabeza, y ahora los hombros, y de repente el hombre corrió hacia ella. Estaba casi junto a las rocas, casi junto a Nita, y de repente se paró en seco y se quedó quieto cuando se oyó un débil disparo que se desvaneció hasta morir. Entonces cayó y rodó hasta quedar boca arriba.

Nita todavía sostenía el Springfield y miraba al hombre al que había disparado.

—Ya ha acabado —dijo Flynn con delicadeza mientras le quitaba el fusil de las manos. Miró al cazador de cabelleras y lo reconoció como el hombre al cual Lazair había llamado Sid. El de barba roja que se había quedado con su pistola. Sid le devolvió la mirada con los ojos en blanco y la mandíbula colgando con una mueca de sorpresa, aunque había muerto en el mismo instante en que la bala le impactó en el pecho.

No se detuvieron para acampar al anochecer, sino que continuaron la marcha, y avanzaron más rápido ahora que ambos iban a caballo. Sin embargo, no fue hasta medianoche cuando pasaron junto al cementerio y llegaron envueltos en profundas sombras a Santo Tomás.

Una sombra mucho más pequeña se deslizó por los escalones de la iglesia cuando llegaron a la plaza. Una mujer. La Mosca alzó el rostro y los miró desde la negrura del chal con el que se cubría la cabeza.

—Caramba, ha ocurrido como dije. Habéis regresado. Y ahora comienza *El Día de los Muertos*…

CAPÍTULO 14

El mescal, como el tequila, es jugo de agave. Tan incoloro como el agua, a menos que se le echen cáscaras de naranja o trozos de pollo crudo cuando está reposando. Cuando vean mescal de un color amarillo oscuro, ya sabrán por qué: pollo o cáscaras de naranja.

¿Quién le había contado eso? Una voz tensa, ronca y autoritaria, que intentaba hacerse oír en una diligencia por encima del sonido de los ejes que no habían sido engrasados tras cuarenta millas de caliche… viniendo de algún lugar.

El teniente Regis Duane Bowers se sirvió otra copa.

Le sentaba bien la bebida porque tenía buen estómago. Pero habría intentado beber tanto aunque no hubiera tenido estómago, porque formaba parte de ser un soldado de caballería. Se puede distinguir al soldado de caballería por la manera de andar y la forma en la que lleva el kepi, y por la cantidad de whisky que puede beber sin perder las formas. Todas estas cosas son tan características de la caballería como un sable.

Ahora estaba sentado. No llevaba ni el kepi ni el sable. Y estaba bebiendo mescal. Da igual. Es algo que uno lleva dentro. Esas cosas ayudan: un kepi ladeado y un sable, pero solo son insignias; eres un soldado de caballería porque piensas como uno de ellos y sientes como uno de ellos, y entonces sabes que eres uno de ellos. Eso es todo. Simplemente, una de esas cosas que uno sabe… y no dejes que nadie te diga lo contrario.

Una de las chicas mexicanas le miraba, una sonrisa suavizó su boca cuando él la miró. Estaba sentada a la mesa con los cuatro americanos.

Bowers bajó la mirada y sorbió el dulce licor. Tenía muchas cosas en las que pensar. Aunque Flynn hace que todo suene sencillo. Mira las cosas desde la perspectiva adecuada, una cosa tras otra, y no se preocupa por algo que se supone que ocurrirá la próxima

semana porque no hay ninguna seguridad de que vaya a haber próxima semana. Es una buena forma de ver la vida, pero lleva trabajo. Decir, bueno, estamos aquí; lo mejor será que hagamos el trabajo. Esa es la forma sencilla de ver las cosas. No, no lo es. Es la forma difícil… cuando nada te ata aquí. Si lo que dice es verdad, es natural que desee volver junto a Deneen para decirle que se vaya al infierno y que la próxima vez tenga algo de autoridad. Para quedarse de todas formas hace falta humildad, ¿no es así? Hace falta algo. Algo que no se aprende en el libro de *Tácticas de Caballería*. Pero eso sería así asumiendo que Deneen no posee ninguna autoridad, y tú no asumes nada.

Flynn puede estar a punto de convencerte de que está en lo cierto incluso antes de hablar. Es su actitud. La forma en la que se enfrenta a las cosas. No se pone nervioso. Parece total y perfectamente honesto consigo mismo, por eso uno cree todo lo que dice. Después de estar con él tan solo unos días, parte de él se ha abierto. La sensación de que lo conoces desde hace mucho tiempo. Es relajante. Quizás tiene razón cuando dice que Deneen se está extralimitando…

No te emociones. Quizás sea así, o quizás no. Recuerda, estás hablando de un coronel con quince años de servicio y una guerra a sus espaldas. Por lo general, no cometen errores como esos. Hay algo entre él y Flynn, algo personal, de manera que Flynn está sistemáticamente en su contra. Pero me alegro de que Flynn esté aquí. Habla en voz baja y a veces puede parecer perezoso y que no le importa nada, pero no me gustaría tener que luchar contra él.

Quería ser buen amigo de Dave Flynn y con frecuencia, desde que partieron de Contention, se preguntó si Flynn alguna vez pensaba en la primera vez que se vieron en el puesto de caballería antes de que entrara Deneen. Él se había mostrado distante, quizás un tanto snob a los ojos de Flynn. Esto le preocupaba, porque no había tenido intención de parecer un snob. Solo había querido mostrarles que no era un niño, que sabía de qué iba todo. Quería el respeto de Flynn… aunque no estuviera seguro de lo acertado que pudiera estar Flynn sobre la autoridad de Deneen.

Advirtió que la chica mexicana se levantaba; la que le había estado mirando. El hombre que estaba a su lado dijo algo y le puso la mano en el brazo, pero ella se zafó y un segundo más tarde

caminaba en dirección a Bowers.

—¿Podría sentarme con usted?

Bowers se levantó a medias, un tanto avergonzado, y mirando hacia la otra mesa. Entonces pensó: al infierno con ellos. Ella puede ir donde le apetezca. No les pertenece.

—Encantado.

Ella sonrió.

—Habla nuestro idioma bastante bien.

—Solo ha sido una palabra.

—Y ahora ha dicho cinco, igualmente bien.

Bowers sonrió.

—Durante este último año he intentado entender algo de lo que se habla, pero todavía me resulta difícil hablarlo. No conozco la mayoría de las palabras.

—Necesita a alguien que le acompañe, que le traduzca. —Le miró de reojo por debajo de unas oscuras pestañas y sonrió.

—Jamás aprendería el idioma de esa manera.

—Quizás aprendería otras cosas.

Entonces sintió que ellos le miraban.

—¿Y su amigo?

Ella echó una mirada fría por encima del hombro.

—No es mi amigo; ninguno de esos de ahí. Solo me entretengo con ellos.

Desvió rápidamente la mirada cuando uno de los hombres se levantó y se dirigió a su mesa.

Era Lew Embree. Se chocó con la mesa contigua, tambaleándose. Una barba de dos días le oscurecía el rostro; el mescal se adivinaba en sus ojos vidriosos y acuosos, y en la forma en la que tenía abierta la boca, pegajosa por las comisuras y el labio laxo en la mandíbula barbuda.

La chica se negó a mirarle.

—Cielo, no he venido a verte a ti, sino a tu amigo. Cuando venga a por ti, lo sabrás.

Después dirigió sus ojos adormilados a Bowers.

—Me pregunto si sabes que tu amigo Frank ha estado aquí.

Bowers vaciló.

—¿Qué Frank?

—Frank Rellis.

—No conozco a nadie con ese nombre.

Pero entonces lo recordó. Al decirlo recordó la imagen de los dos jinetes a través de los binoculares, y al de la izquierda con el Winchester; y luego lo hiló con lo que Flynn le había dicho antes. Frank Rellis. El hombre que disparó a Joe Madora. Y luego recordó a Lazair mencionándolo.

—Frank nos dijo que te conocía a ti y a tu socio. De Contention, según recuerdo.

—No he visto nunca a Frank Rellis.

La chica fingió sentir escalofríos y sacudió la cabeza.

—¡Menudo tipo!

—Bueno, él dice que os conoció a ti y a tu socio.

—Debe de haberse equivocado.

—Frank no habla mucho, pero cuando lo hace siempre es algo de lo que está seguro porque ha dispuesto de todo ese tiempo en silencio para pensárselo.

—Si no se equivoca, entonces debes de haberle malinterpretado.

—Le oí decirlo tan claramente como tu cara, le dijo a Curt que os conocía.

Bowers no dijo nada y miró su copa.

—Ahora está fuera comiendo. Regresará pronto; ¿por qué no esperas para verle?

—Si sigo aquí cuando llegue, entonces probablemente le vea.

—Dijo que fue en Contention…

—Mira, ¡nunca he visto al tal Frank Rellis! —Miró al hombre fijamente preguntándose si estaba realmente borracho, a pesar de que eso es lo que revelaba su rostro. La chica de repente miraba por encima de él, y en ese momento se escuchó la puerta y el tintineo de unas pesadas espuelas mexicanas. El sargento Santana se apoyó en la barra.

Lew Embree le miró un largo rato y luego miró a la chica.

—Vamos, cielo.

—Me gusta donde estoy.

—Pórtate bien.

—¡Vete a freír espárragos!

—Cielo, Warren está ahí atrás en la mesa llorando desconsolado por ti.

La chica no dijo nada.

Sacudiendo la cabeza, Lew Embree miró a Bowers.

—Qué arrogantes se ponen estas putitas chismosas. Ella sospecha que tú tienes más dinero que Warren, lo cual podría ser el caso.

Estaba de pie junto a la silla de ella. Movió la mano primero al respaldo de mimbre de la silla y luego distraídamente al cuello de la chica y, de repente, sujetando con los dedos el algodón blanco, dio un tirón hacia abajo y rompió la blusa por la espalda. La joven se levantó, gritando y sujetando la parte delantera de la blusa contra sus pechos y luego salió hacia la parte trasera de la cantina, más allá de la mesa donde estaban Warren y los otros, intentando esquivar un brazo que se alargó hacia ella y logró arrancarle un jirón de tela. La desequilibró y tiró de la parte delantera de la blusa y ahora ella no hizo ningún esfuerzo por cubrirse, se quedó allí de pie, maldiciendo a Embree con todas las palabrotas que sabía antes de salir corriendo y llorando por la puerta trasera.

Warren llamó a Lew.

—¡Parece que tiene prisa!

Todavía sonriendo, Lew Embree miró a Santana y luego a Bowers; después les dio la espalda con indiferencia y se alejó hacia la otra mesa.

—Para una chica tan suelta como ella —decía Lew—, se comporta como una remilgada.

Bowers miró a Embree hasta que llegó a la otra mesa, luego miró a Santana.

—¿Quiere sentarse aquí?

El sargento rural se echó hacia atrás el sombrero de paja de Chihuahua, y negó con la cabeza levemente.

—Estaré aquí solo un momento.

Bowers se levantó y se acercó a la barra con la botella de mescal.

—Permítame que le invite a una copa —dijo—. Me preguntaba cómo se llama ese hombre.

Santana aceptó la botella que Bowers le ofrecía y se sirvió una copa hasta arriba.

—Nunca he oído su nombre.

—No se ha portado muy bien con la chica, ¿no?

—Ella ya se ha quitado la ropa en su presencia antes.

—Tengo la sensación de que lo hizo para impresionarme —dijo Bowers mirando al rural.

Santana se encogió de hombros y bebió. Se limpió los labios y dijo:

—No pierden ocasión de demostrar que pagan bien a estas mujeres. Pero importa bien poco, porque las mujeres «son» compradas; difícilmente se puede decir que se hayan ganado su afecto.

—Pero no me parece a mí que sea una cuestión de principios —dijo Bowers despreocupadamente—. No sé si podría dejar que estos hombres llegaran y se quedaran con todas las mujeres. Si dependiera de mí.

Santana miraba a los que estaban en la mesa.

—Esto no durará para siempre.

—Creo que usted tiene suficientes hombres para no tener que aguantar tanto desmán. Esos son los hombres de Lazair, ¿verdad?

Santana asintió.

—Entonces usted debe de tener tres hombres por cada uno de ellos.

—Nos han ordenado que los tratemos con cortesía.

Bowers esbozó una media sonrisa.

—¿Y dónde se pone el límite? Si un invitado en su casa intenta seducir a su mujer, ¿le impediría la cortesía darle su merecido?

—Hay una diferencia.

—Usted vive en Soyopa. Las mujeres son suyas, de su tierra. Luego, vienen estos hombres y toman cualquier cosa que desean y se sienten a sus anchas. ¿Fue su teniente el que les ordenó esto de la cortesía?

Santana asintió.

—El mismo.

—Él no ha estado en el campamento de Lazair, ¿verdad?

—No.

—He oído que tienen a algunas mujeres allí. No como las que trabajan aquí, sino buenas chicas, de otro *pueblo*. Alaejos, o algún otro parecido. Lo que les hacían a ellas, lo he oído llamar de muchas maneras… pero cortesía no era una de ellas.

—¿Dónde ha oído esto?

—De uno de los hombres del pueblo. Ahora no estoy seguro,

podría ser hace algún tiempo y ahora ya no estén.

Santana sorbió el mescal; estaba pensando y era algo casi físico, tensando su rostro moreno. Tenía los ojos pequeños y casi ni se veían mientras entrecerraba los ojos e intentaba aclararse la mente.

—Cuando lo oí —dijo Bowers—, no pude evitar enfadarme conmigo mismo, pero un solo hombre no puede hacer mucho contra todos ellos.

—¿Y su compañero?

—Eso sería solo dos.

—No, me refiero a dónde está.

Bowers se encogió de hombros.

—Probablemente en la casa del *alcalde* o visitando a otros. Tampoco él puede entender esta inmunidad que parecen disfrutar esos hombres.

—El teniente Duro…

—Sí, el teniente Duro… que está obligado a tratar con ellos solo cuando les paga las recompensas por las cabelleras. El resto del tiempo, él está solo en su cómoda casa sin mucho que hacer…

—No siempre está solo.

—Pero mientras tanto usted hace su trabajo. Eso es lo que he oído —dijo Bowers.

—¿Qué?

—Todo el mundo lo dice. Usted es un hombre modesto. Se dice que Duro no lograría hacer nada si no fuera por el sargento Santana.

—¿Eso dicen?

—Es demasiado modesto; usted lo sabe mejor que yo. ¿Cuántas veces sale de la casa y se pone al sol?

—Pocas veces.

—Quizás por placer, pero nunca por trabajo, ¿verdad?

Santana asintió, pensativo.

—Me parece un desperdicio. Sin embargo, él es el que insiste en que sean corteses con los hombres de Lazair. ¿Les ha dirigido en alguna campaña contra los apaches?

—¿Quién? ¿Ese? Ese hijo de la gran puta antes se amputaría un brazo.

—Se puede sentir poco respeto por un hombre como ese —dijo Bowers con tono comprensivo.

—Ninguno. La mera visión de él ya es un incordio.

Bowers no dijo nada y lo miró.

—En el ejército es frecuente encontrar hombres como él. Lo sé porque he servido muchos años. De joven, estuve presente en la batalla del Cinco de Mayo, donde en Puebla, bajo las órdenes de Zaragoza y este mismo Díaz que tenemos ahora, derrotamos al ejército francés.

—De eso hace mucho tiempo.

—Quince años —respondió Santana—. Pero lo recuerdo como si fuera ayer.

—¿Y lleva sirviendo todo este tiempo?

—La mayor parte.

—No sabía que fuera veterano de un servicio tan largo.

—Pero esto no es el ejército —dijo Santana.

—¿Es más una fuerza policial?

—Más bien una asociación de bandidos. Escuche… casi todos mis hombres han vivido durante toda su vida fuera de la ley. De estos encuentras en todos los ejércitos, pero no en tal proporción como aquí. Para organizar esto, Díaz ha tenido que abrir todas las cárceles.

—Entonces debe de haber un problema para que obedezcan las órdenes.

—Escuche —Santana miró a Bowers fijamente—. No hay ningún problema. Todos estos que han sido concebidos en establos y se han curtido en prisiones… no hay ni uno solo de ellos que yo no pueda manejar. Si no fuera por el mequetrefe del teniente, se conseguiría mucho más aquí. El teniente Duro en ocasiones se cree muy hombre, pero es solo su rango lo que le dice que lo es. Por dentro solo hay gusanos vivos.

Bowers sacudió la cabeza.

—Es una pena. Aquí está usted, un militar con años de experiencia y con unas tropas que podría convertir en un excelente cuerpo de combate… Y le toca apechugar con un oficial que no tiene ningún aprecio al servicio. Me aventuraría a decir que podría haber atacado con sus hombres al tal Soldado Viejo hace bastante tiempo si no fuera por Duro.

—No lo dude, aunque no están entrenados correctamente para luchar contra los indios; es decir, como fuerza de combate, que es la

única manera de poder derrotarlos.

—Llevarlos a las colinas tras Soldado no sería una buena idea entonces.

—No. No nos han asignado rastreadores. ¿Cómo podríamos encontrarlos? Y si lo hiciéramos, ¿cómo los atacaríamos? Disparos, volutas de humo de pólvora allá arriba, pero cuando subes allí, nada. Luego te toca bajar a tus muertos. Siempre es así con los apaches.

—Pero ¿y si los sorprendieran en terreno abierto? —sugirió Bowers. Y arrimó la botella de mescal a Santana al ver que el sargento se encendía un puro, inhalaba profundamente y se apresuraba a encenderlo.

—Caramba, si los sorprendiéramos en terreno abierto… Escuche, cuando llegue ese día, los destrozaremos; barreremos sus filas y podrá ver una forma de cabalgar que no pensaba que fuera posible. Hay muchos *vaqueros* entre nosotros; mis hombres los barrerían, disparando, atacando como mil hormigas para luego echarles el lazo y arrastrarlos tras los caballos. Entonces, en lugar de cabelleras, nos llevaríamos las cabezas enteras y las clavaríamos en palos y colocaríamos cada palo a cierta distancia unos de otros a lo largo del camino hasta Hermosillo.

—Si los atraparan en terreno abierto.

—Sí —Santana bajó la voz, y esta última palabra fue parte de un suspiro. Luego dijo, de nuevo animado—: Escuche, mañana cuando amanezca voy a llevar a una patrulla al *pueblo* de Alaejos. Es una buena dirección para encontrar apaches. Venga con nosotros. Luego, si vemos apaches a los pies de las colinas, le mostraré algo, amigo, para que pueda contarlo de regreso a su casa.

—¿Cuánto tiempo tardaríamos?

—Regresaríamos al día siguiente… a tiempo para la *fiesta. El Día de los Muertos*…

Santana se tomó una copa más, repitiendo que solo tenía un momento, y luego dejó la cantina de mescal.

Red Bowers exhaló lentamente un largo suspiro. Flynn tenía razón, pensó Bowers. Santana se excita con facilidad y odia a los hombres de Lazair. Esto podría estar bien. Podría servir si se emplea de forma adecuada. Simplemente tómatelo con calma. Esto podría ser como la guerra desde la silla de montar de un general… mover

tropas, pero solo oyendo el fuego enemigo en la distancia. Aquí tienes algo de práctica. Y luego está Duro… algo de lo que hablarle.

Pagó al patrón y se dirigió a la puerta.

—Chico… ¡tienes que esperar a Frank!

Bowers echó la vista atrás hacia la mesa donde estaban sentados Embree y el resto. Vaciló y luego salió sin molestarse en responder.

Cruzó la plaza hacia la casa de Duro tirando del caballo; los cascos resonaban tras una fina sombra con unas patas el doble de largas de lo que deberían ser. La plaza seguía vacía; los dos rurales que habían estado frente a la casa de Duro habían desaparecido.

Subió las escaleras pesadamente y despacio. Si interrumpía algo, Duro lo oiría y tendría tiempo para despejar lo que fuera, o a quien fuera. Era lo más caballeroso. Pero cuando llegó al balcón no escuchó ningún ruido en el interior. Pronunció el nombre del teniente a través de la puerta entreabierta. Esperó y, al no obtener respuesta, la empujó a continuación. Volvió a llamarlo y se dirigió a la puerta del dormitorio…

Duro estaba en la cama, tirado boca arriba. Una mosca zumbaba cerca de la cara, cerca de la boca abierta. La botella de mescal estaba en el suelo, pero Duro todavía sujetaba el vaso que tenía en la mano cuando perdió el conocimiento.

—Oficial y caballero —dijo Bowers en voz alta. Y se marchó.

Lazair volvió a contar las cabelleras cuando regresaron al campamento. Sabía que eran ocho, pero no estaba de más recontarlas.

Su corazonada había valido la pena. Con la lluvia, los cauces se habían llenado. Había apostado a sus hombres en tres lugares cercanos al agua en caso de que la gente de Soldado se acercara a alguno de ellos. Y así fue.

La segunda tarde llegaron… siete mujeres y dos ancianos para protegerlas. Y ahora tenían ocho cabelleras. Una mujer logró escapar. Era casi de noche, pero era mejor regresar al campamento que esperar a que llegara una partida de guerra bramando y con sed de venganza. Siempre se podía atrapar a unos cuantos si se encontraban los puntos de agua correctos, esa era la forma de hacerlo; pero, Dios mío, ¡no intentes atacar a todos juntos!

Envió a un hombre a que reuniera a los que había apostado en las otras dos posiciones y los otros se mantuvieron en retaguardia

para borrar las huellas lo mejor que pudieron mientras anochecía rápidamente. Bueno, esos dos días habían valido la pena. Ahora descansaría y quizás tendría una conversación con Nita, y llevaría las cabelleras por la mañana. Un buen día para ir al pueblo… se suponía que se iba a celebrar alguna clase de *fiesta*.

CAPÍTULO 15

Todos tememos a la muerte, pensó Lamas Duro, pero solo lo reconocemos a nosotros mismos. Estaba de pie en el balcón de su cuartel, observando el reguero de aldeanos que pasaban intermitentemente desde las calles aledañas y cruzaban la plaza en dirección al cementerio.

En compañía podemos ser valientes. Proclamamos este festival, *El Día de los Muertos*, para celebrar junto a las lápidas y hacerle burlas a la muerte y decirle que no la tememos… pero estas son solo señales externas. Con algunas personas hace falta una botella entera de mescal antes de que puedan sentirse a gusto en su presencia. Y con otros, incluso más. Y pensó: Como tú mismo… te hace falta una botella al día. ¿Lo sabías? Para ti todos los días son *El Día de los Muertos*.

Mirando al otro lado de la plaza, vio que pasaba un grupo por la sombra de media mañana de la iglesia. Avanzaban por la pared oeste, con su vino y mescal caseros, y bocadillos… pequeñas barras de pan horneadas con las formas de las cabezas de la muerte para la ocasión.

Toma un bocado de la muerte junto a la tumba de tu padre.

La muerte y el demonio son lo mismo. Muéstrale que no tienes miedo y permanecerá en el infierno, donde le corresponde. Pero toma otra copa antes de que se agote y allá que viene saltando.

Lamas Duro sonrió. Los hijos de la puta ignorante Superstición. Pero pensó: Ahora no crees en nada; sin embargo, te comportas de esta manera todos los días. ¿Qué significa?

Miró hacia la plaza, a la sombra del obelisco, que era la única cosa de la plaza que jamás cambiaba, y hacía las vistas aún más monótonas, porque el cambio en sí mismo era algo aburrido y lento en lo que no valía la pena pensar.

Significa que estás asqueado de la vida… pero temes la muerte, así que te posicionas en medio, y eso es el mescal. No empezaste así. Incluso hace tan solo un año no había miedo, pero eso fue antes de Díaz… y sus rurales… sus bandidos, que es lo que son.

Se le ocurrió de repente, y no sabía por qué… aunque debió de ser al imaginarse a sí mismo tal como había sido antes, eso fue lo que se le pasó por la mente, a diferencia de otras veces, porque ahora era consciente de que se veía tal como había sido y, al mismo tiempo, como era ahora… y supo entonces que se marcharía.

Y el plan de lo que haría encajó rápidamente… Recordó el dinero de recompensas en su posesión, que Lazair estaba lejos del *pueblo* y que Santana debía de haber regresado esa mañana después de una patrulla, pero que estaría cansado y probablemente se encontraría en la cantina de mescal o en el campamento… y además toda la población de Soyopa estaba celebrando *El Día de los Muertos*… ¡Nadie, nadie advertiría que un jinete solitario abandonaba Soyopa!

Cabalgaría hacia el norte… cruzaría la frontera. Eso es. Tendría que acostumbrarse a vivir entre americanos, pero al menos el dinero de las recompensas haría que acostumbrarse a ellos no le resultara tan insoportable. Y ahora le parecía tan sencillo, tan elemental que se preguntó por qué no se le había ocurrido antes. Respiró profundamente y sintió que la camisa se le pegaba al pecho, luego se alejó de la barandilla del balcón y entró en la oficina.

Una botella de mescal medio llena que había abierto esa misma mañana estaba sobre el escritorio. La cogió por el cuello y sonreía cuando movió el brazo en un amplio arco y la lanzó. La botella se estrelló contra la pared más alejada… se hizo añicos, las esquirlas de cristal volaron y el líquido comenzó a chorrear por la pared hasta el suelo.

Tras entrar en la plaza, Bowers miró a Santana.

—¿Qué ha sido eso?

Santana sonrió bajo el polvo surcado por el sudor en su rostro.

—Es día de fiesta. Se abren muchas botellas y algunas caen al suelo.

Estaban pasando frente a la casa de Duro, a menos de cien pies, y moviendo la cabeza hacia ella, Bowers dijo:

—Sonó como si viniera de allí.

—El teniente Duro jamás ha tirado una botella en toda su vida —respondió Santana.

Pararon delante de *Las Quince Letras*, Bowers y Santana, y unos cuantos rurales se les unieron ahora. La mayoría de los rurales había salido de la plaza por la calle que conducía a su campamento.

Bowers se bajó de la silla con las piernas entumecidas. Tenía la sensación de que había pasado un largo día desde el amanecer; cabalgar sin parar durante horas sin que ocurriera nada se le hacía interminable. No encontraron apaches, ni tan siquiera una pisada de poni en todo el día de ayer o durante esa mañana. Pero el pensamiento que había rondado por la mente de Bowers durante toda la patrulla es que probablemente fuera mejor así. Santana no habría estado preparado para enfrentarse a apaches si hubieran aparecido. Permitió que la patrulla se dispersara demasiado. Se escuchaban más que palabras entre las filas… risas fuertes, incluso algunos bebían. A Bowers le parecía que era como si su propósito fuera cabalgar por el campo para ahuyentar a las presas por delante de la partida de caza. Santana no envió hombres a los flancos. Mantuvo a dos jinetes por delante, pero cada vez que la patrulla de veinte hombres les daba alcance, estos se encontraban desmontados, echados a la sombra, si había sombra, o con los *sombreros* echados sobre las caras. Cuando llegaron a Alaejos, faltaban dos hombres.

Los dos llegaron rezagados una hora más tarde y Santana no les dijo nada. En más de una docena de lugares a lo largo del camino, tres apaches podrían haber aniquilado a la mitad de la patrulla. Bowers se guardó para sí sus pensamientos. Cuando llegaron a Alaejos, esa tarde, ya era consciente de que no se trataba de falta de disciplina; Santana no sabía lo que hacía… a pesar de todos sus años en el ejército. Se piensa que es un soldado, pensó Bowers, pero ni tan siquiera está cerca de serlo.

Cuando partieron de Alaejos, un hombre vestido con la ropa blanca de los peones los acompañaba. Cabalgaba entre dos rurales y llevaba las manos atadas al cuerno de la silla. Era un hombre de mediana edad con ojos cansados que miraba al vacío. Santana dijo que era un jefe indio y que una de las misiones de la patrulla era llevarlo de regreso a Soyopa para que fuera juzgado por Duro.

—¿Qué robó? No lo sé. ¿Qué más da? Tengo el nombre y este es

el hombre que responde a él.

A unas millas de Alaejos, Bowers observó que Santana asentía a uno de los hombres junto al peón. El rural se quedó atrás medio cuerpo y de repente dio una palmada a la montura del peón en la grupa. Santana esperó deliberadamente. Nadie se había movido. Bowers miró a Santana con una sorpresa que se tornó en conmoción cuando Santana le sonrió, esperando; luego con la sonrisa en el tono de su voz, gritó a sus hombres que lo detuvieran.

Una docena de rurales dispararon y, cuando el hombre yacía en tierra inmóvil, algunos de ellos seguían disparando.

—¿Por qué siempre intentan escapar? —dijo Santana, y luego se encogió de hombros—. *Ley de fuga*. Te ahorra el coste de un juicio.

Acamparon un poco más tarde y continuaron camino a Soyopa al amanecer.

Ya era media mañana cuando entraron en *Las Quince Letras*.

—¿Mescal? —preguntó Santana y, cuando Bowers asintió, dijo —: Esta vez pago yo.

Bowers esperó a que Santana pagara la botella. A estas alturas estaba más que cansado de Santana, tras pasar todo un día y medio en su compañía, pero si quería invitarle a una copa, bien estaba. Más tarde iría a casa de Hilario y esperaría a Flynn. Hoy se suponía que era el día.

Se sorprendió al ver a tanta gente en la cantina y recordó que era un día festivo. Se escuchaba un murmullo de palabras salpicado con risas y choques de vasos y botellas. Y, al recorrer la estancia, su mirada se detuvo en la mesa donde estaban sentados los cuatro americanos. La misma mesa que antes. Uno de ellos era el hombre que le había arrancado el vestido a la chica. Dios, debe vivir aquí. Y con los mismos tres amigos. No, uno de ellos no estaba aquí el otro día. Apartó la mirada y la dirigió a la barra; Santana se acercaba a él con una botella y unos vasos. Había una mesa vacía delante de ellos y se sentaron allí.

—Bastante gente —dijo Bowers— para no ser ni las doce.

Santana sonrió.

—Se están preparando para las tumbas.

—¿Es parte del festival?

—La parte principal. *El Día de los Muertos* dura estos tres días. El primer día, hoy, visitan las tumbas de los antepasados. Los lloran,

brindan por ellos y finalmente comen en su honor antes de que acabe el día. Para el tercer día, la muerte se convence de que no le tenemos miedo.

Ahora no hablaron. Como si no hubiera nada más en común entre ellos de lo que no hubieran hablado ya. Bowers, por cortesía, pensaba en algo de lo que hablar, pero todo lo que se le ocurría no valía la pena mencionarlo. Estaba el mescal para beber y muchas caras alrededor y movimientos en la estancia que atraían su atención, así que hablar no era necesario. Bowers se acomodó en la silla de rejilla y sorbió el licor dulce, pensando de vez en cuando en el peón. «¿Por qué siempre tratan de escapar?», había dicho Santana, sonriendo. Bowers pensó: si iban a ahorcar al hombre de todas formas, ¿qué importa? Pero sí importaba. No parecía lo correcto. Había dos hombres y una chica riendo en la mesa de al lado y la chica dijo algo mientras se reía, una frase que repitió tres o cuatro veces. Las palabras casi poseían un sonido musical y Bowers repitió la frase mentalmente intentando traducirla. Es una frase hecha que no puedes traducir palabra por palabra. Tienes que concentrarte, aprender frases hechas; si las entiendes, entonces entiendes la lengua. No hay ningún motivo para que pienses que a ese peón se le trató injustamente. Era un jefe. Habría sido juzgado y ahorcado. Esta justicia es un poco más dura, pero se ahorran pasos al administrarla. Oyó la voz de la chica de la mesa de al lado otra vez. Miró hacia allí, pero las piernas, la barriga y el pecho de un hombre le tapaban la vista. A dos o tres pies de distancia, de pie… Ahora Bowers levantó la mirada hacia él y reconoció al hombre nuevo que estaba en la mesa de los americanos, y en ese mismo instante supo quién era… aunque la primera y única vez que lo había visto fue a través de unos binoculares enfocados en su espalda cuando salía de las sombras del cañón.

—¿Dónde está tu socio? —preguntó Frank Rellis.

Bowers se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabes?

Bowers vaciló.

—Esa es una pregunta extraña.

—No veo a nadie extrañado por aquí.

Bowers se enderezó en el asiento lentamente.

—Ya te he dicho que no sé dónde está. No veo cómo puedo ayudarte.

Rellis estaba sujetando un vaso en la mano izquierda. Lo levantó y apuró lo que quedaba, luego se acercó a la barra y lo dejó con fuerza sobre la superficie brillante. Mientras lo hacía, miraba por el rabillo del ojo a Bowers, y luego se dio la vuelta, apoyando los codos en la barra a sus espaldas. Lo miró durante un buen rato, en esa misma posición, inmóvil pero relajado, y luego comenzó a liarse un cigarrillo. Detrás de él, el camarero le llenó el vaso con mescal. Rellis no llevaba sombrero, el cabello le caía por la frente y necesitaba un afeitado. Era evidente que había estado bebiendo la mayor parte de la mañana; se le notaba en los ojos, aunque no en la voz. Iba armado; una pistola colgaba baja sobre la cadera derecha.

—No deberías haberlo perdido de vista. Probablemente ya esté corriendo a casa.

Bowers había apartado la mirada. Y ahora volvió a mirar a Frank Rellis.

—Eso no me preocupa.

—¿Y qué te preocupa?

—Nada.

—¿Sabe tu socio que estoy aquí?

Bowers se encogió de hombros.

—Ni siquiera sé tu nombre.

—Frank Rellis.

Bowers esperó.

—No me dice nada.

—¿Nunca te ha mencionado mi nombre?

—¿Por qué iba a mencionármelo?

—Eres un maldito mentiroso si dices que no te lo ha mencionado.

A Rellis se le había metido entre ceja y ceja que Flynn estaba en Soyopa porque le había seguido a él después de lo ocurrido en Contention, tras averiguar de alguna forma que se había unido a Lazair. Dos hombres llegan para localizar a Soldado y a su banda, eso no tiene sentido. Debía de ser una tapadera. Lazair debía de tener el cerebro de un mulo si se lo creía. Rellis se volvió apoyado en la barra y bebió un trago de mescal.

Estaba pensando que no podía haber salido mejor: el novato

aquí solo… el rural no cuenta… sí, eso también estaría bien. Le enseñaría una lección que no olvidaría.

Bowers podía verlo. El tono de la voz de Rellis y la mano derecha que colgaba suelta. Estaba enfadado, observando a Rellis, viendo lo que estaba haciendo, pero sabía que eso era exactamente lo que Rellis quería. Que saltara, que desenfundara por un insulto… y sin posibilidades de ganar… así que permaneció inmóvil para dejar que la ira se diluyera. Notaba la pistola entre el muslo y el respaldo de la silla y tenía la solapa de la pistolera abierta. Y cuidado con chocarte con el borde de la mesa al levantar la pistola. Rellis ya ha hecho esto antes, pero tú no. Todas estas objeciones le calmaban, le hacían ir más lento, pero también le produjeron temor, un leve temor nervioso que plantó su semilla en la boca del estómago.

Su propia voz le sonó fuerte cuando dijo a Rellis:

—No soy su niñera. Si quieres verlo, sal y ponte a buscarlo.

Rellis dio una calada al cigarrillo y exhaló el humo lentamente.

—¿Cómo te llamas?

—Bowers.

—¿Bowers qué más?

—Teniente Bowers.

Los labios de Rellis se curvaron en una sonrisa.

—Caramba, maldita sea… —dijo entonces, todavía sonriendo—. Te estuve buscando el otro día. Volví de comer y me dijeron que habías salido corriendo.

—Te refieres a que me había ido.

—Ya oíste lo que he dicho.

—¿Por qué iba a salir huyendo de ti?

Rellis bajó la cabeza y dio una calada al cigarrillo sin apartar el codo de la barra. Después levantó la cabeza y, con un rápido movimiento de los dedos, lanzó el cigarrillo. Este trazó un arco bajo y aterrizó sobre la mesa delante de Bowers.

Bowers mantuvo la mirada en los ojos de Rellis, sintiendo el calor en las mejillas y con ganas de hacer algo, pero… fue consciente del silencio… un sonido cerca de él: Santana murmuró alguna maldición para sus adentros… y el sonido de la puerta batiente cerrándose, pero no vio a nadie entrar porque tenía los ojos clavados en Rellis, y Rellis, con el codo apoyado en la barra y la

mano colgando inerte sobre la culata de la pistola, le devolvía la mirada.

—Más que nada —dijo Rellis—, porque cuando veo a un mierdecilla como tú, simplemente lo aplasto.

—Rellis… —sonó inesperadamente, pero sin urgencia.

El rostro de Bowers se relajó, ese fue el efecto de la voz y así de rápido, incluso sin mirarlo.

Pero Rellis tuvo que girar la cabeza y al hacerlo la sonrisa se le heló en los labios.

Flynn estaba de pie en la entrada. Dio unos cuantos pasos y paró, con la mirada fija en Rellis, y se desabotonó el abrigo.

—Frank, tengo entendido que me andas buscando.

Rellis ya no parecía tan relajado, aunque permaneció en la misma posición, con los codos apoyados en la barra. Ahora parecía estar clavado allí.

—Solo… preguntaba dónde estabas.

—Oí que preguntabas.

—Escucha —Rellis se enderezó—. Quiero aclarar contigo lo que ocurrió en Contention. Tal vez se me fue la boca en esa barbería… había estado bebiendo y estaba deseando salir de allí —añadió rápidamente—. Y eso es lo que hice después. Cabalgué una buena distancia para aclararme la cabeza, luego acampé cerca del río y me dormí temprano y durante toda la noche.

—Y ahora quieres que te invite a una copa.

—Correcto.

—Quieres que bebamos a la salud de lo que pasó en el establo.

—Escucha, no tuve nada que ver con eso.

—¿Con qué?

—Que dispararan a ese hombre.

—Si te fuiste de Contention, ¿cómo sabías lo que ocurrió?

—Las noticias vuelan.

—¿Hasta Sonora?

—No se tarda mucho.

—Frank —dijo Flynn en voz baja—, eres un mentiroso.

—No tienes ningún motivo para decir eso.

Flynn se acercó a Rellis.

—Pues ya lo he dicho. —Hizo una pausa, con los ojos clavados en Rellis—. Voy afuera. Espero verte allí en los próximos minutos…

con la pistola en la mano.

El rostro de Rellis estaba tenso. Luego sonrió, forzando una amplia sonrisa.

—Bueno, espera un segundo. Estás sacando falsas conclusiones. ¡Juro ante Dios que no me encontraba cerca de ese establo!

Flynn continuó mirando a Rellis, aunque no habló. Le miró y advirtió que Rellis intentaba parecer despreocupado, y entonces tuvo aún mayor certeza porque supo que Rellis tenía miedo a luchar. Rellis podía avasallar a Bowers, pensó, porque Bowers era joven, demasiado novato para tener experiencia. Quizás Red pudiera enfrentarse a él con los puños, pero no habría podido ni levantarse de la silla para intentarlo. Esto era diferente. Era algo que Rellis quería hacer a su manera o no hacerlo, y ya sabes cómo lo haría. De acuerdo, lo haremos a su manera. Démosle una oportunidad.

Se dirigió hacia Rellis hasta que tan solo le separó de él un paso y, de repente, abruptamente, le propinó un puñetazo en la mandíbula. Un crujido rápido, las botas arrastrándose por el suelo, Rellis se golpeó en la barra, se resbaló y perdió el equilibrio, pero no cayó. Se agarró con un brazo al borde de la barra. Bajó la mano, pero dio un salto hacia atrás y permaneció allí, respirando con la boca abierta y mirando a Flynn.

—Te lo diré una vez más —dijo Flynn—. Eres un mentiroso. Si no sales en cinco minutos, entraré y te mataré.

Flynn se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Ahora llega. Espera a Bowers. Estaba tenso. Lo oirás. Una palabra. Una palabra es lo único que se oirá y…

—¡Dave!

Giró sobre sus talones, al tiempo que desenfundaba y amartillaba el arma, apuntó con los ojos, y disparó. Disparó solo una vez.

Rellis cayó sobre sus rodillas sujetándose el pecho, la pistola desenfundada cayó de la otra mano y ya estaba muerto cuando su rostro golpeó el suelo.

CAPÍTULO 16

Lew Embree colocó las palmas sobre la mesa y miró por encima de Warren, que estaba demasiado borracho para saber lo que había sucedido; entonces Lew apoyó su peso en las manos y se levantó tambaleante. Se movió entre las mesas, arrastrando las sillas entre un murmullo apagado para abrirse paso y se detuvo ante el cadáver de Frank Rellis.

La pistola de Flynn apuntó a Lew momentáneamente mientras la giraba para enfundarla en la pistolera del hombro.

—Llévate a tu amigo fuera de aquí —dijo Flynn.

Embree le miró.

—No es amigo mío.

—Sácalo de todas formas.

Embree se encogió de hombros.

—Si no lo hubieras hecho tú, otro lo habría hecho. El único problema es que alguien tendrá que enterrar al hijo de perra.

—Tú ya has enterrado a otros hombres antes, ¿no es así?

Embree volvió a mirarle.

—Claro.

—Entonces nadie tiene que decirte cómo hacerlo.

Flynn miró a Bowers, que ya se encontraba a su lado. Le hizo una señal hacia delante y salieron de la cantina, luego pasaron frente a las fachadas de adobe en dirección a la calle de Hilario; Bowers tiraba de su caballo.

—Me alegro de que haya acabado —dijo Flynn—. Era una de esas cosas por las que había venido y ahora me alegro de que esté hecho.

—Hace falta tener los nervios de acero para hacerlo así —dijo Bowers.

Flynn le miró con una sonrisa en los rabillos de los ojos.

—Red, contaba con que me dieras la señal.

—¿Y si hubiera estado mirando hacia otro lado?

Flynn vaciló.

—Uno no puede pensar en todo en un segundo —dijo—. ¿Qué tal te fue con Santana?

—No es un soldado —respondió Bowers—. No sabe nada sobre cómo liderar una patrulla… pero odia a los cazarrecompensas. Y odia incluso más a Duro.

Flynn asintió pensativo.

—Santana es nuestro hombre.

—Pero que los odie —dijo Bowers— no lo hace más compasivo. Vi algo llamado *ley de fuga*. No sé lo que significa, pero lo vi… de regreso de Alaejos.

—No es nada nuevo… la ley de huida. Si el prisionero intenta escapar, aprovecha para dispararle… te ahorra el gasto del juicio.

—Eso es lo que dijo Santana.

—Te estaba explicando la parte práctica.

—Supongo que «forzar» que el hombre escape es práctico también.

—Por lo que concierne a Duro, así es —dijo Flynn—. Pero ya ha pasado demasiadas veces… incluso aquí mismo en Soyopa por órdenes de Duro. Estas gentes han soportado demasiadas cosas… una injusticia tras otra desde el mismo día que llegó Duro. Sus hombres son mala gente, pero es más fácil odiar a un hombre… al que da las órdenes. Y ahora van a hacer algo al respecto.

—¿A qué te refieres? —preguntó Bowers.

—Hilario lo ha planeado. Dice que Duro debía de saber que las cabelleras que Lazair le dio no eran apaches… esa vez, u otras veces anteriores. Culpa a Duro más que al propio Lazair, porque Duro es mexicano, aunque sea un rural. Le pedí que esperara hasta que te localizase y que luego hablaríamos sobre ello. Tiene algunos hombres en su casa; están listos para enfrentarse ya… Ya —dijo Flynn pensativamente—, si Santana se revelara y lanzara sus fuerzas contra Duro…

—Pero eso sería un motín —dijo Bowers—. Si no saliera bien, lo fusilarían.

—¿Y qué crees que le pasaría a Hilario? —continuó Flynn—. Ponte en su lugar… su familia ha sido masacrada, su hija ha sido forzada a vivir con los hombres que los asesinaron. Lazair se

encuentra de viaje por las colinas, eso es algo sobre lo que pensar más adelante, pero Duro, el que «compró» las cabelleras, está aquí, probablemente en su cama, borracho. Y bien, ¿qué harías tú?

—No lo sé. Supongo que buscaría algunas armas.

Flynn esbozó una media sonrisa.

—Necesitan algo más que armas. Ahora mismo están decidiendo. Hilario ha estado hablando con sus amigos toda la mañana. Entre todos tienen algunas armas viejas que no alcanzarían ni de un lado al otro lado de la plaza, pero eso no importa ahora. Lo que importa es lo que le ocurrió a la familia de Hilario. Tirarían piedras si eso fuera lo único que tuvieran a mano. Sin embargo, más que armas, necesitan tiempo y alguien que vigile todo esto y que no esté demasiado metido en el asunto…

A Bowers le quedó claro en el instante en que entraron en la casa de adobe de Hilario.

Hilario Esteban, con el rostro tenso (sus rasgos ahora se marcaban afilados, con el aspecto de un anciano que ya no ve), en una mano sostenía hacia arriba el cañón de un Burnside del calibre 54, con la culata apoyada en el suelo. Hilario estaba asomado a la ventana. Otros cinco o seis hombres estaban allí, ataviados con ropa raída blanca de peón y alpargatas, con rostros pacientes que ya mostraban el cansancio de ser pacientes, pero que ya no sabían mostrar otra expresión. Tres iban armados con rifles antiguos, más viejos que el arma de Hilario, cuyo fusil había sido testigo de al menos veinte años de servicio, y el resto llevaba cuchillos… cuchillos de hoja larga ideales para cortar ramas de mezquite para encender hogueras, pero que podían cortar cualquier otra cosa igualmente bien. Una anciana de negro y con la cabeza cubierta, encorvada delante del fuego, meneaba el atole… porque incluso cuando los hombres iban a la guerra, incluso cuando estaban al borde de su paciencia, todavía tenían que comer. Una joven estaba junto a la anciana. Esa debía ser Nita. Y cuando levantó la mirada al oírlos entrar en la habitación, Bowers pensó: no me extraña que Flynn regresara solo para rescatarla.

La Mosca ahora estaba de pie delante del hogar ennegrecido por el humó. Miró a Flynn y dijo:

—Durante la noche examiné a la hija de Hilario. No hay ninguna señal de que hayan abusado de ella y disfruta de excelente salud.

Flynn advirtió la mirada rápida y sorprendida de Bowers y, al sentir el rubor en su propio rostro, vio que los otros también le miraban. ¡Por qué demonios me está diciendo esto! La *curandera*, pensó, debía de estar viendo el futuro de nuevo. Hizo un gesto de asentimiento a La Mosca y luego miró a Hilario y dijo:

—Me alegro de que aún no hayáis hecho nada. Ahora podemos hablar sobre ello y hacer lo correcto.

Hilario negó con la cabeza.

—Hemos esperado porque nos lo pediste. Pero ya ha pasado ese momento. Hemos esperado mucho tiempo para que Duro se convirtiera en un ser humano; ahora ya tenemos la prueba de que eso nunca ocurrirá.

—Duro tiene un ejército que lo apoya, bien armado —respondió Flynn—. Por eso digo que esperemos y procedamos con cautela.

Hilario asintió a uno de los hombres.

—En casa del hermano de Ramón hay otros esperando, la mayoría armados. En unos minutos podemos llamar a docenas más —sacudió la cabeza testarudamente—. Esto ya ha durado demasiado tiempo, *David*.

Flynn asintió.

—De acuerdo. Pero perder más vidas no es la forma de vengar a los que ya han muerto.

—Escucha —dijo Hilario—, hemos estado pensando en todo esto. No es una decisión precipitada a consecuencia de la rabia —continuó, con cuidado, como si quisiera asegurarse de que los hombres allí presentes lo recordaran—. Escucha. Voy a ir a casa de Duro. Le acusaré en la cara de lo que ha hecho y le pediré que se rinda ante la gente de Soyopa. Nuestros hombres vigilarán desde la plaza. Si él da alguna señal de vida o si yo no regreso, nuestros hombres asaltarán el arsenal que guarda Duro en su cuartel general. Entonces estaremos listos para enfrentarnos a los rurales de Duro en caso de que se opongan. Después de esto, lo primero será librar a Soyopa de los hombres de Lazair.

Lo dijo sin mayor explicación, como si tan solo necesitaran pedirles que se marcharan.

Flynn estaba a punto de hablar, pero Hilario levantó la mano y dijo:

—Ahora me preguntarás: ¿Y el gobierno? ¿Qué harán? De

acuerdo. Los porfiristas vendrán desde Ciudad de México para investigar. ¿Qué les diremos? La verdad. Lo que Duro está haciendo es ilegal. Detenerlo sería un acto en nombre del gobierno.

—De acuerdo —dijo Flynn en voz baja—. Pero no vas a ver a Duro solo.

—*David*, este es mi problema como *alcalde*.

Flynn sonrió.

—Haces que las cosas suenen más sencillas de lo que son. Yo diría que ahora hay otros intereses involucrados.

Miró a Nita Esteban, que lo miraba, y sus ojos se encontraron y sostuvieron las miradas. Lo dijo de manera natural, pensando en las palabras al tiempo que las pronunciaba, como si instintivamente, pensó él, se riera por dentro: quizás La Mosca ha lanzado un hechizo. Bueno…

Entonces oyó a Hilario decir:

—De acuerdo. Primero comeremos y luego acabaremos con este asunto.

Hilario apoyó el Burnside en la pared y se volvió haciendo un gesto a Nita y a La Mosca para que sirvieran el atole, y en ese momento escucharon un disparo. Sonó amortiguado, lejano, fuera de la plaza, en algún lugar.

Bowers miró a Flynn.

—¿Qué ha sido eso?

—Una pistola.

Se hizo el silencio en la habitación. Entonces, mientras se acercaban a la puerta, escucharon una ráfaga de disparos… amortiguados, luego más cercanos, resonando por la plaza, y además de los disparos el sonido de un caballo al galope.

Salieron todos, excepto las mujeres, que permanecieron en el umbral. El sonido de caballos les llegó de nuevo un minuto más tarde, pero no vieron a ninguno pasar por la calle.

Un hombre dobló la esquina desde la plaza y corrió hacia ellos.

Cuando se aproximaba, gritó:

—¡Ya está hecho! ¡Los rurales y los cazadores de indios están en guerra!

—Amigo —dijo Hilario—, habla con calma ahora y cuenta qué ha pasado.

El hombre respiraba con dificultad por la excitación de lo que

estaba a punto de contarles; respiró lentamente para calmarse y se tomó su tiempo, porque la espera de noticias siempre las hace más deseables cuando llegan.

—El tipo al que disparó este hombre —dijo señalando a Flynn— fue sacado de la cantina por dos de sus amigos, pero uno se quedó, el que llaman Warren, porque estaba demasiado borracho para moverse.

—¿Quién era el tipo al que disparaste? —le interrumpió Hilario.

—Te lo diré después —dijo Flynn. Y dirigiéndose al hombre—: Continúa.

—El que se llama Warren se quedó con la cabeza apoyada en la mesa, incapaz de levantarse, por lo visto —el hombre sonrió al decirlo—. Pues bien, el sargento Santana estaba allí y advirtió la presencia del americano. Le miró durante un rato y parecía claro que estaba tramando algo. Algunos de sus rurales estaban allí y le dijo a uno de ellos que trajera una cuerda de su silla de montar, y cuando regresó con ella llevaron al tal Warren, que seguía inconsciente, al pequeño lavabo en la parte trasera de la cantina y de alguna manera, con la cuerda, lo ataron erguido para que pareciera que estaba de pie, aunque los brazos y la cabeza colgaban inertes.

El hombre ensanchó la sonrisa y continuó:

—Entonces el sargento Santana volvió a una mesa y unos minutos más tarde dos amigos de Warren regresaron. No podían haber enterrado al que recibió el disparo, regresaron demasiado pronto, así que debieron tirar su cuerpo en alguna parte. Se quedaron en la barra, sin advertir que Warren ya no estaba presente, y entonces el sargento Santana se acercó a uno llamado Loo y dijo: «Escucha» (el hombre intentó imitar el tono de voz de Santana), «ese americano tiene buena puntería…», refiriéndose a usted, *señor* —le dijo a Flynn—. Luego Santana dijo: «¿Son todos los americanos tan buenos con las armas?». Los dos americanos se lanzaron un guiño y el que se llama Loo dijo: «Vi a vuestros hombres disparar al chico apache en el patio. Si no pudiera ganarles en tiro a cualquiera de ellos, dejaría mi trabajo».

»Y entonces Santana dijo: “Escucha. No me viste disparar el otro día. Creo que soy mejor que el resto”. Y el que se llama Loo respondió: “Lo dudo, pero si quieres una competición, vayamos

fuera". Y Santana dijo, en un tono muy tranquilo: "¿Por qué no aquí mismo, al resguardo del sol?". Lo cual el americano aceptó.

»Entonces Santana caminó hasta el final de la habitación llevando una silla y un vaso con él. Colocó la silla con el respaldo apoyado en la puerta del lavabo y colocó en equilibrio el vaso, de manera que estaba apoyado sobre la silla y en la puerta. Luego, regresó junto al americano y dijo: "Después de ti…" con la cortesía de un *caballero gachupín*. El americano asintió, levantó el arma, apuntó y disparó.

El hombre hizo una pausa y miró a su alrededor. Tras la pausa dramática, dijo:

—El cristal se rompió.

—Ese fue el primer disparo que oímos —dijo Hilario.

El hombre hizo una mueca de incomprensión mirando al *alcalde*, y la mueca se convirtió en una sonrisa, y dijo:

—Escucha. Santana miró al hombre y lo felicitó; luego dijo: «Quizás deberíamos mirar dentro del lavabo para asegurarnos de que no hay nada que se pueda romper dentro». El que se llama Loo dijo: «¿Y qué más da?». Santana se encogió de hombros y dijo: «Simplemente por cortesía con el dueño de *Las Quince Letras*».

»Entonces miramos atentamente mientras se aproximaban al lavabo. Santana llevaba la pistola desenfundada, porque era su turno para disparar. Movió la silla. El tal Loo abrió la puerta, ¡y en ese momento deberíais haber visto su cara! Había enfundado la pistola y de repente intentó desenfundar, pero la pistola de Santana estaba apuntándole directamente al estómago y, con una frialdad que nos produjo un escalofrío, apretó el gatillo una vez y luego otra mientras el hombre caía.

»El otro americano seguía junto a la barra. Desenfundó el arma y disparó, pero falló, y luego corrió a la puerta. Santana y sus rurales fueron tras él disparándole, pero el tipo logró llegar a su caballo y escapó.

»Después Santana comenzó a reunir botellas de mescal del bar, apremiando a sus compañeros para que hicieran lo mismo, y durante todo el tiempo gritaba "¡Ahora ya está hecho! ¡Ha llegado la hora! ¡Primero los gringos y luego Duro!". Y entonces describió a Duro con los mayores improperios en un lenguaje de lo más soez, y repitió que había llegado la hora. Después se marcharon al galope y

vi que paraban frente a la casa del teniente Duro, pero permanecieron allí solo unos segundos. Se llevaron un caballo que ahora montaba el rural que había estado de guardia y cabalgó tras ellos por la calle hacia el campamento… supongo que para reunir al resto.

El hombre acabó su relato. Tras mirar a Hilario, Flynn dijo en voz baja:

—Santana lo ha decidido por nosotros. Ha llegado la hora…

CAPÍTULO 17

Curt Lazair tiró de las riendas, detuvo la montura bajo las sombras de la pared oriental de Santo Tomás y desde allí observó que la patrulla rural giraba hacia la plaza y que a continuación la mayoría de los jinetes volvía a cabalgar por la calle que conducía a su campamento. Entonces vio a Bowers, desmontando con aquellos que se habían quedado, delante de *Las Quince Letras*.

Las moscas zumbaban alrededor de la bolsa de lona que colgaba del cuerno de la silla de Lazair. Las espantó con la mano despreocupadamente y, todavía mirando a los hombres frente a la cantina de mescal, olisqueó el olor rancio de las cabelleras que manaba de la bolsa. Hizo esto como por instinto, como olfatea el aire un animal, pero no era del todo consciente de haberlo hecho. Había una pregunta en su mente y la respuesta podía ser muchísimo más peligrosa que el olor de las cabelleras de un día de antigüedad. Y ahora, de repente, creyó estar mirando la respuesta…

Una patrulla rural… han estado por las colinas… y ese novato va con ellos… él sabía dónde estaba el campamento… había estado allí. ¡Debe de ser eso!

Lazair había estado pensando en ello durante todo el camino al pueblo… calmado al principio, porque era la mejor manera de enfrentarse a cosas como esta; repásalo lentamente y todo encajará… Luego encontró el cuerpo de Sid (no entero, porque los buitres lo habían encontrado primero), y sus calmadas reflexiones se desvanecieron en ese mismo instante.

Dos muertos, un herido. Y ni siquiera el herido (al que le habían disparado un tiro limpio en los pulmones y no duraría otro día), o el hombre que le avisó, el único de los cuatro que todavía estaba sano, habían visto quién había disparado. Eso no ocurría todos los días: tres hombres muertos por disparo y ni siquiera sabían quién lo hizo.

Pero ahora Lazair lo tenía claro. ¡Bowers y la patrulla rural… no

podía ser nadie más!

Cruzó la plaza por el lado este y siguió avanzando junto a las fachadas de adobe alrededor de la casa de Duro. El guarda rural estaba sentado y apoyado en la puerta que conducía al *arsenal*. Estaba dormido y no levantó la mirada ni siquiera cuando Lazair llegó al trote junto a él y desmontó.

Lamas Duro dio un respingo al oír el sonido repentino de la puerta al abrirse. Sentado detrás del escritorio, se tensó, miró hacia arriba con los ojos desorbitados por la sorpresa y un mazo de monedas de plata se derramó entre sus dedos sobre el escritorio. Las monedas se esparcieron y rodaron junto a los pesos de plata ya apilados en pulcras columnas sobre el escritorio, diez monedas en cada columna, cien pesos en cada una.

Lazair permaneció en el umbral, con gesto decidido y desafiante, la manera en la que se conduce un hombre con dos Colts enfundados sobre sus muslos. Tenía una mano apoyada despreocupadamente sobre la culata del Colt de la derecha; los dedos de la otra mano estaban entrelazados en el cordel del saco de lona. Clavó la mirada en Duro, y llegó a sus propias conclusiones allí y en ese momento, la visión del dinero, la expresión en el rostro de Duro, la manera en la que iba vestido (listo para viajar), chaqueta, pañuelo, pistolera y el sombrero de Chihuahua apoyado en un pico del escritorio.

—¿Adónde vas?

El rostro de Duro seguía delatándolo, la sorpresa de ver a Lazair de repente delante de él, pero ahora intentó sonreír:

—Ya es hora de hacer una patrulla.

—Tu sargento acaba de llegar de hacer una.

—Esta es de otra clase —Duro sonrió—. Voy a salir solo. Quizás un hombre pueda encontrar más que veinte.

—¿Encontrar qué?

—Apaches.

Lazair se quedó en silencio con los ojos clavados en Duro. De repente, dijo:

—Ya estás harto, así que piensas que ha llegado la hora de largarte con el botín.

—¿De qué hablas?

—Deberías haber esperado a que te informaran antes de

empezar a contar el dinero.

—Solo estaba apartando la cantidad que te debo de la última vez —explicó Duro.

—No, porque no esperabas verme. —Lazair se acercó al escritorio con la mano todavía apoyada en la culata—. Ese soldado de caballería te dijo dónde vivimos… así que se te metió en la cabeza: Atacadlos… un poco después del anochecer y me ahorraré *muchos pesos* —y dijo otra vez—: Deberías haberte asegurado antes de empezar a contar el dinero.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo Duro, y ahora la pregunta que fruncía su ceño era genuina—. ¿Quién atacó tu campamento?

Lazair esbozó una leve sonrisa.

—Vas mejorando —dijo—. Tu sargento vendrá muy pronto… ahora está en la cantina. Cuando trague suficiente elixir del valor, vendrá y te informará de que solo mataron a dos porque alguien no fue capaz de controlar los nervios y comenzó a disparar antes de averiguar que no había casi nadie en casa.

—No te entiendo —dijo Duro con el ceño todavía fruncido—. ¿Mataron a dos de quién?

—¡A dos de mis hombres!

Los rasgos de Duro se relajaron por el asombro.

—¡No! —y entonces la sonrisa comenzó a formarse lentamente, curvando las comisuras de la boca—. ¿Eso hizo Santana? —la sonrisa se ensanchó—. No puedo creerlo. No tendría el coraje necesario.

—Pues lo sacó de algún lugar —dijo Lazair—. Mis hombres le siguieron y él los emboscó.

Duro negó con la cabeza, reflexionando sobre ello.

—No… no puede haber sido Santana.

—¡Sabes perfectamente que sí!

—¡Juro que no sé nada de esto!

—¿Quién más podría ser?

—Apaches.

—Habrían sido más sangrientos.

Duro se quedó en silencio mientras paseaba la mirada por la habitación perezosamente, aunque imaginaba otras cosas. De repente, dando una palmada sobre el escritorio, dijo:

—¡El otro americano! ¡Ha estado fuera del pueblo durante dos

días!

—Un solo hombre no podría haber causado tal infierno.

—Quizás no lo conocemos —dijo Duro pensativo.

Lazair esbozó media sonrisa.

—Pero sí te conozco a ti… y tengo ojos en la cara… contando tu dinero… vestido elegantemente para hacer un viaje…

—Escucha… ¡juro sobre la tumba de mi madre que no sé nada de esto! Voy a contar las monedas para pagarte lo que te debo… estaba apartándolo para tenerlo listo para ti… llegas a horas extrañas, así que pensé: la próxima vez que venga estará listo… —Duro vaciló y sonrió a Lazair con confianza—. Mira… lo que has estado pensando es una tontería. Tomemos una copa ahora, juntos, y luego acabaremos de contar esto.

Señaló con la cabeza el saco que Lazair sujetaba en la mano.

—Tienes más. Bien. Te pagaré por esas también, y las cuentas estarán al día. ¿Cuántas llevas ahí? No… espera hasta después de que hayamos tomado una copa. Es un día de fiesta, deberíamos tomarnos unas copas juntos. —De repente, miró hacia la plaza y luego de nuevo a Lazair—. ¿Ha sido eso un disparo?

Lazair no se movió.

—Un tiro aislado en algún sitio. Es el tiro que resuena en tu oído durante medio segundo el que tiene que preocuparte. Entonces todo acaba —lo dijo con la mano en la culata de la pistola y el significado quedó claro.

—Todo el mundo habla de la muerte hoy —dijo Duro y forzó una sonrisa—. Pero mira, además de toda esta cháchara sobre la muerte, se consume una cantidad similar de alcohol —y, guiñando un ojo, dijo—: Sabes que puedes espantar al demonio solo un ratito. Cuando no hay más mescal, viene y se te mete un demonio en la cabeza. Pero el demonio odia estar encerrado y corre de un lado a otro golpeando las paredes sensibles de la cabeza de uno. —Levantó una mano, se la puso en la frente y extendió los dedos sobre ella delicadamente—. *Señor* —dijo, sonriendo, pero con el ceño fruncido para indicar que le dolía la cabeza—, ¿me harías el gran favor de aceptar tomar un vaso de algo?

Lazair no sonrió. Miró a Duro en silencio y su desprecio por el teniente rural se mostraba en sus ojos, en los rasgos inmóviles de su rostro y era sombríamente evidente en la dura línea de su boca.

—Tomemos una copa —dijo secamente. Duro se dirigió a su escritorio y Lazair añadió—: Estoy justo detrás de ti.

Permaneció en el umbral del dormitorio y observó a Duro tomar un trago de una botella nueva de mescal que sacó de la mesilla, luego se echó a un lado cuando Duro pasó y se dirigió de nuevo al escritorio. Duro se sentó y cuando abrió el cajón del escritorio, Lazair dijo:

—Si eres listo, sacarás solo dos vasos.

Duro alzó la mirada.

—Por supuesto.

Bebieron en silencio y Duro llenó los vasos rápidamente cuando se los apuraron; Lazair lo observaba, sin prisa, preguntándose qué haría Duro, y con ganas de tomarse el tiempo necesario para averiguarlo.

Duro le miró de repente.

—¿Lo has oído? ¡Otro!

Lazair estaba medio de pie con la cadera izquierda apoyada en el borde del escritorio y con el vaso de mescal apoyado en el muslo. Miró a Duro con expresión tranquila.

—Se oyen todo tipo de ruidos durante una *fiesta*.

Pero con los estallidos repentinos de disparos que siguieron, Lazair se levantó del escritorio. Se dirigió a la puerta con la copa todavía en la mano mientras vigilaba a Duro por el rabillo del ojo y, cuando advirtió que el teniente rural empezaba a levantarse, Lazair le espetó:

—¡Quédate donde estás!

Abrió la puerta y el sonido de un caballo al galope llegó desde la plaza. Vio al jinete, era uno de sus hombres, que se alejaba por un callejón mientras los rurales frente a la cantina le disparaban.

El vaso de Lazair voló de su mano y se estrelló contra el escritorio, y en un segundo tenía una pistola en la mano derecha apuntando a Duro.

—¡Y no lo sabías!

Le entraron ganas de apretar el gatillo. Se le pasó rápidamente por la cabeza, pero su mente racional ya estaba allí de nuevo; evitó que matara a Duro antes y ahora volvía a estar para calmarlo con fría razón y haciéndole sujetar la pistola con más fuerza. Si mataba a Duro, todo habría acabado para él. No solo en esta parte de

Sonora, sino en cualquier lugar de México. Tendría que regresar a los Estados Unidos, donde se le buscaba, y pasar el resto de su vida huyendo. Tendría que jugársela en los Estados Unidos; más le valía que le atraparan allí que en México. Eso es lo que lo detuvo. No eches a perder algo bueno, un lugar seguro donde vivir y un negocio boyante, solo por un hombre. Entonces, a Lazair se le ocurrió que Duro estaba acabado. Pero no era ni el momento ni el lugar.

Más calmado, le dijo:

—Así que no lo sabías, ¿eh?

—¡Juro por Dios Todopoderoso que no lo sabía! ¿Qué ocurrió en el campamento? —Duro volvió a ponerse de pie.

—¡Quédate sentado! —ordenó Lazair. Miró a Duro y luego fuera otra vez. Fijó la mirada en la fachada de la cantina de mescal y cuando Santana y los otros dos rurales salieron, gritando, y se montaron en sus caballos, Lazair tiró de la puerta y la abrió tan solo una pulgada. Venían hacia la casa gritando algo. Cuando estuvieron justo debajo, Lazair no podía verlos, pero oyó el nombre de Duro y, de repente, todos se alejaron cabalgando de nuevo… cuatro de ellos ahora; el cuarto, el rural que había estado de guardia, sobre el caballo de Lazair.

Lazair miró a Duro y sostuvo la mirada fijamente.

—Está pasando algo. Santana y los dos que iban con él llevaban una jarra de mescal en cada mano. Se pararon por aquí y luego se alejaron hacia el campamento de rurales.

—Siempre beben después de una patrulla —dijo Duro.

—Gritaban algo sobre ti.

—¿Qué?

—No les entendí.

—Tal vez me estaban llamando.

—¿Hacen eso con frecuencia?

Duro vaciló.

—No…

—Está pasando algo —dijo Lazair otra vez.

Esperó y vigiló la plaza, sentía una tensión que no era capaz de comprender. Unos minutos más tarde se le ocurrió correr a la cantina para enterarse de qué había sucedido y luego proseguir al campamento y trasladarlo a otro lugar antes de hacer nada. Ya

habría tiempo suficiente para hacérselas pagar a Duro.

Mientras observaba la plaza, los vio en cuanto aparecieron desde un callejón y avanzaron a campo abierto. No estaba seguro de cuántos eran al principio, porque todos parecían llevar ropas de peón y tanto blanco se mezclaba; desde esa distancia, entre una multitud vestida de algodón blanco, tan solo se distinguían puntos más oscuros que eran rostros y *sombreros* de paja. Entonces se percató de que no eran tantos como le había parecido. Quizás diez en total. Y… ¡los dos hombres de caballería!

Entornó los ojos, y los observó con más detenimiento, cerciorándose, y cuando estuvo seguro de que se aproximaban allí, echó una mirada a Duro.

—Ven aquí… tienes compañía.

Duro se levantó, ahora vacilando.

—¿Quién? No oigo a nadie.

—Los oirás.

—¿Quiénes son?

—Mira tú mismo.

Lazair abrió la puerta, cogió a Duro por el brazo y lo empujó hacia el balcón. Volvió a cerrar la puerta mirando a Duro a los ojos cuando este se volvió hacia él. Lazair sacó la pistola amenazadoramente a través de la ranura de la puerta y Duro se volvió de nuevo hacia la plaza.

—Ahí está —dijo Hilario señalando con el Burnside.

—¿Había alguien detrás de él? —preguntó Bowers con curiosidad.

—Eso parece —dijo Flynn.

Levantó la vista, miró a Duro y advirtió la actitud vacilante del hombre, su reticencia a acercarse a la barandilla y mirarlos.

—Parece asustado —susurró Hilario.

—Debería estarlo —dijo Flynn—. Si ha oído a Santana.

—Si levantara ahora el cañón tan solo dos pulgadas y apretara el gatillo —dijo Hilario mirando a Duro—, ya estaría todo hecho.

—Sabes que no debes hacerlo —dijo Flynn.

—Ojalá no lo supiera —respondió Hilario. Y entonces dijo en voz alta—: *Señor* Duro, nos gustaría hablar con usted.

Oyeron débilmente la voz de Duro.

—Vuelvan en otro momento.

—No tardaremos mucho —dijo Hilario—. Ya ha pasado demasiado tiempo.

Duro vaciló. Luego apoyó las manos firmemente sobre la barandilla y, al bajar la mirada, parecía de repente más seguro de sí mismo, como si el mescal que había bebido le estuviera haciendo efecto, aligerándole la cabeza y aguzando sus sentidos.

—Escuche, *alcalde* —dijo Duro—, cuando quiera hablar con usted, enviaré a mis rurales. Vendrá en ese momento y no otro. Ahora márchese a casa… y llévese a sus amigos.

Y se dio la vuelta.

—¡Duro! —le llamó Flynn a viva voz, y el teniente rural volvió a girarse—. Nos gustaría hablar con usted.

Duro le miró fríamente.

—Ya le he invitado antes a mi casa —le dijo a Flynn—, creyendo que vendría a ella como un caballero… pero cuando viene acompañado de animales, entonces tal vez usted deba ser tratado como uno de ellos.

Flynn sintió entonces el calor repentino en el rostro, pero frenó el impulso de levantar la voz y dijo con tono suave:

—¿Dónde están sus buenas maneras?

—Ya no hacen falta, porque ustedes están olvidando las suyas propias.

Flynn sonrió para sus adentros. Ahora se muestra: el verdadero Duro. Pero ¿por qué ese cambio de repente? Quizás Santana lo asustó y lo bajó a la realidad. Está tan ocupado pensando en qué va a hacer a continuación que no tiene tiempo para cortesías. Oyó que Bowers decía en voz baja:

—No quiere que subamos allí.

—Hilario Esteban tiene algo que decirle —dijo Flynn—. Él será el que hable.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí —respondió Duro—, si esto no les concierne? Y si decido no hablar con él en estos momentos, tampoco eso es asunto suyo.

Flynn sintió que se le estaba agotando la paciencia, pero lo intentaría una vez más.

—Teniente…

Pero eso fue todo.

El tiroteo se desató de repente, una ráfaga de disparos de rifle

más allá de la casa de Duro. Flynn miró a los demás; estaban quietos, preguntándose qué ocurría. Entonces algunos comenzaron a moverse apresuradamente hasta la cabecera de la calle que conducía al campamento de rurales. Ahora, desde la otra dirección, se oyeron débilmente gritos y alaridos y unas cuantas personas llegaron a la plaza procedentes de las calles aledañas a la iglesia, gente que había estado celebrando la *fiesta* en el cementerio. Gritaban algo. El ruido de los caballos procedía de la calle junto a la casa de Duro y media docena de rurales llegaron galopando a la plaza. Sus gritos eran agudos, ininteligibles bajo el fuerte estruendo de cascos… Entonces una palabra se oyó claramente… y fue un grito que permaneció flotando en el caliente aire como la hoja de un cuchillo alzada a la luz del sol…

—¡APACHES!

CAPÍTULO 18

Siempre es lo mismo cuando lo oyes… una sensación que no se puede describir… e inmediatamente te los imaginas, aunque jamás hayas visto uno en toda tu vida, y nueve veces de cada diez el grito llega después de que se hayan ido… ¡Apaches!… Una nube de polvo en la distancia si eres lo suficientemente rápido, si logras llegar allí poco después; pero normalmente el rastro ya está frío y el hombre yace ahí, el superviviente no puede decirte por dónde se fueron… no bajo aquel sol abrasándole el interior de la cabeza porque los apaches le han arrancado los párpados… y otras partes. Fue en la primera patrulla… y el pesado y grave sonido del revólver del sargento rematando al semental que había recibido disparos en las patas.

¡Apaches! Una y otra y otra vez… y la conmoción y avalancha instantánea que la palabra produce no varía, porque no es algo a lo que ningún hombre pueda acostumbrarse. Pero la reacción que llega una milésima de segundo más tarde cambia. No tarda en pasar de un pánico natural a intentar recordar todo lo que uno sabe sobre los apaches en unos segundos, y después de media docena de años viviendo esto, cuando te toca de cerca, tu mente elimina al instante lo que no sea de ayuda ahí y ahora y piensas en los apaches como algo que pertenece solo a este lugar en concreto, a este momento en concreto.

Y eso es lo que Flynn estaba haciendo… imaginaba el flanco sur de Soyopa, donde estaba el campamento de rurales y de donde llegaba el sonido de disparos… eran millas de campo abierto que se extendían y trazaban una curva al este y al oeste. Así que la principal amenaza no provenía de allí, aunque los disparos ahora llegaban de esa dirección. No, el flanco norte, al otro lado del cementerio, donde el terreno estaba más poblado de matorrales y era irregular.

Corriendo a la cabecera de la calle, donde la mayoría de los otros hombres se encontraban, Flynn miró al otro lado de la casa y vio que más gente llegaba apresuradamente por ambos lados de la iglesia.

Ahora era el turno de Soldado de ocupar la mente de Flynn. Algo lo ha enfadado en serio.

Más allá del final de la calle, al otro lado de una elevación a más de doscientas yardas de distancia, se veían las puntas desteñidas de las tiendas de lona. Había humo y disparos aislados y, de repente, remontando la elevación y en dirección a la calle, llegaron los rurales, y Santana iba con ellos. Cuando llegaron a la plaza, Santana les gritó que se dispersaran formando un círculo que rodeara el *pueblo*.

—¡Sargento Santana! —Hilario corrió y se colocó casi delante del caballo mientras el sargento tiraba de las riendas—. ¿Qué es?

—¡El anticristo! ¡Qué cree que es!

—Pero ¿cómo han llegado?

—De repente… ¡como hacen siempre!

—¿Ha perdido hombres?

—Varios —respondió Santana mientras desmontaba respirando con fuerza y observaba cómo sus hombres desaparecían por las calles de todos los flancos de la plaza—. Atacaron de repente, pasando casi por encima de nuestro campamento; luego desaparecieron, dejando algunas de las tiendas ardiendo y se alejaron, pero parecía que formaban un círculo al otro lado del *pueblo*.

—¿Va tras ellos? —preguntó Flynn.

—¡Tras ellos! Soldado Viejo está aquí con todas sus fuerzas. Ya le gustaría que fuéramos tras él… para poder cortarnos en pedacitos. ¡Está aquí con sus hombres! Algo ha debido ocurrir para cambiar su manera de pensar. Antes atacaba *pueblos* más pequeños, pero la mayoría de las veces atacan a pastores y vaqueros, y nunca con más de dos docenas de hombres. ¡Ahora ha traído a cien!

—Compruebe que sus hombres rodean todo el pueblo —le dijo Hilario, que miraba nervioso a su alrededor.

—¡Sé hacer mi trabajo!

Bowers estaba mirando la plaza en dirección a la iglesia, por donde la mayoría de la gente entraba a la plaza.

—¿Los oye? Están gritando apaches. Dios, deben de estar cerca…

—Ese es mi flanco —dijo Flynn—. Pueden acercarse más por los matorrales… ahí es por donde entrará la mayoría. El ataque repentino contra el campamento de rurales debía haber acabado rápidamente, pero no salió bien.

Hilario giró la cabeza con los ojos desorbitados.

—Deberíamos ir hacia allí entonces.

—¿Y Duro? —preguntó Flynn, volviéndose y levantando la vista hacia él. El teniente todavía sujetaba con fuerza la barandilla mientras miraba hacia la plaza.

—Ah, el *señor* Duro —dijo Hilario—. Recuerdo sus propias palabras en una ocasión… déjeme a mí… —Y luego le llamó—: ¡Duro! —La mirada del teniente se posó en Hilario, sorprendido, como si se hubiera olvidado de que estaban allí—. ¡Duro! Quédese en la casa hasta que regresemos. Habrá un hombre aquí. Si ve que asoma la cabeza por la puerta, ¡le disparará!

Cuando pasaban frente a la iglesia, muchas personas abarrotaban la amplia entrada mientras el *padre* franciscano mantenía las puertas abiertas. Flynn vio que les hacía señas cuando pasaban y acto seguido estaban galopando por la sombra del muro de la iglesia. Al otro lado, ahora ya desierto, pudieron ver el cementerio: hileras de cruces de madera y montículos de piedras, y aquí y allá restos de la *fiesta* que no pudieron acabar hoy: botellas de mescal, *ollas*, platos de cerámica, y en tres o cuatro cruces colgaban *sombreros*.

Una débil brisa soplaba colina abajo sobre las alas anchas, agitándolas y balanceándolas perezosamente, y este era el único movimiento ahora en el cementerio desierto.

Al otro lado crecían matorrales de mezquite hasta la maleza más frondosa, y más allá de los matorrales había pinos piñoneros y chaparral, luego pinos de Labrador a medida que el terreno ascendía por las colinas verde oscuro y marrón verdoso, y por encima de todo esto no se detectaba ningún movimiento.

Es listo este Soldado, pensó Flynn. Si un hombre blanco contara con tal ventaja, se pondría de pie y se mostraría, desafiando al enemigo a salir a campo abierto. Soldado es listo. Te hace creer que se ha ido y cuando sales… entonces ya te tiene.

Permanecieron en el patio trasero de la casa de adobe situada frente a la iglesia, vigilando tras un muro bajo. Bowers entornaba los ojos mientras giraba la cabeza lentamente, examinando las sombras de los matorrales sin ver nada.

—Se han ido —dijo finalmente.

Hilario negó con la cabeza, en desacuerdo.

—¿Y por qué iban a irse?

—Dave, ¿qué piensas tú? —dijo Bowers.

—Creo que Hilario le ha respondido —replicó Flynn—. ¿Por qué iban a irse?

—¡Pero no se ven por ningún lado!

—¿Y cuándo los has visto antes? —Flynn hablaba en voz baja, con los ojos clavados en los matorrales—. Algo ha puesto en pie de guerra a Soldado… —vaciló—. Quizás Lazair encontró su *ranchería* mientras los hombres estaban fuera… sea cual sea la razón, debe de ser lo bastante buena para lanzar a todos sus hombres contra un pueblo. Atacó cuando aún estaba furioso y no tuvo éxito, pero ahora se ha calmado. Sea lo que sea por lo que ha venido, todavía debe quererlo, porque no se ha llevado aún nada. No hay nadie aquí que vaya a ir tras él, así que no hay ningún motivo para que él se marche. Tiene todo el tiempo del mundo… un buen escondrijo… y es apache. Ahora, dime lo que hará.

—¿Y qué vamos a hacer? —dijo Bowers tras un silencio.

—Esperar.

—¿Cuánto tiempo?

—Eso depende de Soldado —dijo Flynn—. Probablemente no pase nada esta noche, pero por la mañana podría ocurrir. —Bowers le miró con curiosidad y Flynn añadió—: Ese jinete de Lazair al que Santana persiguió y expulsó del pueblo… está de camino a su campamento ahora, si Soldado no lo detectó. Por la mañana, debería estar de regreso aquí con el resto de ellos, aullando contra los rurales, pero encontrarán apaches en su lugar.

El rostro de Bowers se iluminó.

—¡Y entonces esa será nuestra oportunidad!

Flynn negó con la cabeza.

—Soldado sabrá de ellos antes de que ellos sepan de la presencia de Soldado.

Se separaron poco después de esto, dispersándose en los patios

traseros de las casas de adobe, vigilando los matorrales y los árboles y las sombras que se cernían sobre ellos mientras el sol comenzaba a apagarse. Se escucharon los primeros sonidos de la noche, que parecían menos que los del día, y se expandió el olor de las hogueras. Mezquite ardiendo. Bowers estaba en el patio contiguo, a cien pies de Flynn, Hilario estaba más allá, en su propio patio. Y ahora anochecía rápidamente.

Entonces apareció Nita, que salió por la puerta trasera y cruzó el patio junto a su padre. Llevaba algo y Flynn pensó: probablemente sea atole. Nosotros comemos y Soldado come, pero eso es lo único que tenemos en común con él. Nita se acercó a Bowers y pudo ver su rostro con más claridad. Después la joven se acercó a él con el atole (gachas de harina), que llevaba en una cacerola, y en la otra mano unos cuencos de cerámica. Flynn sintió una creciente excitación en su interior. Y aunque se dijo a sí mismo que no fuera idiota y se lo repitió mientras ella se acercaba, no logró aplacarse.

—¿Tienes hambre?

—No —dijo él negando con la cabeza—. Pero será mejor comer algo.

—No ha habido tiempo para preparar nada mejor que esto.

Ella mantenía la mirada baja la mayor parte del tiempo, pero cuando miró a Flynn, cuando sus ojos se encontraron, sostuvieron las miradas y ya no existía ninguna otra alma viva en el mundo.

—No me molesta el atole, lo he tomado muchas veces antes.

Y entonces, inesperadamente, Flynn dijo:

—Si fuera más de noche, creo que te besaría.

Ella levantó la mirada a sus ojos.

—Si fuera más de noche, creo que te dejaría hacerlo.

Se miraron en silencio, luego ella se levantó y se alejó hacia el siguiente patio con la olla de atole.

Más tarde, cuando hacía una hora que había anochecido, un hombre se le acercó. Era Ramón, el que había estado en casa de Hilario con los otros hombres.

—Creemos que están acercándose.

—¿Por dónde?

—Directamente por mi patio —señaló con el brazo en la oscuridad—, que está al otro lado del de Hilario. Antes de que anocheciera vimos a un apache que parecía estar mostrándose a

propósito, haciendo señales extrañas, como si nos tentara a salir. Luego desapareció un rato. Más tarde, cuando llegó la oscuridad, oímos unos ruidos débiles. Ahora ya no se oyen, pero será mejor que vengas.

Hilario y Bowers estaban allí, agachados tras el muro bajo de piedra.

Ramón preguntó con un susurro ronco por el nerviosismo:

—¿Ha ocurrido algo?

Bowers asintió. Hilario miró hacia arriba y dijo:

—Ya está cerca, pero no se le ve. Hace un momento escuchamos un ruido, parecía un siseo, pero estoy seguro de que era una palabra.

—*¿Si-kisn?* —preguntó Flynn.

—¡Sí, eso es! —susurró Hilario excitado.

—Te estaba diciendo —dijo Flynn— que es un hermano, un amigo.

—Es una trampa —susurró Hilario.

—Tal vez —dijo Flynn—. Pero cuando un apache lucha de noche, es porque no tiene otra elección. Soldado tiene tiempo. Tiene mucho más que el que tenemos nosotros.

—O tal vez quiere que pienses eso —dijo Bowers.

Está aprendiendo rápido, pensó Flynn, y dijo:

—Uno nunca los conoce tan bien como para arriesgarse. —Se arrodilló cerca del muro y, ahuecando las manos sobre la boca, dijo en voz alta con un siseo bajo y arrastrado—: *Si-kisnnn*.

Hubo un silencio total. Luego la palabra se escuchó desde no muy lejos. Y silencio de nuevo, y, de repente, apareció la tenue sombra de un apache en el muro delante de ellos.

—*¿Flín?* —dijo.

Flynn se levantó y vaciló para evitar que la sorpresa en su voz le hiciera hablar demasiado alto. Luego dijo:

—Tres Centavos… —miró a Bowers y a Hilario—. Es Tres Centavos, el rastreador jefe coyotero de Joe Madora.

—¿Qué…? —exclamó Bowers, y se tapó la boca porque la palabra sonó fuerte en aquel silencio.

—Ven aquí —dijo Flynn al coyotero.

—Hay otro conmigo —dijo Tres Centavos en español, y casi al mismo tiempo que lo dijo, desapareció.

—Pensé que obligaban a los rastreadores del ejército a lavarse —susurró Bowers—. Está sucio.

—La suciedad es a propósito —dijo Flynn—. Se ha untado saliva por todo el cuerpo y luego arena encima. Por eso no lo vimos llegar.

Unos segundos más tarde, Tres Centavos regresó y tras él otra figura, encorvada. Luego se irguió y, al hablar, incluso antes de que pronunciara una palabra, Flynn ya estaba sonriendo.

Las palabras sonaron con un susurro ronco.

—David, hijo de perra, te he tenido que sacar de otra.

—¡Joe! —susurró Flynn, y agarró el brazo del hombre para ayudarle a saltar el muro.

—¡Para un momento! ¡Me vas a abrir la herida!

—¿Cómo está?

—Estoy de pie delante de ti.

—No esperaba volver a verte, Joe.

—Por eso no puedo comprender cómo enviaron a un idiota medio ciego como tú a esta misión. —Madora miró entonces a Bowers—. ¿Qué tal te va, Red?

—Bien —dijo Bowers con expresión tímida.

Madora se giró abruptamente.

—David, tengo un hambre de lobos. ¿Qué tienes por ahí?

—Nita traerá algo —dijo Hilario.

—Entraremos y comeremos algo —dijo Flynn—. Joe, tú y tu chico venid y os prepararé algo.

Cuando estaban cerca de la casa, Madora dijo:

—Esos chicos se mueren por recibir noticias. No te van a agradecer que me alejes de allí a toda prisa.

Flynn ignoró el comentario y dijo:

—¿Dónde está Deneen?

—Está ahí fuera.

—Tenía la corazonada de que estaba —dijo Flynn relajándose un poco—. ¿Con cuántos?

—¿Contando a los coyoteros?

—Sí —dijo Flynn asintiendo.

—Diez.

—¡Diez! ¿Cuántos son exploradores?

—Diez.

—No… —Flynn gimió, pero había cierto humor en todo esto y,

cuando lo captó, no pudo evitar sonreír—. De acuerdo. ¿Qué ha ocurrido?

—Cuando Deneen regresó a Whipple de su viaje, el general descubrió lo que había hecho. —Habían entrado en la casa de adobe y, ya cerca del fuego, Madora estaba sonriendo—. Se armó una tremenda. El general echó un rapapolvo a Deneen y lo siguiente que supimos es que Deneen había solicitado una misión en México.

—¿Cómo lo averiguaste?

—Demonios, lo sabe todo el mundo. Oí algo de primera mano… un amigo mío. De todas formas, tu colega fue apartado de su puesto de asistente de campo y el general lo envió a Sonora para encontrar a un tal teniente Duro de los rurales… porque el general piensa: De acuerdo, maldita sea, si vamos a hacerlo, entonces hagámoslo bien. Moved el culo hasta México y conseguid algún permiso, y si no lo obtenéis no os molestéis en regresar —añadió Madora—. Algunos dicen que los generales no hablan así, pero mi amigo dice que es palabra de Dios.

—Pero ¿por qué solo diez hombres?

—No somos una partida de guerra. El general dijo que no viniera ningún soldado, o podría ser considerado una invasión de un país extranjero, pero dijo que podemos llevar todos los rastreadores que queramos porque, qué demonios, hay tantos malditos apaches ahí abajo ahora que nadie se dará cuenta de unos cuantos más de esos bastardos.

—Nunca oí hablar a un general de esa manera.

—¿Qué es eso? ¿Atole? Esa es la única cosa que es casi mejor que nada.

—¿Dónde está Deneen ahora?

—A una milla de aquí.

—¿Os han detectado los apaches?

—Claro que no, demonios.

—Será mejor que vaya a hablar con él.

—Sí, mejor que lo haga alguien. Casi se moja los calzones cuando Tres Centavos entró y le habló de Soldado —Madora le miró de pronto con expresión seria—. Esta es la primera vez que lo veo en una situación de peligro. No puede soportarlo, ¿verdad?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —dijo Flynn.

—Porque tú estuviste en la guerra con él, donde hubo un

montón de situaciones de peligro —Madora hizo una pausa y sonrió —. Eso es lo que ocurre entre vosotros dos. Lo pillaste en un pozo llorando y llamando a su mamá.

—Uno no llega a coronel de esa manera.

—Eso es lo que todo el mundo cree.

—Pero eso no es lo que nos preocupa aquí y ahora.

—Quieres ver a Deneen. De acuerdo, te llevaré con él.

—Quizás venga él aquí —sugirió Flynn—. Sería más seguro que venga aquí.

—No quiere moverse.

—De acuerdo, entonces iré yo.

—En un minuto —dijo Madora al tiempo que comía a cucharadas rápidas hasta dejar el plato limpio. Tres Centavos había estado comiendo mientras hablaban y salieron, de regreso al muro bajo. Bowers estaba solo.

—¿Dónde está Hilario? —preguntó Flynn.

—Ha ido a relevar al hombre que vigila la casa de Duro. Dave, ¿qué ocurre?

—Deneen está aquí, pero solo con un puñado de rastreadores. Estaba de camino para hablar con Duro sobre una campaña fronteriza cuando se topó con los apaches.

—¿Está luchando contra ellos?

—No, se ha escondido. Voy a salir para hablar con él. Cuando regrese, te contaré todo.

—¿Y si no logras pasar?

—Si este viejo puede hacerlo —dijo Flynn sonriendo—, cualquiera puede hacerlo.

—David —dijo entonces Madora suavemente—, cuando repartieron el respeto debido, debías estar rascándote el culo con ambas manos.

Bowers los vio saltar el muro y desaparecer en la oscuridad. ¿Podrías hacer tú eso?, se preguntó. Claro, si has estado haciéndolo tanto tiempo como ellos. ¿Y el primer par de veces? Miraba con ojos entornados a la oscuridad, esperando captar algún sonido. O bien te acostumbras, o no. Esa es la manera de ver este tipo de cosas. Sabía que era fácil decirlo y se dijo a sí mismo: ¡Quién ha dicho nada de que acostumbrarse a ello resulte fácil!

Antes creía que esta no era misión para un soldado, pero ahora

sabía con toda certeza que había estado equivocado. Y pensando en soldados, extrañamente, se acordó de Santana y de cómo Santana se consideraba un soldado y se ufanaba de que, si alguna vez sus rurales pillaban a los apaches en campo abierto, entonces se verían realmente sus habilidades militares; eso es lo que Santana había insinuado.

Después pensó en muchas cosas, cosas lejanas, pero poco a poco sus pensamientos regresaron al presente. Bueno… y la mañana, a tan solo unas horas. ¿Qué ocurrirá entonces? Flynn dijo que los hombres de Lazair tal vez regresaran por la mañana, pensó.

Y así es como nació el plan en su mente. Solo tras recordar algo que Flynn había dicho, y en los siguientes minutos, el plan comenzó a tomar forma, y creció hasta convertirse en algo que podría funcionar.

Un hombre se agachó junto a él en la oscuridad, y Bowers dio un respingo.

—¿Qué pasa? —dijo el hombre—. Hilario Esteban me ha relevado y me ha dicho que venga aquí.

Bowers asintió.

—Todavía está todo en silencio —y entonces, rápida e inesperadamente, preguntó—: ¿Ha visto al rural, Santana?

CAPÍTULO 19

El *alcalde*, Hilario Esteban, estaba de pie frente al balcón de la casa de Lamas Duro acunando el Burnside del calibre 54 en el brazo, y observaba la silenciosa oscuridad de la plaza. Al otro lado de esta se cernía tenuemente el contorno de Santo Tomás, y en un amplio círculo por ambos flancos se elevaban las fachadas de adobe en penumbra de los edificios que daban a la plaza. No había caballos delante de *Las Quince Letras*.

Esta es la primera vez desde hace seis meses que la cantina está vacía, pensó Hilario. La vez anterior fue el día en el que todo el mundo permaneció en sus casas. El día que llegaron los rurales.

Pero ese había sido el único día en el que no se hizo negocio allí, continuó pensando, porque los rurales se metieron en la *cantina* en cuanto levantaron el campamento. Y, poco después, en unos tres días, la gente comenzó a ir allí de nuevo; silenciosamente al principio, y de vez en cuando, y luego con la misma frecuencia que antes… tras haberse acostumbrado a nuestros nuevos vecinos.

Un hombre puede acostumbrarse a cualquier cosa.

Sin embargo, hay un límite. Ahora hemos llegado al límite, pensó. Podríamos seguir fingiendo que Lamas Duro no está aquí, pero al hacerlo también fingiríamos que todavía nos queda algo de honor. Si un hombre debe buscar excusas ante sí mismo, probarse continuamente a sí mismo que es un hombre, entonces más le valdría estar muerto. Y pensó: ¿Por qué pienso ahora en este hombre cuando nuestro peor enemigo ya rodea el pueblo? Sacudió la cabeza, levemente. No, Lamas Duro es más anticristo que Soldado Viejo. Y después susurró, a media voz: «San Francisco, ayúdanos».

De vez en cuando se le iba la mirada a las escaleras que bajaban por ambos lados del balcón sobre él, y que trazaban una curva hacia el centro, donde él estaba.

Miraba arriba cuando escuchaba algún sonido procedente de la habitación: pasos, el crujido de un tablón y, a veces, le parecía oír hablar; pero, se dijo a sí mismo, si era así, debía de ser porque Lamas Duro estaba hablando consigo mismo para mantener el ánimo.

Y finalmente se le ocurrió: ¿Por qué no hablar con él ahora? Esperar a que Soldado se fuera sería lo razonable si estuviera ocupado en cualquier otro lugar, pero aquí estás. Sube y habla con él… no, díselo… y quítate ese peso de encima.

Comenzó a subir la escalera de la izquierda. A mitad de camino se detuvo y se quedó inmóvil. La puerta de arriba se había abierto. Lentamente, con un largo y grave crujido. Entonces oyó los pasos en el balcón. Tres pasos, luego el silencio. Ahora tres más, moviéndose hacia el otro extremo del balcón.

Hilario se dio la vuelta despacio, agachado, y se acuclilló hasta quedarse sentado en los escalones. Levantó el Burnside con cuidado y lo apuntó hacia la escalera opuesta. Si lo amartillaba haría ruido, pensó mientras oía y sentía su corazón latiendo por todo el cuerpo. Así que no amartilles hasta que no estés listo para disparar… si es que es necesario que dispares. Pero, San Francisco, que no sea necesario. Haz que el *señor* Duro vuelva dentro.

Volvió a oír los pasos en el escalón superior de la escalera. Comenzaron a bajar. Hilario se mantuvo tenso, entrecerrando los ojos en la oscuridad, y ahora pudo ver el tenue contorno de un hombre. Esperó, conteniendo la respiración y observando a la figura llegar a los pies de la escalera. Luego otro sonido, arriba… ¡había otro hombre en la escalera!

Hay dos… ¡cómo puede ser!

Sus ojos lucharon contra la oscuridad, examinando la segunda forma casi a los pies de la escalera. ¡Ese es Duro! ¡Sé que lo es!

Hilario Esteban se levantó de repente, apuntando con el Burnside y amartillando el arma.

—*Señor* Duro… ¡no se mueva!

Y con la misma rapidez, el primer hombre echó a correr. Hilario lo ignoró. Duro permaneció a los pies de la escalera mirándole desde el otro lado.

—¿Quién es?

—¡Hilario Esteban!

Podía oír el sonido del otro hombre corriendo por la plaza de tierra prensada y de repente la oscura forma de Duro no se encontraba frente a él, sino corriendo, corriendo a toda velocidad hacia la oscuridad abierta de la plaza.

—¡*Señor* Duro!

Rápidos y fuertes pasos de botas en campo abierto…

—¡*Señor* Duro! ¡Deténgase!

Una forma tenue cada vez más tenue… a cincuenta, sesenta, setenta pies…

Levantó el Burnside hasta pegárselo a la mejilla.

—¡*Señor* Duro!…

Ochenta…

—¡San Francisco, ayúdame! —y, tras decir esto, se escuchó el pesado y sordo estallido del Burnside.

Lamas Duro dio otros seis pasos, aunque no era consciente de ello… porque murió en el mismo instante en que la munición pesada impactó en su espalda.

—Ahí viene —dijo Madora.

—Es medio animal —susurró Flynn boca abajo y junto a Madora en una quebrada poco profunda, mientras observaba la tenue silueta que se arrastraba sin hacer ruido hacia ellos a través de los matorrales.

—Es todo animal —gruñó Madora, y rodó sobre un costado para mirar a Tres Centavos cuando el coyotero se dejó caer en la quebrada junto a ellos. Estaban regresando por el mismo camino por el que Madora y el coyotero habían venido… Tres Centavos iba por delante para asegurarse de que el camino estaba despejado y luego, o bien les hacía una señal para que continuaran, o gateaba hasta ellos si consideraba peligroso el ruido de algún animal. De esta manera, si se topaban con los apaches de Soldado, Tres Centavos se encontraría con ellos en primer lugar y cabía la posibilidad de que pensaran que era uno más de ellos. Y aunque reconocieran que no era un mimbreño les llevaría tiempo y Tres Centavos tendría oportunidad de actuar.

En su propio idioma, pero con una palabra aquí y allá en español, les informó de que los mimbreños estaban justo delante de ellos.

—Hay tres —les dijo—. Están de pie escuchando. Luego dos se

mueven en direcciones opuestas, pero uno siempre permanece en el mismo sitio.

—Como piquetes militares —susurró Flynn.

—Lo llevan haciendo desde hace quinientos años —murmuró Madora. Se quedaron en silencio, pensando, pero finalmente Madora dijo—: Bueno, pues vayamos a por él.

—¿Quién va a hacer los honores?

—Quienquiera que lo vea primero.

Salieron a rastras de la quebrada uno tras otro, con Tres Centavos a la cabeza, y se mantuvieron en los matorrales mientras avanzaban por el terreno llano. Justo delante podían distinguir la densa oscuridad de los árboles, una línea difusa y torcida que se recortaba en el cielo nocturno, y cuando Tres Centavos echó la vista atrás hacia ellos, supieron que los mimbreños estaban allí.

Se acercaron por ambos lados al coyotero y este dijo con la boca cerca del suelo:

—Están a treinta pasos en dirección a los árboles. Dos caminan hacia el borde antes de separarse en direcciones opuestas. — Volvieron a quedarse en silencio, observando, y entonces Tres Centavos murmuró al tiempo que extendía el brazo sobre el suelo frente a él—: Allí.

Fue visible durante unos segundos, como una mota blanquecina en sombra y luego desapareció.

—Está seguro de sí mismo —gruñó Madora—, con ese taparrabos blanco en plena noche.

Esperaron varios minutos para dar tiempo a que los dos marchadores mimbreños se alejaran; a continuación, se arrastraron hacia los árboles.

Pinos. El aroma era fuerte. Flynn podía sentir las agujas en la tierra bajo sus manos y rodillas y una rama le rozó la cara. No se había llevado el Springfield. Habría sido una molestia. Pero podía sentir la pistola bajo el brazo izquierdo, y tenía una navaja en el bolsillo.

Observa a Tres Centavos ahora, pensó Flynn. Él dará el aviso. Esperaron a que el mimbreño se moviera e hiciera ruido y les indicara así dónde estaba, pero no les llegó ningún sonido y, cuando pasaron los minutos, decidieron que tendrían que atraer al mimbreño hacia ellos.

Tres Centavos se levantó en silencio y se separó una docena de pasos antes de volver a agacharse, encogiéndose entre las ramas de los pinos. Entonces se escuchó un gemido grave en el lugar donde estaba, un largo y grave jadeo de dolor en el silencio.

Flynn esperó. Vamos. Es uno de tus hermanos el que está en problemas. Ve y encuéntralo. Sin embargo, no se oía nada, pero en ese momento sintió el movimiento; lo sintió, y lo vio por el rabillo del ojo: el mimbreño, agachado y moviéndose hacia Tres Centavos. Espera. No te apresures. Déjale que pase junto a ti. Joe lo ha visto también. Joe probablemente lo ha olido.

El mimbreño se detuvo. Con un tono quejumbroso, Tres Centavos pronunció una palabra en el dialecto mimbreño. Y por el rabillo del ojo Flynn vio al mimbreño moviéndose otra vez. De acuerdo, a por él.

Pero cuando se levantó, Madora apareció de repente por detrás del mimbreño y un segundo después lo tenía inmovilizado con el antebrazo pinzando el cuello y una mano tapándole la boca; a continuación arrastró al guerrero al suelo con él. Tres Centavos llegó a su lado. Sin vacilar, clavó el cuchillo en el pecho del mimbreño.

Continuaron con el apache a cuestas, porque no podían dejarlo allí y que lo encontraran los otros. Cuando sea de día, pensó Flynn, leerán las señales. Eso dificultará el regreso. Pero lo que pudiera ocurrir después de que amaneciera era algo que tendrían que pensar entonces. Continuaron avanzando en la oscuridad.

Tres Centavos hizo una seña cuando se acercaron al lugar donde estaban los otros exploradores. Un silbido bajo… silencio… luego un silbido respondiendo y pocos minutos después tenían a todos los exploradores coyoteros alrededor de ellos.

—¿Dónde está? —preguntó Flynn a Madora. Había otra pinada y en la oscuridad solo podía ver a los coyoteros cerca.

—Estaba justo ahí arriba antes —dijo Madora señalando.

—Cualquiera pensaría que la llegada de tres hombres de noche tendría que interesarle.

—Ya tiene suficientes problemas sin necesidad de ir a buscar más.

—Joe, hay otro problema que no habíamos previsto —señaló al mimbreño muerto—. Esta noche lo echarán a faltar y mañana

saldrán en estampida en su búsqueda.

—Estoy de acuerdo —dijo Madora asintiendo.

—Así que —continuó Flynn—, si vamos a regresar al pueblo, tiene que ser esta noche… o ya no podremos.

—Pero —dijo Madora— tienes que convencer a Deneen de que arrastrarse a través de la línea enemiga es lo que tenemos que hacer… inmediatamente.

—Lo convenceré —dijo Flynn, y miró otra vez al mimbreño—. Será mejor que nos deshagamos de él.

—Lo enterraremos.

—Cuando regresemos, deberíamos hacerlo en dos o tres grupos. ¿Qué opinas?

Madora asintió.

—Lo organizaré con Tres Centavos, tú ve a hablar con Culo de Caballo.

El coronel Deneen estaba echado con la cabeza apoyada en su bolsa de viaje y una manta cubriéndolo cuando Flynn entró en el pequeño claro que Deneen se había reservado para él mismo, pero en un abrupto movimiento se destapó y se sentó apuntando con la pistola a Flynn.

—¿Quién va?

—Flynn —comenzó a decir—, Madora me ha traído aquí… — Pero se calló. Dios, al menos eso debería saberlo.

—¡Bien, maldita sea, siéntese! ¡No me apetece que se quede ahí de pie revoloteando sobre mí!

—No tenía intención de asustarlo.

—No me ha asustado, se lo aseguro. ¿Dónde está Bowers?

—En Soyopa.

—¿Por qué no ha venido?

—No era necesario.

Flynn se sentó al tiempo que estudiaba al coronel e intentaba ver el rostro claramente en aquella oscuridad. El semblante había cambiado, pero no distinguió más detalles que la barba crecida y un rostro tal vez un poco más demacrado. Bruscamente ahora, Flynn preguntó:

—¿Qué va a hacer?

—No lo he decidido.

—Faltan menos de cuatro horas para que amanezca.

—¿Y?

—Matamos a un mimbreño cuando veníamos aquí. En cuanto amanezca se pondrán a buscarlo.

—¿Y?

—Pues que será mejor que regresemos ya al poblado, mientras todavía es de noche —dijo Flynn pacientemente.

—Y como yo soy el comandante, y decido no ir al pueblo, entonces ¿qué?

—Sería mejor que viniera.

—¿Me está amenazando, Flynn?

¡Dios, está con los nervios de punta!

—Por supuesto que no le estoy amenazando. Solo le recuerdo que cuando salga el sol va a suceder algo. Entonces será demasiado tarde para regresar al pueblo y esa gente necesitará toda la ayuda que pueda tener.

Bruscamente, entonces, en un tono que pretendía sonar calmado, natural, Deneen dijo:

—Supongo que se sorprendió al encontrarme aquí.

—Un poco —dijo Flynn asintiendo.

—El general decidió que sería mejor que me ocupara yo mismo, ya que hay posibilidades de lanzar una campaña fronteriza más extensa. Y esa era mi opinión desde hace mucho tiempo, un ataque por ambos lados de la frontera aplastará a todos los salvajes, mujeres y niños apaches, y los obligará a bajar de las colinas, justo donde los queremos —mientras decía esto, su voz sonaba natural.

Ha estado ensayando este discurso, pensó Flynn.

—En primer lugar, voy a contactar con el oficial rural local —continuó Deneen—… cuando lo considere oportuno. ¿Lo conoce?

Flynn asintió.

—¿Allí en ese pueblo?

Flynn asintió otra vez.

—¡Pues bien, maldita sea, hable! ¿Qué autoridad tiene?

—¿Realmente quiere saberlo?

—¡Qué!

—Mire —la voz de Flynn sonó calmada—, solo quedan unas cuantas horas para que amanezca. Creo que lo más inteligente sería regresar inmediatamente en lugar de quedarnos sentados aquí practicando jueguecitos. Sé por qué está aquí. Todo el mundo lo

sabe, y usted lo sabe. Y le diré esto… Me importa un pimiento lo que ocurrió entre usted y el general. Eso es historia pasada, para mí está tan muerto como lo que ocurrió esa noche en Chancellorsville. Usted ha hecho que continúe vivo incluso cuando yo intentaba olvidarlo, y ahora me lanza esta sarta de tonterías sobre una campaña fronteriza a mi cara y espera que me lo trague, fingiendo que está en una misión secreta… como he estado haciendo yo con Bowers durante la semana pasada, intentando actuar como si esta fuera una misión legal; deseando por un lado poder ayudarle a mantener su fe en el ejército, pero por otro lado deseando decirle lo hijo de puta que es usted realmente, pero no he tenido el valor, porque para Bowers un coronel, incluso usted, es un rango que solo se gana con tiempo, valentía y una mente militar. —Flynn se paró, pero añadió de repente—. ¿Por qué lo envió aquí?

Deneen le miró sin ocultar la ira en su rostro, incluso en aquella oscuridad, y parecía incapaz de hablar.

—Quizás pueda responder yo mismo —dijo Flynn, mirando a Deneen a los ojos. Entonces habló lentamente—: El padre de Bowers, el general de brigada, estaba allí. Quizás lo vio hacerlo… o quizás estuvo en la enfermería después y supo diferenciar entre un disparo y metralla y tuvo tiempo de adivinarlo a pesar de que el médico no lo hiciera. En todo caso, usted era consciente de que lo sabía. Quizás lo olvidó con el paso de los años, pero cuando el chico apareció en Whipple, regresó a su mente y dio por hecho que el general de brigada había contado a su hijo aquel acto de cobardía de un tal capitán Deneen una noche en Chancellorsville. Si Bowers lo sabe, desde luego no lo va contando, pero es poco probable que lo sepa porque su padre se guardaba de comentar esas cosas. Pero quizás debería habérselo contado… y haber hecho que lo expulsaran del servicio. No, usted mismo debería haber renunciado al cargo. Pero en lugar de eso, perseveró en su error, porque después de la guerra ya no habría más Chancellorsvilles… y ahora algunos hombres han pagado con su vida porque usted es un oficial lamentable y no es lo suficientemente honesto para admitirlo… Está convencido de que dos hombres conocen el error que usted cometió en una ocasión, llega a la conclusión de que lo único que puede hacer es deshacerse de ellos antes de que «todo el mundo» lo sepa. —Flynn hizo una pausa—. Su gran error fue apuntar esa pistola a su

pie… disparó demasiado abajo, falló por cinco pies.

—¿Es eso todo lo que tiene que decir, Flynn? —Deneen mantuvo la voz calmada.

—Una cosa más.

—¿Qué?

—Va a venir al pueblo.

—¿A punta de pistola? —Deneen esbozó media sonrisa—. No lo creo. Y nos quedaremos aquí tanto como considere necesario.

—Si hace eso, se quedará solo.

—Madora está bajo mi mando. Si me quedo, él se queda… ¡y con todos sus hombres!

Mientras se volvía para marcharse, Flynn dijo en voz baja:

—Pregúnteselo.

CAPÍTULO 20

Esperaron en la oscuridad agachados tras el mezquite, observando los pinos al otro lado del claro. Se habían formado nubes en el cielo nocturno y la luz de la luna se había transformado en una suave neblina que apenas permitía ver el contorno de las densas formas de los árboles.

—¿Cuánto tiempo queda? —preguntó Madora.

—Unos veinte minutos —respondió Flynn.

—No pinta bien.

—Quizás están cerca y él no puede moverse.

Deneen, agachado a la derecha de Flynn, movió la pierna y rozó con la bota la roca de arenisca suelta.

—¿Por qué no toca una campana? —dijo Madora girando la cabeza.

—Madora —comenzó a decir Deneen—, se arrepentirá de haber…

—Maldita sea… ¡cállese!

Señalando los pinos al otro lado del claro, Flynn dijo:

—Ahí es donde murió el mimbreño… quizás ha encontrado algo.

—Como los otros dos —dijo Madora.

Flynn miró a Madora.

—Si no aparece pronto, más nos vale que nos pongamos a pensar en algo. ¿Y el resto de tus rastreadores?

—Esperarán más de una hora antes de seguirnos, para darnos suficiente tiempo. Si pasa algo, se tendrán que buscar la vida por sí solos.

Pero un segundo más tarde, Tres Centavos apareció, gateando y retorciéndose mientras penetraba por el mezquite. Les dijo que había dos mimbreños entre los árboles buscando al que había desaparecido, avanzando a tientas entre los pinos, con sigilo.

—Tardarán un poco más, rastrearán un área más amplia y luego

informarán al resto.

—Lo que significa —dijo Flynn— que, o nos movemos ahora, o nunca.

—¿Qué ha dicho? —susurró Deneen, ordenando más que preguntando.

—Dijo que no hay nadie; podemos llevar un carro a través de las líneas enemigas —le dijo Madora.

—¡Eso no es lo que ha dicho!

Madora no se molestó en responder; se alejó y se arrastraron en fila detrás de él por el claro, moviéndose más rápido entre los matorrales altos, a gatas de nuevo para cruzar otro tramo a cielo abierto y luego los pinos. Esperaron, escuchando el silencio, luego, más adentrados en el pinar, oyeron grillos. Cantan si no hay nada que los perturbe, pensó Flynn. Pero incluso un grillo no oiría a un mimbreño. Continuaron avanzando, agachados entre los árboles, rozando las ramas de agujas de pino, sujetándolas para que no los golpearan… y tres de ellos apretaron los dientes y sintieron un escalofrío por la espalda cuando la bota de Deneen rompió la rama de un árbol. Se pararon en seco y a continuación reinó un silencio total.

Tres Centavos miró a Madora y, cuando el explorador asintió, el indio se movió hasta desaparecer en la oscuridad.

La navaja está en el bolsillo izquierdo, pensó Flynn, y movió la mano sobre la tela para sentir su forma. Podía sentir el peso de la pistola bajo el brazo izquierdo. Pero nada de tiros, se recordó a sí mismo. Olió el frío y fresco aroma de los pinos y de repente fue consciente de que ya no oía el sonido de los grillos. Un movimiento entre la oscuridad de los árboles pasó por su visión.

Volvió a verla, una sombra que se movía muy rápido, y mantuvo la mirada allí, esperando verla otra vez. Cuando lo hizo, supo que era un hombre, y casi instintivamente supo que no era Tres Centavos.

Miró a Deneen. No lo había visto. La sombra volvió a moverse, acercándose con cautela y adoptando definitivamente la forma de un hombre. Entonces Flynn pensó: Joe está más cerca. Es cosa suya. Ahora podía ver el cabello largo hasta los hombros y el gris incoloro del taparrabos. Sabía que Madora, a unos pies por delante de él, estaba preparado; pero entonces pensó en Deneen, detrás,

ligeramente apartado, y quería advertirle para que no se moviera, pero se dio cuenta de que era demasiado tarde. Joe… Tápale la boca. ¡Hagas lo que hagas, no permitas que grite! Deja que avance unos pasos más…

—¡Oh, Dios! —y estalló el disparo de una pistola haciendo añicos el silencio y tapando las palabras.

Deneen estaba apuntando con una pistola frente a él… el apache estaba en tierra… pero, de repente, otra figura salió de entre los árboles… Deneen amartilló el rifle con el pulgar y disparó… la figura permaneció inmóvil y volvió a apretar el gatillo dos veces, hasta que la forma se derrumbó en el suelo.

Y, de repente, sonó la voz de Madora… ronca, alarmada.

—¡Páralo!

Flynn estaba moviéndose… con una mano sujetó el cañón del arma y tiró de esta hasta arrancarla de los dedos agarrotados de Deneen… con la otra mano sujetó con fuerza el uniforme para derribarlo al suelo.

—¡Quítese de encima!

El rostro bajo su cuerpo estaba tenso por el pánico y a punto de gritar otra vez. Flynn le tapó con fuerza la boca y mantuvo allí la mano mientras veía los ojos cada vez más desorbitados de Deneen…

—¡Ha disparado a Tres Centavos! —dijo Madora al llegar a su lado.

—¿Qué?

—El segundo indio… ¡Era Tres Centavos! ¡El loco hijo de puta lo ha asesinado!

Flynn bajó la mirada, vio los ojos del coronel y cerró con más fuerza la mano sobre la mandíbula. Y uno de los pensamientos fugaces que le pasaron por la mente, tras salir de la conmoción que le produjeron las palabras de Madora, le decía: Esto sería fácil. Pero fue momentáneo. Diez años en la frontera le decían otra cosa, algo innegable, urgente… Y de un salto se levantó para seguir a Madora, que ya se alejaba corriendo entre los árboles. Llegaron al final del bosque juntos y se detuvieron al tiempo que desenfundaron las pistolas. Entonces se encontraron en campo abierto (cinco, seis, siete pasos) y, de repente, se oyeron disparos procedentes de tres direcciones, detectaron los fogonazos, se detuvieron en seco y se vieron obligados a retroceder arrastrándose y poniéndose a cubierto

entre los árboles.

Minutos más tarde, después de que parara el tiroteo, Deneen apareció. Lo dijo una vez:

—Maldita sea, todos parecen iguales. ¿Cómo iba a saber quién era?

Esa fue toda su disculpa.

Flynn todavía podía sentir la ira encendida y pensó: ahora que lo ha dicho, ya puede olvidarse del asunto. Se ha explicado y ha pedido disculpas de un plumazo. La vida es muy simple. Por qué dejas que sea tan complicada… simplemente míralo desde la perspectiva de Deneen. Y unos minutos más tarde, pensó: aprovecha esa ira y úsala ahora contra estos mimbreños. Entonces sintió la cercanía de los árboles. No, estaría bien si estuvieras luchando en campo abierto, a puñetazo limpio; pero no hay lugar para la ira aquí. Vendrán al amanecer y si sigues excitado dos minutos más tarde estarás muerto.

Avanzaron unas cuantas yardas donde gozaban de mayor protección; la maleza era más densa y un árbol caído formaba una barrera natural en dirección a donde el bosque se espesaba, y desde allí había unos quince pies de claro que también ayudaba. Por el otro lado se abría el prado que habían empezado a atravesar. Flynn recordó que los siguientes árboles se encontraban a unas doscientas yardas y el cementerio de Soyopa estaba justo al otro lado. La amenaza no vendría por la parte abierta.

Madora se acercó a Flynn.

—Vendrán con el primer rayo de sol.

Flynn asintió.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Madora.

—Vendrán por el interior, por los árboles. Si saben contar hasta cinco tres veces, nos tienen.

—Estarían alrededor de nosotros en cuanto pudiéramos recargar las armas.

—¿Cogiste el arma de Tres Centavos? —Cuando Madora asintió, dijo—: Eso será de ayuda. ¿Cuántos tiros tienes?

—Unos treinta, además de la carga en el arma de Tres Centavos.

Flynn se palpó el bolsillo del abrigo.

—Eso es todo lo que tengo. ¿Contarán los disparos?

—Y tanto que sí. ¿Qué flanco quieres?

Flynn estaba más cerca del árbol caído.

—Bueno, ya que estoy aquí —dijo. Luego miró a Deneen, que apartó la mirada rápidamente.

—Entonces, coge tú esta —dijo Madora entregándole la pistola extra.

—Si quieres usarla en cualquier momento, pídemela.

—Quizás la semana que viene —dijo Madora.

Ahora Flynn vigilaba el otro lado del árbol caído e iba escudriñando la oscuridad y los árboles. ¡Ahí! ¿Lo has oído? Debe de haber un montón si se permiten hacer ruido. Los coyoteros debían estar escondidos; no había suficientes para hacer nada. En dos ocasiones le pareció ver movimiento, pero no disparó. Espera a que llegue el momento, llegará lo bastante pronto. El tiempo pasaba, sabía que no faltaba mucho y estaba seguro de que moriría en la próxima hora. Debes tener tiempo para recargar. Oh, Dios mío, siento profundamente haberte ofendido. Odio todos mis pecados porque temo perder el cielo y el padecimiento del infierno; pero sobre todo porque ellos te ofenden, Dios mío, que eres todo bondad y merecedor de todo mi amor. Me comprometo firmemente con la ayuda de Tu gracia…

¡Allí!

Desenfundó la pistola izquierda, apuntó y disparó. ¡Cuéntalos! Uno. Otra figura atravesaba el claro y se tambaleó tras el disparo. Dos. Un mimbreño corrió de un árbol a otro y falló el tiro. Tres. ¡No desperdicies las balas! El mismo volvió a asomar y estuvo a la vista más tiempo, y lo derribó. Cuatro. Madora estaba disparando en la otra dirección. No mires atrás. Allí… ¡a la izquierda! El atronador disparo y el olor a pólvora. Cinco. Pero espera… estás empezando a recargar… ¡aquí vienen!

De repente, se puso de pie, apuntando con la otra pistola y disparando los vio caer… cuatro estallidos de la pistola y dos mimbreños derribados, uno de ellos recibió dos disparos. ¡Otros salían de los árboles! No… una indecisión de milésimas de segundo y volvían a cargar. ¡Corre, recarga el arma! Insertó dos cartuchos, levantó la mirada y, al no captar ningún movimiento, cargó tres más; luego la otra arma.

Los disparos habían cesado en ambos bandos.

—¿Qué ha entrado por tu flanco, Joe?

—Ponis. ¿No los has oído?

Flynn negó con la cabeza.

—Era solo una distracción —dijo Madora—. Tu flanco es el crítico.

—No me digas.

—¿Quieres cambiar posiciones?

—Ya me he acostumbrado a esta.

Volviéndose hacia Deneen, Madora dijo:

—¿Quiere ayudar la próxima vez? —Se calló y achinó los ojos con el ceño fruncido—. ¿Se siente bien?

Flynn se giró. Deneen estaba agachado con la espalda apoyada en el tronco de un pino, medio oculto por las ramas, sostenía la pistola con los nudillos tensos, cerca del pecho y en postura protectora, como si fuera lo único que se interponía entre él y el fin del mundo. Y la imagen de esa noche en Chancellorsville volvió a iluminarse en la mente de Flynn; la oscuridad y los pinos goteantes y casi la misma expresión de mandíbulas apretadas y ojos desorbitados en un rostro helado… Flynn apartó la mirada y la dirigió a Madora.

—No cuentes con su ayuda —dijo el explorador.

Miró hacia el prado a la luz del amanecer. Flynn retrocedió hacia el árbol caído, pero cuando lo hizo Madora le avisó:

—David, mira hacia allí.

Flynn siguió con la mirada el brazo estirado de Madora a través de la bruma temprana de la mañana y a través del prado. Allí, en el linde del bosque, a doscientas yardas, había tres mimbreños.

Estaban mirando hacia los pinos; entonces, uno de ellos hizo una señal y aparecieron más mimbreños que llevaban algo.

—David… eso es un hombre.

Flynn vio a dos guerreros que arrastraban entre ambos la forma inerte de un hombre. Lo sujetaron erguido mientras otro mimbreño colgaba una soga de una rama del árbol junto a ellos. Flynn observó que un extremo estaba atado a las muñecas del hombre y, cuando los mimbreños se apartaron sujetando el otro extremo, la cuerda se tensó y tiró hacia arriba de los brazos sobre la cabeza y un segundo más tarde colgaba en el aire.

—¿Lo reconoces? —preguntó Madora.

—Tiene la cabeza agachada —dijo Flynn negando con la cabeza.

—Coge los binoculares de Deneen.

Deneen estaba mirando fijamente a Flynn cuando este se volvió hacia él.

—¿Qué ocurre?

—Tranquilo. Déjeme sus binoculares.

Con la mano izquierda, Deneen hurgó en la bolsa que colgaba a su lado.

—¡Yo miraré primero!

Flynn se encogió de hombros.

—No le gustará.

Y pensó: no está tan mal como en Chancellorsville. Quizás cree que todavía tenemos escapatoria.

Deneen miró por los binoculares. Cuando los bajó, su rostro estaba más tenso que antes y durante unos segundos Flynn pensó que iba a vomitar. Madora le arrebató los binoculares de la mano sin contemplaciones.

—Ya te lo advirtió Flynn —dijo el explorador, y pasó los binoculares a Flynn y, tras dar tiempo a Flynn para que examinara al hombre, preguntó:

—¿Quién es?

Flynn bajó los binoculares y se los devolvió a Madora.

—No lo sé. Sigue con la cabeza bajada… lo que queda de ella.

Tras mirar de nuevo por los binoculares, Madora dijo:

—Le han arrancado la cabellera. Y desnudo como Dios lo trajo al mundo. —Se quedó callado, y después dijo—: Está vivo, David.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Qué es eso? —Flynn observó a los mimbreños, que se acercaban al hombre otra vez.

—Tienen cuchillos —dijo Madora. Luego gruñó—: ¿Has visto eso?

—Suficiente —dijo Flynn en voz baja.

—Le cortan los tendones de los brazos. —Madora esperó y se estremeció mientras se llevaba los binoculares a los ojos—. Ahora ambas piernas.

Deneen se dio la vuelta, apartando la mirada.

—Lo hacen para que lo veamos —dijo Flynn.

—Puedes apostarte lo que quieras. —Madora bajó los

binoculares—. Nos están diciendo lo que nos espera en aproximadamente una hora a partir de ahora.

—La próxima vez se lanzarán sobre nosotros hasta que nos capturen —dijo Flynn.

Madora asintió moviendo la cabeza arriba y abajo.

—La primera vez averiguaron lo que querían saber… aunque les costó más de lo que se habían imaginado. Tu flanco era el flanco natural, por la protección, solo tantearon por el mío. La próxima vez llegarán montados, todos ellos… como un torbellino y cabalgarán justo por encima de nosotros.

Flynn no sabía qué decir.

—Bueno… —y pensó, rápidamente… «pero sobre todo por haberte ofendido, oh, mi Señor, que eres todo bondad y merecedor de…»—. Joe, ¿y si salimos corriendo?

—¿En qué dirección?

—Hacia atrás —y señaló con la cabeza hacia los árboles.

—No lograríamos avanzar ni diez pies —dijo Madora suavemente—. David, lo único que podemos hacer ahora es pensar en todas las cosas que deberíamos haber hecho antes.

Entonces, Flynn sonrió pensando en Nita.

—Y todas las cosas que te hubiera gustado hacer.

—¿Qué te gustaría hacer, David, además de patear a este mequetrefe de aquí hasta Prescott? —dijo Madora señalando con la cabeza a Deneen.

—Quizás quedarme por aquí —respondió Flynn vagamente.

—¿Y buscar oro?

—Tal vez.

—¿Para qué?

—Es una chica preciosa —dijo Flynn sonriendo.

—Eso me pareció —dijo Madora—. Bueno… sería una bonita vida. —Volvió a mirar a Deneen—. Y no veo que tuvieras nada que probar por lo que respecta a él.

—Aunque nada de esto ocurrirá ya —dijo Flynn. Seguía pensando en Nita Esteban, hasta que se vio forzado a expulsarla de su mente…

—David… ¡ahí vienen!

Flynn tuvo tiempo de reconocer a Soldado, aunque fue una visión rápida y fugaz: primero Soldado y luego sus guerreros que

salían en grupo de detrás de los árboles y se dispersaban en campo abierto; el redoble de cascos de los ponis, el polvo elevándose… Se giró en dirección a la densa pinada. Oyó el disparo de una pistola a sus espaldas, pero entró y salió rápidamente de su mente porque estaba tenso esperando algo más, y entonces, la voz de Madora:

—¡David!

No se movía nada entre los árboles. Miró a su alrededor y vio a Madora, y más allá a los mimbreños espoleando sus ponis, atravesando a todo galope el ancho claro que había entre los pinos y los árboles por donde habían aparecido.

—¡No nos quieren a «nosotros»!

Y a la izquierda, en la lejanía, vieron hombres montados. Habían estado aproximándose por el camino que, más adelante, bordeaba el cementerio, pero ahora, momentáneamente, se pararon tirando de las riendas de los caballos, casi una docena de jinetes, y entonces vieron a los apaches galopando hacia ellos… Después, unos cuantos espolearon sus monturas y galoparon hacia el pueblo al otro lado de los árboles.

—¡Han estado esperándolos a ellos todo el tiempo!

—¡Joe, esos son los hombres de Lazair!

—¡Dios Todopoderoso, no tienen nada que hacer!

—¡Joe!

Madora se volvió hacia Flynn y vio que apuntaba a la derecha, en la otra dirección, y al seguir con la mirada hacia donde señalaba Flynn, abrió los ojos sorprendido.

—Dios Todopoderoso… ¡rurales!

Flynn gritó entre el estruendo de los caballos que habían aparecido tras el flanco derecho de árboles.

—¡Y Bowers! ¡Míralo!

Y allí estaba. ¡La caballería! Una acción de caballería de manual. Caballería a la carga y llena de gloria empleada de la forma que debería emplearse, de la manera que uno sueña pero pocas veces ve. Algo sacado de las *Tácticas de Cooke*. Y estaba allí mismo, tal como Flynn había visto antes… aunque aquí había sombreros de paja de Chihuahua y los broncos gritos de batalla eran en español. Flynn sintió la excitación y les gritó mientras atacaban a los apaches, que daban vueltas y giraban confundidos sin llegar a retroceder antes de que Bowers los atacara. Los atacó con fuego de

armas, culatas de fusiles, sables y la voluntad… una cruda voluntad de soldado de caballería de golpear al enemigo, de embestirlo con fuerza durante los primeros segundos y usar el resto del tiempo para limpiar el terreno, perseguir a los rezagados y batirlos.

Y, tan repentinamente como había comenzado, todo acabó. Algunos apaches, una docena aproximadamente, se habían separado y se alejaban al galope en la distancia; muchos habían caído, caballos y hombres, esparcidos por el prado, y también algunos se rindieron. Se quedaron sentados en sus ponis con semblante hosco y las manos en alto, divididos en grupos y rodeados por rurales con los fusiles cargados.

Bowers se acercó a ellos manteniendo su montura al trote y el sable que reflejaba un rayo de sol; pero vio la figura desnuda que colgaba del árbol y tiró de las riendas a la izquierda en esa dirección.

Madora esbozaba una sonrisa de oreja a oreja bajo su barba canosa.

—¿De dónde ha sacado ese sable? David, creo que el chico podría valer.

Flynn estaba sonriendo, pero entonces se dio la vuelta al acordarse de Deneen… allí, junto al árbol.

—Coronel… —La palabra quedó flotando sin que nadie la respondiera. Flynn miró con atención al tiempo que sentía una fría conmoción por lo que vio, y entonces, poco a poco, adivinó lo que había pasado… Recordó el disparo de pistola a sus espaldas justo después de que Madora gritara que venían los mimbreños.

Eso bastó: el mero hecho de saber que venían y lo que le harían después de haber visto a aquel hombre colgando en el prado. Eso acabó con él, pensó Flynn. En Chancellorsville fue una bomba. Eso había sido malo. Pero lo que los mimbreños tenían en mente hubiera sido mucho peor. Así que…

—Joe… mira aquí.

Madora se quedó en silencio durante un rato mirando a Deneen tirado junto al árbol. Su rostro era irreconocible y el cañón de la pistola seguía metido en la boca y la mano todavía sostenía el gatillo. Entonces Madora sacudió la cabeza lentamente.

—¿Cuándo lo hizo?

—Justo después de que gritaras. Recuerdo que oí un disparo

cerca, pero pensé que eras tú.

Madora volvió a sacudir la cabeza.

—Imagínate, si hubiera aguantado un minuto más, ahora mismo estaría echándonos la bronca por cualquier cosa.

—Quizás —dijo Flynn— nos ha hecho un favor a todos.

—Aquí viene Bowers —dijo Madora levantando la mirada, y se apartó hacia el linde del bosque.

Flynn comenzó a seguirle, pero se paró, echó la mirada atrás hacia Deneen y pensó en Bowers. ¿Qué bien podría hacerle ver algo así?, pensó Flynn. Lanzarle a la cara que Deneen era un cobarde… ¡un coronel de la Caballería de los Estados Unidos! Y, rápidamente, pasó por encima del tronco del árbol caído, arrastró hasta allí al mimbreño muerto más cercano, lo puso boca abajo y lo colocó sobre el cuerpo de Deneen. Abrió la mano de Deneen, cerró los dedos del mimbreño alrededor de la culata del arma y volvió a colocar con cuidado el cañón en el agujero desdentado e inexpresivo.

—Red —dijo Madora—, ¿de dónde demonios has sacado esa espada?

Bowers estaba desmontando cuando Flynn llegó a su lado. Clavó la punta de la espada en tierra y estrechó la mano que le ofrecía, sonriendo y sintiendo la gloria de su hazaña, pero sin querer mostrar su excitación.

Flynn le devolvió la sonrisa y le dijo:

—No era un terreno de caballería, pero ha sido la caballería la que ha ganado después de todo. ¿Cómo has logrado hacerlo con Santana?

Bowers sonrió con cierta timidez, a pesar de su pose caballeresca, con la mano apoyada en la empuñadura de la espada.

—Santana y yo hablamos largo y tendido ayer noche —dijo—. Debatimos otra vez sobre la batalla del Cinco de Mayo en Puebla. Hablamos sobre las habilidades militares de Santana, sobre las cuales el sargento se explayó a gusto; luego hablamos de Gettysburg: el segundo día, si el recuerdo de las palabras de mi padre no me falla… y le hablé sobre el incidente durante la escaramuza de Culp's Hill.

Bowers entornó los ojos.

—Bueno, creo que fueron los hombres de la división de Geary

del XII Cuerpo de Slocum los que defendían la colina, y la división rebelde de Ewell los que asediaban. Ewell no lograba ascender la colina con su división, pero Geary tampoco podía salir… y Meade, es decir, el general George G. Meade, quería que parte de la división de Geary fuera a reforzar a Sickles en el flanco de Cemetery Ridge, donde Longstreet los golpeaba con fuerza. Había un tipo llamado Gregg que fue enviado con algunos soldados de caballería para ayudar a Geary, pero no veía cómo podría llegar a Ewell, hasta que, desde la colina, avistaron una caravana de suministros que se acercaba por Rock Creek. Sabían que los exploradores de Ewell le informarían de ello, y a partir de ese momento era cuestión de tiempo. Ewell partió hacia los carros de suministro y Gregg cayó sobre él mientras tenía los pantalones bajados con tropecientas tropas de Caballería de la Unión. —Los ojos de Bowers estaban vivos, sonrientes—. Siempre he creído que debió ser todo un espectáculo ver aquello —dijo entonces—. Bueno, pues casualmente mencioné a Santana: «Si los hombres de Lazair bajaran por esa carretera por la mañana, Soldado lo olería y sería una maniobra bastante similar, ¿no es así? Y para un militar de su competencia sería tan fácil como un paseo». Eso bastó. Incluso sacó sables de la armería de Duro. Sabíamos que los mimbreños estaban en los árboles… no podían estar en ningún otro lado, así que esperamos hasta que avistamos a los hombres de Lazair en la distancia, luego salimos a una calle lateral y nos apostamos alrededor de ese bosquecillo.

—¿Cómo reaccionó Duro? —dijo Flynn.

—Duro está muerto. Ocurrió de noche. Hilario estaba de guardia en ese momento… le dijo que se detuviera, pero Duro continuó andando, así que le disparó. Hilario dijo que otro hombre había salido corriendo antes que Duro. Hemos intentado averiguar quién podría ser. —Bowers señaló con el pulgar por encima del hombro hacia el prado—. Ni siquiera se nos ocurrió que fuera él, pero debió serlo.

—¿Quién es? —preguntó Flynn.

—Lazair.

Flynn hizo una pausa, sorprendido.

—¿Está muerto?

Madora sonrió bajo la barba, advirtiendo el nuevo tono de voz

de Bowers, más seguro de sí mismo, junto a la pose con la cadera ladeada típica de un soldado de caballería.

—Red —dijo el viejo explorador—, tal vez sirvas para esto… con un poco de sazón.

Bowers sonrió, aunque estaba pensando: Maldita sea, por qué tiene uno que escuchar a los viejos y sonreír solo porque son viejos. Como si unos cuantos años los hicieran más sabios. Entonces dijo, porque tenía que decir algo:

—Eso espero, señor Madora. Eso espero —y luego, acordándose, Bowers preguntó—: ¿Dónde está el coronel?

Flynn se apartó a un lado, señaló con la cabeza a los árboles y siguió a Bowers cuando se dirigió a los pinos.

—Dios mío…

Flynn no dijo nada. Y, de repente, mirando el rostro de Bowers, se alegró de haber cambiado la escena; ver al joven teniente mirando la muerte de un soldado… no, más que eso, mirando a un «coronel de caballería» muerto en acción. Cuando un coronel muere, es algo más impresionante, pensó Flynn. Da igual cómo muera…

—Esto encabezará el informe —decía Bowers con la voz embargada por el respeto—, porque no ocurre con frecuencia que un coronel muera de esta manera.

Flynn le miró, pero solo vio asombro y respeto en el rostro de Bowers, y entonces dijo:

—No, afortunadamente, no ocurre con frecuencia.

Madora se acercó a ellos por detrás. Miró a Flynn después de mirar a Deneen, pero no le dijo nada. Entonces, dirigiéndose a Bowers:

—Veo que Soldado ha sobrevivido… Él y alrededor de dos docenas más. Contando a sus mujeres, que están allá arriba en las colinas, habrá un total de setenta personas. Red, ¿cómo propones que los llevamos a San Carlos?

—Estaba pensando en hablar con Santana para que nos ayude con el transporte hasta la frontera… y ordenar que baje allí la caballería para recogernos. —Bowers sonrió—. Demonios, Joe, les hemos sacado a palos todas las ganas de luchar a esos mimbreños. Nosotros tres podríamos con ellos, si es eso lo que te preocupa.

—Quieres decir nosotros dos.

—¿Dos?
—David estaba hablando de comenzar a buscar oro.
Flynn sonrió, pero no lo negó.

Notas

[1] En español en el original. En adelante se señala en cursiva. (N. de la T.) < <